

LUCENA

MOSHE BENARROCH

Traducción del hebreo de

Roser Lluch Oms

Editorial MOBEN

© 2005, MOSHE BENARROCH
© Editorial MOBEN
POBOX 10520
91104 JERUSALEM
ISRAEL
www.authorsden.com/moshebenarroch
WWW.LULU.COM/MOSHEBENARROCH

“Algún día volveremos, pero ya habían vuelto.
Y si se tienen que ir sería llegar a un lugar
a donde también estarían volviendo.”

Esther Bendahan Cohen

“El pasado es un cuento que cambia sin parar.”
Mois Benzimra

A todos los que cayeron en el camino, ni diez generaciones os han olvidado, vuestros pies cansados y vuestra mirada observan cómo seguimos adelante. Tanto si os hicisteis a la mar como si os quedasteis en tierra, tanto si volasteis en los vientos como si vivís en la llama eterna. Llevaremos vuestro recuerdo allí donde vayamos.

ES LA ÚLTIMA HORA, SARA

La hora de las gaviotas.

Son muchas, hermosas y de todos los colores.

Te amé.

Sí, lo sé. Nadie me ha amado como tú.

Ni amaré a ninguna mujer como te amé a ti. Eres mi último amor.

Feliz abandono ahora este mundo. Dejé que me amaras como sólo tú sabías.

Las gaviotas sabrán llevarte en paz.

No quiero irme, todavía no. Necesito estar más tiempo contigo.

Quiero que me ames una hora más, un año más, un siglo más.

LA INQUISICIÓN

Isaac Benzimra estaba cansado, muy cansado. El trabajo, los niños, la mujer, la tensión en el banco, el coche nuevo, los pagos a plazos, la hipoteca y todo lo demás. Ahora tenía todo lo que siempre había querido tener: un gran chalet en las afueras de Ciudad de México, en uno de los barrios más prestigiosos de la ciudad, un Volvo nuevo (cambió el BMW), una mujer guapa tras dos operaciones de cirugía plástica que le dejaron los pechos como los de una jovencita de quince años, dos niños afortunados que estudiaban en un instituto, un bufete en el centro de la ciudad, en una palabra, todo. “Todo y nada” era la frase que resonaba en su cabeza sin cesar, día y noche, “todo y nada”. A veces se convertía en “todo es nada,” día y noche, en sueños, durante la conversación con un cliente, qué será de ti, Isaac, qué será de Isaac Benzimra, qué será de su vida, de su mujer, de sus hijos.

Quería abandonarlo todo, el trabajo, los hijos, la hipoteca, la amante, las furcias caras, los viajes a Miami, la ruleta en Las Vegas y la oficina en el quinto pino. Quería abandonarlo todo. Pero en lugar de esto, un día le dijo a su mujer: “Me voy de viaje a España, ya he encargado los billetes. El domingo, después de misa, volamos a Málaga, voy al país de mis antepasados, Melisa. Entiéndelo, necesito encontrar allí el sentido de mi vida, en Granada. En Lucena o en Granada, necesito comprender, me voy al país de donde vienen todas mis desgracias.”

Melisa le miró muy preocupada y le recordó que tenía que terminar un asunto muy importante en el tribunal relacionado con la compañía internacional de ordenadores “Lacroft”.

“Efectivamente, pero tengo un socio, ¿no? ¿No tengo derecho a vacaciones? Si sigo así voy a reventar, a reventar Melisa.” Inmediatamente, como un niño haciendo comedia en la escuela, se dejó caer en la enorme cama redonda que había en el centro de la habitación.

“Tenemos deudas,” dijo Melisa, “y si él es quien presenta los asuntos, se quedará con la mayor parte de las comisiones. ¿Recuerdas el acuerdo al que llegaste con él, con tu buen corazón, cuando no tenía nada? Amigo, ah, amigos, me gustaría ver si él te ayudaría si tú no tuvieras nada.”

“Siempre habrá, siempre habrá dinero y habrá deudas, y bancos que me darán préstamos y tarjetas de crédito con un enorme crédito para que gastes más. ¿Sabes cuánto crédito tenemos en nuestras veinticinco tarjetas? Tarjetas de oro, de platino, la Super American Express, la V.I.P. de Visa Platino, ¿cuál más?, ni me acuerdo, ah, sí, la Diners Supersonic, ¿sabes cuánto? Dos millones de dólares, usted gaste, gaste, sabemos que es una mula de trabajo y que trabajará como un burro para pagar.”

“De acuerdo,” Melisa se rindió ante la extraña situación en la que su marido la metía. “Me doy cuenta de que en verdad necesitas unas vacaciones. Iremos a Málaga.”

“Debo decirte que nos alojaremos en un hotel barato, estoy harto de lujos y de tantas estrellas. En un hotel de tres estrellas, uno barato.”

“¿Tú? ¿Estás a punto de quebrar o qué? ¿Tú quieres ir a un hotel de tres estrellas? ¡Pero si cuando tenías veinte años ya no te sentías cómodo en hoteles que costaran menos de cuatrocientos dólares la noche! Tal vez lo que te convendría sería ir al médico, al psiquiatra, no hacer vacaciones.”

“Sabía que esto pasaría, no quiero ir a ningún hotel de los que te hacen entrar en el casino para sacarte el dinero, o de los que te lamen el trasero para que les des doscientos dólares de propina. Quiero algo sobrio, así que ponme ropa sencilla en la maleta.”

“Yo no tengo ropa sencilla.”

“Es muy simple. Coge cien dólares y ves a comprarte algunas cosas baratas, que te hagan parecer la mujer de un funcionario, no la de un abogado importante.”

“Esto ya es demasiado, ¿vale? Demasiado. Iré de viaje con mis vestidos, no menos de tres maletas. Voy a empezar a prepararlas, no sé si me dará tiempo. Pediré a mi amiga Luisa que me ayude.”

Isaac volvió a oír aquella voz, “todo es nada.”

“Todo es nada,” le dijo a su mujer.

“¿Me llevo el vestido rojo? ¿Aquél del escote? ¿Qué opinas? Tal vez no sea ya conveniente, cierto, tendré que ir a comprarme algunos vestidos.”

Isaac se metió en su coche, se sentía realmente incomodo – “Todo es nada”. Aumentó el volumen del disco de los Rolling Stones en el que cantan “Angie”, se puso a cantar con ellos y esto le ayudó un poco, pero cuando la canción terminó volvió a oírlo, “todo es nada.” Esta vez frenó. Aquella voz tenía una presencia más fuerte que las veces anteriores, como si no viniera de su cabeza, sino como si alguien sentado en el asiento

posterior le dijera “todo es nada.”

Cuando llegó al bufete su secretaria le dijo que Luisa había llamado ya cinco veces. Le daba igual. Como de costumbre, no le devolvió ninguna llamada. Tenía varias citas, pero le pidió a la secretaria que las anulara. Ella creyó que él quería algo con ella, como la última vez que le había hecho anular todas las citas. Isaac era un amante maravilloso. A pesar de las tensiones, en cuanto tocaba a una mujer, incluso a la suya, se liberaba por completo. Sus manos acariciaban el cuerpo de la mujer con tanta ternura que ninguna puede olvidarlo. Algo poco común entre los abogados. Pero no. Esta vez Isaac se encerró en su despacho y no habló con nadie. Bajó las persianas hasta la mitad e incluso pidió a la secretaria que no le pasara ninguna llamada y que no entrara para nada. Así pasó todo el viernes, aturdido en el despacho, intentando con todas sus fuerzas deshacerse del “todo es nada”, encendió algunos habanos, aunque le causaran dificultades respiratorias no podía dejar de fumarlos.

Isaac, se decía a sí mismo, Isaac, ¿quién eres, Isaac?

Primero dijo su nombre, hablando consigo mismo. Por un lado, pensaba que todos los psiquiatras creerían que estaba loco, pero, por el otro, cada vez que oía su nombre embistiendo desde su garganta se sentía bien.

El sábado durmió hasta tarde, le pidió a su mujer que no le pasara ninguna llamada, ni siquiera la de un amigo. Sólo le rogó que le pusiera muchos calzoncillos en la maleta, que no pasara como la última vez que fueron a Hawái, que le faltaron calzoncillos y que en ninguna tienda consiguió encontrar los bóxer que a él le gustan. “Lo más importante es muchos calzoncillos,” le insistió más una vez.

Después de comer hizo la siesta, y cuando se despertó le dijo a Melisa que pidiera una limusina para ir al aeropuerto al día siguiente. Pero luego dijo: “¿Para qué necesitamos una limusina? Basta con un taxi, durante una semana seremos

pobres, ¿te parece bien?”

“En absoluto,” dijo Melisa, “si quieres, sé pobre tú, yo iré en limusina. No me casé contigo para ser pobre, para esto me habría casado con Moís, el poeta. Me quería más que tú, y por ahora ni siquiera se ha comprado un coche, no tiene dinero para nada.”

“Me gustaría saber qué ha sido de este drogata, creo que incluso era un poco marica.”

“Te aseguro que no es cierto. Tal vez estuviera un poco ido, o loco, o lo que quieras, pero no era marica.”

“Algunas de mis amigas decían que el sexo no le interesaba demasiado, pero ¿qué importa eso? Apenas tomé un tequila con él, vomitó después del carajillo y no volví a verle.”

“Aquellas chicas me odiaban porque sólo me quería a mí.”

“De acuerdo, como quieras, pide una limusina, no importa, iremos en ‘limu’. Da igual.”

Isaac quería dejarlo todo –el dinero, las limusinas, la mujer, los hijos, la hipoteca, el bufete, la ciudad– incluso la vida. Pero la vida no quería dejarle a él. La vida se aferraba a él como una espina en la garganta –seguros de vida de millones de dólares–, siempre pensaba que valía más muerto que vivo, aun sin comprender la lógica que aquello tenía. Vivo, su pasivo era de medio millón de dólares, y si moría sus seguros de vida ascenderían a tres millones de dólares. A su mujer y a sus hijos les quedarían dos millones y medio. ¿Qué lógica tenía esto? ¿Por qué una mujer no mata a su marido si éste ha ganado lo suficiente para el seguro de vida? Basta con hacer algo en el coche para que uno tenga un accidente convincente. Isaac se puso a pensar en toda clase de teorías según las cuales el cincuenta por ciento de los accidentes de tránsito son asesinatos y otro tanto por ciento no desestimable, suicidios. Parece mucho más respetable morir en un accidente de coche que metiéndote una bala en la cabeza. “Todo es nada.” De hecho, él no pensaba en absoluto en el suicidio. A pesar de no ser practicante, era creyente, y su madre le había inculcado el

sentido del castigo tras la muerte por suicidio y el del miedo al infierno.

El sábado por la tarde durmió tanto que a la noche no tenía sueño. A las dos de la madrugada ya estaba dando vueltas por la casa y esperando el momento de subir al avión. Siempre le ocurría lo mismo con los viajes, se ponía muy tenso antes de un vuelo.

“¿Qué? ¿No vamos en primera? ¿No crees que esto es ya demasiado? ¿Diez horas de vuelo con... en segunda clase? No estoy de acuerdo. Pide que nos cambien.”

“Señor Benzimra, ha habido un error,” le dijo el primer auxiliar de tierra de la compañía. “Parece que ha habido un error y le han puesto en clase turista.”

“No, no ha sido un error, yo lo pedí.”

“¿Por qué? ¿Acaso nuestra primera no le resulta cómoda?”

“No, no es esto, simplemente quería sorprender a mi mujer.”

Melisa intervino. “Una buena broma, ciertamente me has sorprendido, ahora señor...” –miró la placa de identificación de la chaqueta– “señor González, por favor, arregle este asunto.”

“Sí, señor González.” Él le hizo el típico guiño entre dos hombres que comparten un secreto. Pero ninguno de los dos sabía de qué se trataba.

Isaac estaba cansado y su cansancio le ayudó a dormir todo el viaje. Durante el vuelo su mujer bebió mucho champán y comió mucho caviar. Miraba con desprecio a su marido durmiendo porque no se aprovechaba de los placeres del vuelo en primera clase.

Llovía mucho en Málaga cuando el avión aterrizó en el aeropuerto que nace del mar. “Lluvia, una bendición,” dijo Isaac.

“Sí, una bendición, pero no cuando estoy de vacaciones,” manifestó Melisa.

Isaac alquiló un coche y se fueron al hotel.

Melisa se sintió decepcionada con aquél hotel que ni siquiera tenía servicio de habitaciones. “A mí me gustan los hoteles que te reciben con una botella de champaña.”

“No sé si estás conmigo sólo por el dinero o también por el dinero. ¿Hay algo más que te interese?”

“Sí, el sexo contigo.”

Sonrió cortés, no esperaba aquella respuesta. Pero hicieron el amor. A Melisa le agradaba sentir las manos de él en su cuerpo, aunque ahora hacían mucho menos el amor que en años anteriores. Parece que es algo muy natural. Estaba satisfecha porque tenía relaciones sexuales con su marido con una frecuencia de al menos una vez por semana, cosa que no sucedía a ninguna de sus amigas, que muy fácilmente podían contar el número de cópulas anuales con los dedos de una mano.

Se pasaron el día en la cama. “Mañana me voy a Córdoba.”

“¿No está un poco lejos?”

“Me voy a las seis de la mañana. Quiero llegar allí pronto. Tienes que venir conmigo, voy a la villa de mis antepasados, a Lucena. ¿Sabes que antiguamente Lucena era conocida como la ciudad de los judíos?”

“Pero si tú no eres judío, eres cristiano.”

“Soy judío y cristiano.”

“Yo me quedaré aquí. Pasearé junto al mar, haré algunas compras en Málaga y descansaré. Que tengas buen viaje.”

A las tres de la madrugada ambos deambulaban por la habitación, despiertos como si fuera mediodía.

“He tenido un sueño, un sueño extraño. He soñado que se hacían toda clase de cambios genéticos en el hombre, que al principio se cometían errores y nacían muchos seres raros y que para que los errores no se vieran les dejaban en una aldea alejada de todo el mundo. Yo daba vueltas por aquella aldea y

veía hombres con genitales femeninos en la rodilla, o personas con manos en las orejas, otras con los intestinos por fuera, muchas con un solo ojo o tres pies... y entonces me he despertado.”

“Bueno, son miedos malagueños.”

“Una vez quise ser escritor, ya lo sabes, antes de empezar a estudiar derecho. Hay muchos escritores que estudian derecho y después abandonan la profesión. Tal vez deba hacer realidad mi sueño y convertirme en escritor. Ahora o nunca.”

“¿Y de qué viviríamos?”

“Es muy simple. Puedo vender mi bufete al menos por un millón de dólares y ponerme a escribir.”

“Un millón de dólares se va pronto, y ¿luego qué?”

“También puede irse despacio si aprendemos a malgastar menos.”

“¿De qué serviría que aprendiéramos a malgastar menos?”

“De que tu marido fuera feliz y pudiera hacer lo que quiere. Estoy harto de representar a gente pesada, estoy harto de los expedientes, podría escribir un buen libro con mi sueño. Puedo contar muchas cosas de la familia, una larga historia, puedo ser un escritor de amplios vuelos.”

“No creo que éste sea el momento de tomar una decisión. Quisiera pedir un té, pero en este hotel ni siquiera hay un servicio de habitaciones. ¿A esto te refieres con lo de malgastar menos? Deberemos sobrevivir sin servicio de habitaciones.”

“Si salimos seguro que encontraremos uno de esos lugares abiertos las veinticuatro horas.”

“No tengo ganas de salir en una noche tan tempestuosa.”

“¿Tempestuosa? Apenas hace un poco de viento.”

“Sabes que no me gustan los vientos.”

“Está bien, saldré yo y te traeré té y... ¿quieres algo más?”

“Alguna bebida, un Sprite, tal vez también un bocadillo de tortilla española.”

“De acuerdo, veré lo que encuentro.”

Isaac se fue en coche en dirección a la playa, era una noche clara de luna llena. Soplaban un fuerte viento de la montaña y la luna iluminaba con fuerza el mar. El viento se unía a las olas y las arrojaba desde la costa hacia el fondo del mar. Se detuvo delante del primer bar que tenía un letrero de ‘Abierto las 24 horas del día’, pero estaba cerrado. Seguramente estarán de vacaciones, ya no es temporada turística. Se dirigió al coche, pero el viento le dificultaba el andar hasta tal punto que tenía que hacer esfuerzos para poder caminar. Llegó al coche, un Opel Corsa, y entonces notó una mano fuerte que le cogía el hombro.

“¡Don Isaac Benzimra!”

“Sí.”

Frente a él había dos guardias civiles, vestidos como en la época de Franco, con los típicos tricornos y el uniforme verde. Era evidente que había algún problema.

“Le rogamos que nos acompañe.”

“¿Qué?”

Antes de que pudiera decir nada ya estaba en un Ford Escort circulando hacia Málaga.

Intentó hablar con los guardias, pero había una ventana cerrada entre él y aquellos. Ni siquiera consiguió pensar nada durante todo el trayecto, y se vio en la cárcel.

“Tu juicio empezará enseguida,” oyó que le decían.

“Tengo derecho a hablar con un abogado,” gritó inmediatamente. Pero nadie le escuchó.

Como la voz le había anunciado, unos segundos más tarde dos personas le pidieron que les acompañara, y enseguida se encontró en una habitación cuyo techo por lo menos estaba a seis metros. Había tres jueces vestidos con sotana, de pie a unos tres metros de él.

Un hombre que estaba a un lado anunció: “¡El arzobispo Juan-José Torres!”

El del medio, el de la sotana más elegante, ordenó a Isaac que se levantara y dijo:

“Abro la sesión 99/88 del Tribunal de la Inquisición de la ciudad de Málaga. El acusado es Isaac Benzimra, al que se le ruega que se arrepienta de sus actos.”

“¿Qué?” – preguntó Isaac. “Seguro que se trata de una broma de la televisión.” Se puso a gritar, pero enseguida se acercó alguien y le golpeó.

“Siéntate en silencio y responde al señor Arzobispo.”

“¿Tiene algo que decir?”

“¿Sobre qué?”

“Señor Isaac, se trata de algo muy grave, y nosotros queremos salvar su alma del infierno, así que no nos menosprecie.”

“¿El infierno? No está aquí.”

De nuevo alguien embistió desde la pared golpeándole. Isaac empezó a comprender que no se trataba de una broma de la Inquisición. Temía que su mujer hubiera hecho algo para recibir el dinero del seguro de vida.

“¿Se arrepiente usted, o no?”

“Seguro que me arrepiento. Pero la cuestión es de qué.”

“Esto ya nos lo dirá.”

“Me follé a mi secretaria.”

“¿Se arrepiente?”

“Seguro.”

“¿Qué más?” preguntó el sacerdote que estaba al lado del arzobispo y que llevaba una sotana más sencilla, de color marrón.

“Necesito más luz, está oscuro.”

“Está tan oscuro como su alma, sólo si se arrepiente tendrá luz.”

“¿De qué más debo arrepentirme?”

“De todo, de todo, sólo así podrá salvarse del fuego del infierno.”

Isaac se preguntó que quería decir aquél “todo”, pero enseguida se dio cuenta de que aquello no tenía fin, tenía que saber lo que ellos querían oír porque parecía que no se trataba

de las relaciones extramatrimoniales. ¿Qué debía decir?

“Este es un país democrático y tengo derecho a un abogado que me defienda.”

“¿Democrático? ¿Qué significa esto?”

“Ah... si ustedes no lo saben, señal de que verdaderamente estoy en apuros.”

El arzobispo empezó a mostrar interés: “¿Democrático, como en la Grecia pecadora?”

“Más o menos. Significa que un acusado tiene derechos básicos y que uno puede elegir a su dirigente. Que la gente puede elegir a su dirigente.”

“¿Para qué necesita derechos un acusado? Nosotros estamos aquí para defender sus derechos, para hacer que se arrepienta y salvarle del infierno. ¿Dice que este es un estado democrático? Aquí jamás nadie ha elegido un rey. Dios, y en parte nosotros, elegimos al rey.”

“No un rey, en un estado democrático no hay rey.”

“Si es así, usted no está en un estado democrático, porque aquí hay un rey, el rey Juan Carlos de Borbón el católico, no es aquí.”

“Lo era hace unas horas. ¿Acaso ha habido una revolución?”

“Por su bien le sugiero que intente otra línea de defensa. Su estupidez podría llevarle a ser decapitado por hablar como un brujo.”

“¿Brujo? Creía que ya no existían.”

“Muy pocos.”

Los tres jueces se pusieron a dilucidar en voz baja y luego dijeron a Isaac:

“Proponemos interrumpir esta sesión hasta mañana, le dejaremos descansar. Seguro que está cansado y asombrado, así tendrá tiempo para pensar de qué quiere arrepentirse.”

“No soy ciudadano español, soy ciudadano mexicano, quiero ver a mi embajador.”

“Señor Benzimra, México es parte de España. No existe tal embajador”.

Dos hombres cogieron a Isaac con suavidad y lo llevaron a su celda. Por el camino intentó hablar con ellos. “¿Qué está pasando aquí?” Pero ellos se comportaban como robots y no respondían a sus preguntas.

En la celda encontró a otro hombre que, como él, esperaba el siguiente debate. Como abogado experimentado que era, Isaac intentó sonsacarle tanta información como le fuera posible.

Fernando María, así se llamaba, le respondió en tono magnánimo:

“No hay posibilidad alguna de que jamás sepas qué decirles ni qué confesarles. Yo ya he confesado millones de cosas, pero lo único que hacen es mirarme y pedirme que me arrepienta para salvar mi alma del infierno. ¿Dónde está el infierno? En realidad, ¿no sería mejor llegar a él en lugar de tener que pasar por todas estas confesiones? Creo que lo que pretenden es que confiese la práctica de alguna antigua costumbre judía, pero yo ya no sé nada del judaísmo, tal vez la abuela de mi abuela supiera algo. Ya hace tiempo que he confesado que no como cerdo, aunque lo coma a diario. He confesado que prendo velas y que estoy circuncidado, aunque ellos mismos pueden comprobar que no es cierto. Un día te sentarán en el potro y te irán echando, gota a gota, aceite hirviendo sobre la cabeza, aceite de oliva, un aceite de oliva excelente a ciento sesenta grados, y entonces estarás dispuesto a confesar cualquier cosa. Yo, incluso estoy dispuesto a confesar que violé a María, estaría dispuesto a confesarlo todo si me dijeran de qué soy sospechoso, pero nada sirve para nada. El aceite hirviendo te fríe la cabeza, empiezas a ver que la vida se te escapa delante de tus ojos, pero ellos tienen médicos excelentes y se detienen justo cuando estás a punto de morir y te mandan desvanecido a tu celda. Aceite de oliva hirviendo, después llega el tormento del agua, te echan gotas de agua helada al oído, una por

minuto. Gritarás, pero te volverás loco, los golpes no son nada al lado de esto. Unos cuantos golpes, un poco de sangre y listos. Te aconsejo que no confíes nada. Intenta saber qué sospechas tienen de ti, no creo que sea posible, ellos conocen todas las técnicas. Todas.”

“¿Qué pasa con un abogado, no puedes pedir un abogado que te defienda?”

“Nadie puede defenderte. Piénsalo, hace ya quinientos años que aquí no hay judíos, pero ellos siguen buscándonos.”

“¿A nosotros?” respondió Isaac rápidamente, con una reacción judicial típica, “pero si yo no soy judío.”

“Tampoco yo,” respondió Fernando María, “tampoco yo. Sólo es una forma de decir. Los buscan. Ojalá fuera judío, o al menos un poco judío, un poco marrano, porque entonces este sufrimiento tendría algún sentido. Si lo fuera de verdad me negaría a comer cerdo, habría podido rezar al Dios de los judíos y dejar de suplicar a Jesús que me salvara de sus sacerdotes. Ay, Isaac, no sé cómo vamos a salir de esto. El problema es que aquí, en los lóbregos sótanos de la Inquisición, nadie muere. Aquí nadie muere, el sufrimiento dura años, pero no te matan. Yo rezo cada día para morir.”

“Propongo que durmamos hasta mañana.”

“Dormir, Isaac, ojalá pudiera dormir. No puedo dormir. Te despiertan constantemente, y entre estas húmedas paredes ya no sabes si es de día o de noche. Dormir, ojalá pudiera dormir un minuto, un solo minuto. Morir, morir sería mi único sueño, ni siquiera puedo cerrar los ojos, es como si dos pinzas me los mantuvieran abiertos.”

“Bien, pues yo voy a dormir.”

“Duerme, duerme, amigo mío, tal vez ésta sea tu última oportunidad de hacerlo.”

Pero Isaac no consiguió dormir pensando en cómo salir de aquél laberinto jurídico, de aquella extraña situación. Ni todos sus conocimientos jurídicos ni los que había adquirido sobre

derecho internacional no le sirvieron de ninguna ayuda. Se veía a sí mismo como súbdito de un estado inexistente, no porque hubiera desaparecido, sino porque en este nuevo mundo jamás había existido. Tal vez, se decía, la mejor solución sería la que los jueces no esperaban, atacarles por todas las vías posibles para hacer añicos su rectitud. Tal vez, tal vez, tal vez... hasta que se durmió.

Es difícil saber cuánto tiempo durmió. Se despertó cansado. Quizá durmió una hora, o diez, pero los que le custodiaban no le dejaban lugar a dudas de que no se trataba de un sueño.

Le escoltaron a través de los pasillos hasta llegar a una sala en la que había un solo hombre, no un tribunal.

Sin haberse presentado, el hombre dijo: “Enseguida le vamos a trasladar al Tribunal de la Inquisición de Lucena. Se ha decidido que sean ellos quienes le juzguen.”

“¿Puedo decir algo? Apelaré a la ONU y al Tribunal de los Derechos Humanos de Praga.”

Nadie le respondió, le cubrieron con un saco negro y le metieron en un vehículo que le llevó a Lucena.

En viaje duró horas. Como si todo el tiempo se metieran en embotellamientos o, sencillamente, como si el coche se hundiera. Isaac no lo sabía, ni nadie le decía nada. ¿Qué diferencia había entre Lucena y Málaga? Pero sí que la había, la había y él lo sabía. Precisamente había ido a España para visitar la ciudad de sus antepasados, que no era otra que Lucena.

Durante el camino ya notó que las cosas habían cambiado un poco. Tal vez fue por la forma de meterle en el coche o por el ambiente en su interior. Le llevaron directamente a una sala en la que había un hombre con una sotana magnífica, distinta de la del juez anterior.

“No estoy de acuerdo en seguir con todo esto. Según el convenio de Ginebra ustedes están actuando contra mis derechos básicos y ni siquiera sé el por qué. No acepto en

absoluto ni sus tribunales ni sus leyes, exijo un abogado inmediatamente.”

“Soy el cardenal de Lucena, Martín de Jesús y Ibera, señor Benzimra, haga el favor de sentarse.”

“No estoy obligado a responder a ninguna pregunta, su actitud es ofensiva e ignominiosa.”

“Lamento que se hayan comportado con usted de forma incorrecta. Evidentemente, puede presentar una queja por escrito y nos ocuparemos del tema.”

“¿Una queja por escrito? Esto ya me lo conozco de México. Quiero hablar con su Presidente del gobierno. Tal vez esto acorte el proceso. Soy una persona importante en México, un abogado importante.”

“Le aconsejo que colabore para que podamos devolverle al lugar de donde ha venido, sea de donde sea.”

“Vengo del mundo razonable, y esto es una casa de locos.”

“¿Conoce a este hombre?” El cardenal mostró una foto a Isaac.

“Claro que sí. Es Moís Benzimra, el familiar más lejano del que tengo una foto. En casa tengo otra.”

“Tiene mil años y nació en Lucena. Se llama a sí mismo Lucena y propaga toda clase de mentiras sobre nosotros, ¿sabe usted algo de esto?”

“La fotografía es del siglo XIX, del año 1880, más o menos, evidentemente me refiero a la que tengo en casa. Llegó a Brasil desde Tetuán, que no está lejos de aquí, y un buen día desapareció, pero es de suponer que murió. Las personas no viven ciento ochenta años, y en la fotografía parece tener cuarenta o cincuenta.”

“No me ayuda usted mucho. Dicen que busca a marranos para convertirlos al judaísmo.”

“¿Todavía hay marranos, Su Eminencia señor de Jesús?”

“Sí, y cuántos. Hay uno que dice ser el Mesías de los judíos, es a él a quien busco.”

“¿Y a este joven, le conoce?” El cardenal le mostró otra

foto.

“Es Samuel, el hijo de mi hermana, Samuel Felipes, un muchacho encantador, vive en México.”

“¿En México? Parece que está en dos lugares a la vez, aquí también se llama Samuel, Samuel Murciano. Escribe relatos que publica en toda clase de revistas, historias contra la Iglesia, seguro que es un marrano o un judío clandestino, o simplemente un ruin embustero.”

“Será que se parece mucho a mi sobrino. En el mundo hay gente que se parece, no creo que mi sobrino escriba relatos, estudia medicina en la universidad de Ciudad de México.”

“Esto es todo,” dijo el cardenal tras unos momentos de reflexión. “Puede irse. Es libre de hacer lo que le plazca.”

“La cuestión es saber cómo llegar a mi mundo.”

“Le aconsejo que haga las mínimas preguntas posibles y que se marche antes que me arrepienta de haberle dejado en libertad y le mande de nuevo al Tribunal de la Inquisición de Málaga.”

Isaac salió a la calle a toda prisa. Tuvo que subir muchas escaleras. Contó ciento cincuenta mientras intentaba pensar cómo reconstruir lo que le había ocurrido y si alguien le creería.

Cuando estaba en los últimos escalones recordó algunas chanzas que su hijo le había contado cuando tenía cuatro años y que le habían hecho reír hasta llorar, pero que ahora no tenían ningún sentido: un hombre entra en el agua, y en el agua hay un animal grande que le golpea la cabeza, y cuando sale del agua se va a casa de la abuela, y ésta le dice hola y hasta la vista, y entonces él se toma la leche con cacao y compra un aguacate en el mercado, y así sucesivamente.

Al final de las escaleras se encontró en una gigantesca sala donde había gente rezando. Su primer pensamiento fue huir, pero se percató de que la plegaria se cantaba en hebreo. La gente pronunciaba una frase que él siempre había escuchado de

su madre, algo así como *Shemá Israel*. Reconoció aquella frase que había sido una especie de código familiar. Creía que sólo él la conocía. Se acercó a los que rezaban, que ni se fijaron en él de tan concentrados como estaban en sus oraciones.

Cuando llegó junto a ellos se prosternaron algunas veces y la oración terminó. Alguien se dirigió a él saludándole en español.

“¿Quién eres?”

“¿Quién soy yo? ¿Y tú?”

“Soy Samuel Danino. Samuel Danino, soy de aquí, pero tú no. ¿Eres judío?”

“Depende.”

“¿Cómo te llamas?”

“Isaac Benzimra.”

“Benzimra... ¿Benzimra de Tetuán o de Brasil? Mi madre se llamaba Benzimra.”

“Benzimra de Brasil, pero soy de México.”

“México. ¿Hay judíos allí?”

“Yo no soy judío. Soy cristiano. Mi abuelo sí era judío.”

“No puede ser, no en España, no puede ser. Benzimra es un nombre judío, y los judíos no se pueden convertir al cristianismo. Es decir, sí pueden, pero no se da el caso, es necesario un permiso de su rabino y otro del sacerdote, y el rey tiene que dar su autorización y entonces es obligatorio cambiarse de nombre. Hay nombres judíos y nombres cristianos, y Benzimra es un nombre judío.”

“Bien, no lo sabía, tal vez sea judío. Si ayer la Inquisición me investigó, hoy puedo ser judío.”

“¿La Inquisición? Algo he oído, pero era para los cristianos, era algo que existió más o menos en el siglo XII. Una buena institución, la gente iba a confesar sus faltas y recibían la absolución, pero jamás investigaron a los judíos. Nunca.”

“Bueno,” dijo Isaac, “todo puede ser. Pero lo que yo sé es que los cristianos y la Inquisición hicieron la vida imposible a los judíos y los expulsaron de España.”

“Lo que yo sabía no era esto. Los musulmanes nos expulsaron de Lucena, pero gracias a la Reconquista volvimos, y Lucena siempre fue una ciudad judía. Quizás en Sevilla haya cristianos de la Inquisición, pero nunca han perjudicado a los judíos. Aquí los cristianos son buenos, no como los de Polonia.”

“Señor Danino, qué quiere que le diga, todo puede ser. Últimamente la historia ha sufrido un terrible mareo y todo se ha embrollado. Una cosa es cierta, yo prefiero estar aquí, en esta sinagoga, antes que en los calabozos de la Inquisición en los que ayer estaba. Quién podría creer que algún día me alegraría de estar en una sinagoga.”

“Ven,” dijo Danino, “vamos a tomar algo en la cafetería.”

Fuera de la sinagoga, hacía un soleado día de invierno y había una enorme explanada por la que los pájaros iban y venían. Isaac recordó la leyenda sobre los pájaros que al alba llenan la explanada del Muro de las Lamentaciones, e inmediatamente Samuel empezó a contársela: “Dicen que en el Muro de los Lamentos, en lo que quedó nuestro Templo, cada día, al alba, la explanada se llena de pájaros que cantan alabanzas al creador del mundo, y entonces el sol puede llegar a Jerusalén. Los pájaros llaman al sol para que salga. Nuestros sabios dicen que sin ellos el alba no resplandecería. Los sufistas también creen que los pájaros llevan la aurora.”

Llegaron al ‘Route 66’, donde había mucha gente tomando café con leche y comiendo tostadas o cruasanes.

“Hola, Samuel.”

“Hola, David.”

“Aquí todos son judíos de verdad,” dijo Isaac.

“¿Tienes un invitado? ¡Qué mejor que un invitado en un día de sol! Poder ocuparse de él y cumplir los preceptos de hospedar a los invitados,” dijo otro.

“Soy Yitzhak Bentolila,” dijo a Isaac uno que estaba junto a

la barra.

“Y yo Isaac Benzimra.”

“¿Benzimra de Brasil o de Tetuán?”

“De Brasil, aunque vivo en México.”

“¿Hay judíos en México?”

“No lo sé. De todas formas, los Benzimra de Brasil seguramente llegaron allí desde Tetuán.”

“Se dice que en el mundo no hay gente más estricta que la de Tetuán y también se dice que si uno no prueba los dulces que ellos hacen, su vida no es vida.”

“De la gente de Tetuán también se dice que descienden de la tribu de Yehudá, que de noche protegían el templo de los animales, y que por eso les llamaban ‘los leones’.”

“La gente de Tetuán es absolutamente honrada. No son buenos comerciantes, pero sí grandes médicos.”

“¿Cómo puede decir esto?” estalló Samuel Danino. “Mi familia es de Tetuán y son muy buenos comerciantes.”

“Tal vez sí comerciantes, pero son gente obstinada, si te dicen que un vaso es de hierro, más vale que no se lo discutas, y aunque se te rompa, ellos tratarán de convencerte de que es de hierro y que no puede romperse.”

“En esto estoy de acuerdo,” dijo Samuel.

“Un buen café,” intervino Isaac.

“Es el mejor de la zona.”

“¿Cómo salgo de aquí para ir a Málaga?” le preguntó Isaac a Samuel. “Mi mujer me estará esperando allí.”

“Hoy ya no podrá ir, hay obras en la carretera. Están arreglando la carretera magnética, cambian el agua. Hasta mañana no podrá ir a Málaga. ¿Por qué quiere ir a Málaga? Es una ciudad de musulmanes. Quédese aquí con nosotros, usted es judío. ¿En qué comercia?”

“No soy comerciante. Soy abogado.”

“¿Qué dice que es?”

“Abogado. Cuando alguien tiene un juicio, yo lo represento ante el tribunal.”

“‘No seáis como los abogados’, está escrito en *Pirké Avot*. Entre nosotros tal cosa no existe, cada uno presenta sus asuntos ante el rabino, sin abogados.”

“Cuando alguien quiere firmar un contrato se dirige a mí, y también cuando tiene alguna cuestión concerniente a asuntos legales o sociales.”

“Ya lo entiendo, es como un rabino.”

“No, para nada. Estudié cinco años para ser abogado.”

“Entre nosotros un rabino tiene que estudiar quince años para obtener la licencia.”

“¿Sí? ¡Quince años! Yo no lo habría resistido.”

“Muy pocos lo resisten, y no crea que ganan mucho.”

“¿Está seguro de que hoy no puedo ir a Málaga?”

Alguien intervino en la conversación. “Puede ir a Córdoba, de allí a Sevilla, y de Sevilla a Antequera por la carretera vieja, pero tardaría mucho tiempo, más de una hora. Quizá una hora y media.”

“¿Mucho tiempo una hora y media? ¡Pero si eso no es nada! Una hora y media es ir muy rápido. ¿Cuánto tiempo se tarda por la carretera nueva?” dijo Isaac riéndose.

“Nueve minutos y veinticuatro segundos.”

“Cuánta precisión.”

“Así son las nuevas carreteras, uno llega con el coche a la zona hidráulica y el coche funciona solo gracias a la combinación de agua e imanes diligentes.”

“Si usted lo dice... Pero una hora y media no es mucho para mí.”

“La carretera está bien, señor Isaac, pero la gente de Lucena cree que no es correcto recibir a alguien que viene de lejos y no invitarle a comer, por eso decimos que cambian el agua, es algo sabido. Usted seguramente no conoce las costumbres de España y por esto no lo comprende. Pero si tiene prisa, venga a mi casa. Se restaurará con el cordero que sacrificamos en su honor y luego iremos con usted a su lugar.”

Isaac estuvo a punto de ponerse a reír por la solemnidad de

las palabras de su anfitrión, pero comprendió que no podía hacer tal cosa. No le quedaba más remedio que aceptar la invitación.

“Sería conveniente que pasara la noche en casa, y mañana, cuando se haya refrescado, ya se pondrá en camino.”

“No puedo, mi mujer me está esperando.”

La comida fue realmente succulenta y abundante. Durante el ágape se rieron y contaron chistes.

Después de comer Isaac pidió a su anfitrión que tuviera la bondad de decirle cómo volver a Málaga, pero Samuel se empeñó en llevarle en su coche.

Isaac entró en el vehículo, difícil de describir como un coche, se le pidió que se abrochara el cinturón, que se pusiera el casco y que se metiera en el bolsillo un aparato que servía para comprobar que su pulso fuera correcto durante el viaje.

Durante el trayecto no hablaron mucho, pero al cabo de seis minutos Isaac se encontró en el interior de un túnel. Había entrado en él en aquél vehículo cósmico, pero salió con el Opel Corsa que había alquilado, conducía algo desconcertado, y entonces vio detrás suyo a dos motociclistas le hacían señales para que se detuviera en el arcén.

Se detuvo, salió del coche y se acercó a los policías.

“Espero que no sean ustedes de la Inquisición.”

“Documentación, por favor,” dijo uno de los policías.

“Y que tampoco sean uno de aquellos judíos locos,” dijo mientras sacaba la documentación de la cartera.

“Benzimra,” dijo uno de los policías. “¿Benzimra de Tetuán o de Madrid?”

“¿Qué?” dijo Isaac. “Ah, sí, de México.”

“Esto está lejos,” dijo el otro policía.

“Benzimra o no Benzimra, ha hecho una infracción muy grave. Según nuestro aparato usted circulaba a velocidad excesiva.”

De pronto Isaac rompió a llorar y empezó a abrazar a los dos

policías diciéndoles una y otra vez, “¡Qué bien volver a la realidad, qué maravilla! ¡Exceso de velocidad!”

“Un exceso de velocidad de quinientos doce kilómetros por hora.”

“Ja... ja...” Isaac se rió con ganas, “¡Quinientos kilómetros por hora!”

“Quinientos doce,” interrumpió el policía con precisión.

“¿Quinientos doce?” dijo Isaac riendo de nuevo. “Este coche no puede pasar de los ciento veinte. Mírenlo, ¿creen que puede alcanzar los quinientos doce kilómetros por hora? Pueden llevarme a juicio, ¿qué juez les va a creer?”

Los policías se miraron y comprendieron que se las tenían con alguien que estaba un poco loco, tal vez borracho, como ustedes quieran, pero este coche de ninguna de las maneras puede alcanzar una velocidad de quinientos doce kilómetros por hora.

“De acuerdo, tenga sus documentos, pero la próxima vez circule más despacio.”

“Además,” dijo el segundo policía, mi familia también es de Tetuán, me llamo Benarroch.”

“Ah, sí, muy bien. Díganme una cosa, ¿qué hora es?”

“Son las tres, las tres y diez.”

“De la madrugada.”

“Sí, sí, de la madrugada.”

“¿Qué fecha es hoy?”

“¿La fecha?”

“La fecha.”

“Dieciocho de diciembre de 1999.”

“Entonces aún puedo llegar a tiempo.”

“De esto no hay ninguna duda,” dijo el policía mientras Isaac se metía en el coche.

CUANDO VENGAN A BUSCARNOS NOS IREMOS

Nos iremos sobre el mar.

El mar es nuestro amigo y nuestro enemigo.
Sentiremos cariño por el agua salada.
Saldremos por mar, el Mediterráneo es nuestra madre.
Otros hablan de la madre tierra, nosotros nos nutrimos del mar.

El mar es el útero.

Aguas que no podemos beber, aguas sin las cuales no podemos vivir.

El mar es el útero, no la conmiseración.

PRIMER DÍA

Aquí, frente al mar, te contaré cosas que jamás has oído sobre un mundo que creías olvidado, un mundo que será el tuyo toda tu vida.

Aquí, frente al mar, en este hotel, desde este mar que te da vida y se toma vidas, desde este mar que se pobló de piratas, desde este mar que salvó a nuestro pueblo y le ahogó, que salvó a nuestras mujeres y en el que nuestros hijos se ahogaron. El mar Mediterráneo, mi patria y mi morada. El mar Mediterráneo, mi vida y mi muerte.

Seguro que todo esto te parecerá extraño, qué quiere de mí este anciano, qué quiere contarme, qué hace un joven como tú aquí, en el verano de Málaga, hablando conmigo en lugar de estar en el mar o jugando.

Vendrás a mí durante siete días, cada día entre las nueve y las doce, y el séptimo día tendrás la respuesta a todas tus preguntas, y las respuestas serán el portal de las preguntas que harás a lo largo de toda tu vida.

Este mar es ahora un mar para turistas, pero no hace mucho, hace seiscientos años, de él partieron hacia el Magreb mis parientes, ellos y ellas, la mayoría murieron en el camino, de enfermedad o por la mano del hombre. Los que supuestamente

debían salvarles les robaron el dinero y les echaron al mar. En 1961 de Al-Huseima se hará a la mar la ‘nuez’, y de camino a la Tierra de Israel se ahogarán todos los que no vieron desvanecerse su sueño. Porque tienes que saber, hijo mío, que nosotros no obtendremos sosiego de este mar, ni de esta tierra, ni siquiera la Tierra de Israel nos ha traído tranquilidad, no nos ha dado la tranquilidad que buscábamos, sólo otra clase de persecuciones, más y distintas de las que conocimos en nuestros exilios en Marruecos, en el Magreb y en Portugal.

No, España no era un exilio. Y por haber hecho de España nuestro hogar nos castigarán toda la vida, pero ya no recordamos o no sabemos por qué. Es como el pecado del becerro, como los pollinos de Lucena, la primera en ser arrasada, la primera golondrina de la destrucción que se prolongaría durante los cuatrocientos años de la Reconquista y de la eliminación de los judíos con su conversión al cristianismo o renunciando a serlo en nombre del cielo.

Hubo días en los que pude respirar este aire como si mis pulmones hubieran formado parte del paisaje que se contemplaba desde esta terraza. Esta era mi casa, estos eran mis montes, altas montañas merecedoras de mi amor y de mis paseos, unas montañas por las que caminé para poderme acercar a Dios, porque entonces creía, entonces creía que ésta era mi tierra y que aquí viviría y moriría. Todo lo que aprendí es que la historia no tiene continuidad y que las cosas más importantes que acontecen son imprevisibles. Algunos dirán que esto prueba que en ellas está la mano de Dios, otros dirán lo contrario, que es precisamente esto lo que demuestra que todo es accidental. Los hechos no eran previsibles en el año 1266, y por supuesto que tampoco la expulsión de los judíos, y yo puedo decirte que la expulsión ni siquiera era previsible una semana antes de la misma. La segunda Guerra Mundial no fue previsible, tampoco la primera, ni el establecimiento del Estado de Israel, ni el terremoto de Agadir, los más grandes acontecimientos siempre son imprevisibles.

Luego llegan los historiadores y a posteriori explican la lógica de un cierto hecho, pero si la tuvo, ¿cómo puede ser que nadie previera aquellos sucesos importantes?

Seguro que las extravagancias de mis palabras te sorprenden. No estoy hablando con metáforas ni con imágenes. Cuando digo mis hijos, es porque ciertamente fueron mis hijos hace quinientos años. Tengo mil años. Bueno, algo menos. Nací un poco después del año mil, o como mi padre solía decir, “naciste después del año de la locura,” quizás en el 1030 o en el 1011, no lo sé. Nací en Lucena, cuando Abd al-Rahman Al-Mansur era el rey. No lejos de aquí, en la gran ciudad judía de aquellos tiempos. Una gran ciudad del reino de Granada y también la primera en caer. Hace mil años, y yo, amigo mío, no tardaré en morir, porque nadie puede superar la edad de mil años, sé que estoy a punto de morir porque me duelen las articulaciones y esto es una señal. Éste es el motivo por el que tú estás aquí, tengo que contártelo todo antes de fallecer, debo contarte cosas que nunca he contado a nadie y que tú tampoco deberás contar a nadie. No lo contarás, ¿verdad? Yo sé, y tú también lo sabrás el décimo día, por qué no conté estas cosas a nadie antes que a ti y por qué no lo haré después. Me han dicho que quieres ser escritor, así que a lo mejor escribirás libros sobre lo que hoy escucharás, pero las cosas importantes no las contarás, no podrás hacerlo, además nadie creería ni la décima parte de lo que explicarás, y así es mejor.

Te estoy hablando, pero de hecho no estoy aquí, sino allí, en el mar. En el mar puro, la *mikve* de mi vida, el agua salada entra en mí a través de mis agujeros, de mis huecos y de mis espacios vacíos, el agua del mar, la sal del mar.

Estoy hablando contigo sin estar aquí, estoy con mis hijos e hijas, con mis mujeres y mis sueños. Vivo el pasado, las imágenes de los hijos del que se convirtió al cristianismo y me hago cura, y de su hijo que también se hizo cura, huyo de Sevilla y de su fuego cada día, cada día veo a mi mujer

fundiéndose en el fuego mientras me hago cristiano en la iglesia que hay en la bajada de la calle de los levitas de Sevilla. ¿Estas cosas sucedieron? Te lo pregunto, Benzimra, a ti te lo pregunto, ¿existieron los Benzimra? Mira, ya lo sabes todo de mí, no sabes nada de mí, tampoco yo, con mis mil años, no sé nada de mí.

Evidentemente, es posible preguntar, preguntar al hombre cuándo aprenderá. Yo he vivido mil años y aún no he aprendido.

Seguro que estás pensando que puedo decirte algo sobre el futuro. Pero del futuro no sé nada. Una vez me encontraba explicando parte de esta historia en una aldea y la gente quería que les dijera el futuro. Apenas recuerdo el pasado. Los barcos se mezclan con las iglesias, los árboles hermosos con personas colgadas, los días con ríos de sangre. La felicidad del alumbramiento siempre se diluye en el recuerdo de mi mujer que murió en el parto, la sonrisa del niño con el dolor de mi hijo que murió de tuberculosis a los ocho años. Ni siquiera aprendí mucho de medicina. A pesar de ser médico y de haber ayudado a miles de personas, todo lo referente a la enfermedad y a la muerte todavía me sorprende, tal vez el mapa del tiempo sea aún más sorprendente.

Las lenguas que hablé han desaparecido como montes caídos a causa de un terremoto, el latín maravilloso y el arameo de Siria, lenguas que hablé y que desaparecieron como las gentes, palabras maravillosas cuyo sonido nadie volverá a escuchar. Y he aquí que de todas las lenguas, como seres muertos, el hebreo vuelve a resonar en las calles de Israel, incluso del mundo. Precisamente la lengua hebrea, de la que se reían y burlaban los que empleaban el latín como lengua de trabajo, precisamente el hebreo es la lengua que ha resurgido, mientras que el latín ha sido desarraigado de la tierra. Lenguas, cuántas lenguas he olvidado.

Mil años, y estoy sentado frente a ti, y tú totalmente perplejo, ¿cómo alguien que parece tener cuarenta años puede decirte que tiene mil? Por vez primera siento la necesidad de contarte todo lo que recuerdo, es tanto lo que he olvidado, sin olvidar ahora no podría estar hablando contigo. El día que vi cómo mi familia se ahogaba, olvidé varias veces mi nombre, lo olvidé para seguir vivo. Fui Ben Iftaj y Ben Mimón, fui Suárez y fui Finkelstein, y fui Braslev, fui Ibrahim y Muhammad. Y también fui Jesús, todo para olvidar el día que nací en Lucena, el día que mi padre vio morir a su primera mujer mientras me paría. El día que nací, yo era su primer hijo, él lloró al amor de su juventud y se alegró por su hijo Abraham, se alegró, así me llamaban entonces, Abraham, Abraham Ben Moshé. Mi padre se alegró, y mi madre no murió en mi parto, sino el amor de su juventud, ya me entiendes. Pero la vida seguía, hubo la circuncisión, pero mi padre jamás olvidó el día de su muerte, y él también murió de tristeza justo el día que nació mi hijo Moshé, Moshé Ben Abraham, antes que existieran los apellidos, mi padre murió el mismo día y yo desaparecí un año después. Huí de la familia.

Me costaba comprender por qué había desaparecido, qué había de malo en mí en toda esa historia, amaba mucho a mi mujer y entonces la vida en Lucena era muy fácil, había frutos en abundancia, y trabajo para musulmanes y judíos, entonces no había cristianos en Lucena, todo era abundante.

Una fuerza inexplicable me llevaba una y otra vez a las montañas y al mar, a los lugares solitarios para estar solo un largo tiempo, y entonces caía enfermo, con mucha fiebre, no comía nada durante una semana, desfallecido, sólo alguien –él o ella– me mojaba los labios con un poco de agua, personas a las que no veía y a las que nunca volví a ver. Y una mañana me despertaba volviéndome a sentir como si tuviera veinte años. Al principio sucedía lo mismo cada veinte años, después los períodos fueron de treinta y de cuarenta años. Pero hace sesenta que ya no pasa, por eso se me ve más viejo de lo que jamás he

parecido, lo que significa que es el final, lo sé, nadie puede vivir más de mil años, nadie, porque mil años es el día de Dios. Esto es algo que he aprendido por mí mismo, así que debo contarte mi historia.

Mírame, Shmuel, mírame. Estas son las manos de un milenario, ésta es su cabeza y ésta su piel, así se ve un milenario, mírame, no mires el mar, las olas engañan, vienen y van como si el hombre no supiera de sufrimientos y de muerte. El mar es un gran embustero, tú crees que es la naturaleza y la belleza, pero la naturaleza somos nosotros, el hombre, porque nosotros elegimos, el mar no. El mar es como un muerto, porque no puede elegir los días tempestuosos, pero nosotros, como una paloma, podemos provocar tempestades, terremotos, guerras y epidemias. Y con el paso del tiempo podemos dañar más y reparar más. Mírame, Shmuel, mi descendiente, mírame, soy yo, el abuelo de tu abuelo, aquél del que tu padre te habló tanto que te hartaste de escuchar. Soy el Abraham Benzimra que en 1866 se marchó de Tetuán y se fue a Brasil dejando a su mujer con tres hijos y dos hijas, el que jamás escribió ninguna carta y el que no regresó. Era el momento de desaparecer de la familia y no volver, como había hecho tantas y tantas veces. Qué hubieran dicho de este viejo que siempre parecía tener treinta años cuando ya tenía cien, que se había casado tres veces, que tuvo decenas de hijos, seguramente habrían pensado que era un brujo y me habrían quemado vivo. Ahora ya no me quemarían vivo, Shmuel, descendiente mío, ahora me encerrarían en un laboratorio secreto para investigarme, como han hecho con un amigo mío no hace mucho porque desfalleció por el amor de una mujer y le contó la historia. Solamente tenía trescientos cuarenta años, y por esto yo no se la he contado a nadie hasta hoy, tal vez sí en parte, pero jamás toda la historia como te la contaré a ti durante los próximos siete días. O al menos lo que recuerde.

No tengo ningún motivo para pensar que guardarás mi secreto, no podrás, pero ya no importa, o tal vez sí lo guardes, no lo sé, pero debes saber que no confío en que lo hagas. Pero ya no me importa si lo explicas o no. Aunque me encierren en un laboratorio, porque probablemente me moriré en la primera prueba. Sé que la muerte se me acerca porque ya hace meses que me duelen las manos y esto no me había pasado nunca. Me duelen las articulaciones. Si quieres, incluso puedes escribirlo todo, puedes hacer lo que te plazca.

¡El mar! ¡Oh, el mar! Este pequeño mar, siete guerras y piratas. Una vez me enrolé en un navío de piratas y con ellos hurté a ingleses, franceses, portugueses y demás. El estrecho de Gibraltar era el lugar más cómodo para aquellos robos. Amaba el mar, pero él nunca me devolvió el amor. Perdí a mi familia en el mar, en las olas y en el fanatismo de la gente. Sí, salí de Sevilla con el único hijo mío que no se había convertido al cristianismo, Moshé, en 1391, de Sevilla a Málaga y de Málaga a Marruecos, a Tetuán, que por aquél entonces era una ciudad de piratas. Dijimos que éramos musulmanes para evitarnos desgracias con el mundo que nos rodeaba. Muy pronto él se convirtió en el pirata más famoso de la región, en el favorito del rey Abd-Allah. Hasta que el rey murió y el nuevo rey, Muhammad, supo que era judío y nos hundió el navío. Después, este mismo rey perdió muchísimo dinero porque los nuevos piratas no supieron apresar a personas suficientemente importantes para exigir un alto recate. Así murió mi hijo Moshé, en este mar en el que has nadado tantísimas veces, en el que tanto has jugado y has empezado a tontear con chicas. El mismo mar que a mí me salvó y que mató a mi familia. La misma agua y las mismas olas.

Mil años de Lucena a Jerusalén, ya creía que nunca más volvería a España, pero cuando vi tu fotografía supe que eras tú el que yo siempre había buscado para contarte la historia. A ti y

a ninguna otra persona. Vi en tu rostro la mirada de mi padre tras la muerte de mi madre parturienta. Vi la sonrisa de mi primer hijo. Vi todas las miradas de mi historia, desde Lucena hasta Jerusalén. Incluso tu silencio es encantador.

Ahora, hijo mío, puedes irte. Vuelve mañana a las nueve. Hoy ya te he dicho bastante. Ves a preguntar a tu abuelo sobre Abraham Benzimra, pero sin hacer demasiadas preguntas. Ellos no deben saber nada de mí. Me meteré en tu vida durante siete días, pero después tú tampoco sabrás nada de mí. Vuelven a dolerme las articulaciones, el tiempo se agota.

De nuevo hay que ponerse en camino, de nuevo el movimiento nos llama, después que el rey de Portugal nos diera refugio. Después de cien años tenemos que volver a marchar. Les da igual que seamos marranos, que hayamos cambiado tanto que ni siquiera sepamos quiénes somos, que ni siquiera estemos seguros de ser judíos. El rabino dice que ya no podemos quedarnos aquí, que debemos zarpar en el buque de Ruti. Es preciso subir al buque y zarpar en dirección a Tánger y a la nueva ciudad de Tetuán. ¡Qué vergüenza ver a mis familiares que no se hicieron cristianos, que no pasaron por esta humillación marchándose doscientos años antes, cuando los rabinos dijeron que era preciso emigrar a Marruecos en lugar de convertirse! Así perdimos a nuestros hijos, entre las olas del mar, el viento y la oscuridad, nos fueron arrebatados y cristianizados. Estos barcos me dan miedo aunque digan que el viaje es corto y que no debemos pagar nada, que el tal Ruti hace esto por deber. Tal vez como en otros barcos, alguien robe nuestras pertenencias y nuestra vida a cambio de unas pocas monedas.

Todavía llevo conmigo las historias que mi abuela me contaba sobre aquellos que pagaron a los españoles para que les llevaran al Magreb y que pagaron con sus vidas. Mi abuelo todavía llora por sus tíos y por sus hermanos, de los que no ha

vuelto a saber nada desde que se marcharon a Málaga. Pero también oigo las lágrimas de los que se convirtieron al cristianismo, y lo peor de todo, la historia sobre un tío mío, el tío sin nombre, hermano de mi padre, que se hizo cura. Y lo que les ocurrió a los que se convirtieron de verdad al cristianismo, cuyos hijos murieron a manos de la Inquisición. ¿No hacían bastante siendo cristianos? Éste es nuestro destino, convertirnos o emigrar, pero sé que un día volveremos a nuestra ciudad, a Lucena, quizás incluso a Jerusalén, pero yo sueño en Lucena, la ciudad donde nació mi apellido: Benzimra.

Ahora aquí nos llaman Suárez, pero todos sabemos muy bien que cuando lleguemos a Marruecos volveremos a ser Benzimra, nuestro nombre volverá a nosotros. Volverá a ser nuestro nombre, sí, volverá a serlo.

¿CÓMO TE LLAMAS?

José.

¿A qué te dedicas?

Construyo puentes.

¿Qué clase de puentes?

Puentes entre las personas.

¿Vives de esto?

Cuando yo construyo un puente, alguien destruye dos.

Entonces, ¿de qué vives?

Tengo un árbol que me da frutas cuando tengo hambre.

¿Qué clase de frutas?

Frutas del sabor de mi hambre.

¿Qué sabor tienen tus frutas?

Si tengo hambre de carne saben a carne, si tengo hambre de mango, a mango, y si de limón, a limón.

¿Cuánto vale tu árbol?

Nada.

Quiero comprártelo.

No puedes, no está en venta, tú crees que todo se puede comprar, si pudieras también comprarías a Dios.

¿Por qué no?

Porque a Dios no se le puede comprar.

No a Dios, a tu árbol, ¿por qué tu árbol no se puede comprar?

El árbol es invisible.

¿Cómo te llamas?

José Santillana.

Estás loco, loco, loco.

Esto es lo que todos dicen de mí, pero estoy menos loco que tú.

LOS ELOHIM CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

– ¿Y ahora qué?

– Es preciso detener esto.

– ¿Qué cosa?

– A Hitler.

– ¿No crees que has exagerado un poco? Seis millones de judíos, has eliminado a la mayoría.

– No había más remedio.

– ¿Que no había más remedio? Sabes muy bien que no servirá de nada, por eso los elegiste, porque son fuertes.

– Deben esperar que llegue el día.

– Lo intentamos todo, y no funcionó. Exilios, felicidad, profetas, sacrificios, renacimientos.

– De acuerdo, elimina a Hitler.

– Ha sido eliminado. Le hice añicos.

– Para que no se encuentre nada de él, para que no le conviertan en algún Mesías.

- Creo que se convertirá en un diablo.
- Bien, ¿qué hacemos ahora?
- Deberíamos admitir que hubo un error, que todo aquello del monte Sinaí debería haber durado siete días, como la creación del mundo. Hace ya tres mil años de eso, y cada vez que intentamos enmendarlo, algo se entromete y lo estropea.
- Es verdad.
- Al principio les dejamos cuarenta años en el desierto, quizás fue un error porque allí nos hicieron el becerro de oro, luego les llevamos a la Tierra de Israel y se acostaron con mujeres cananitas, lo de Josué podía ser veraz, pero no pudo con algunos pueblos pequeños, hubiéramos podido eliminarlos con un pequeño diluvio, y luego el tabernáculo, y después el primer templo, y luego les dieron un rey, todo ha sido un conjunto de errores.
- ¿Tienes algún consejo para solucionarlo?
- No exactamente, pero sé cuál es el problema, ya te lo dije al principio que era un gran peligro, ¿por qué darles libre albedrío? Hemos creado decenas de mundos sin otorgar nunca una libre elección, y todo ha funcionado correctamente, no porque sí, sino por respeto a la tierra, que es el planeta más bonito que tenemos en el universo, ¿por qué darles libre albedrío?
- Éste era todo el asunto, por suerte hemos descubierto algunas cosas interesantes, como la manera de hacer un becerro de oro, la rueda, no olvides que la rueda sólo se encuentra en el globo terráqueo, y los barcos.
- Podríamos habérmolas arreglado sin esto. Para qué sirven los barcos cuando hay naves espaciales, cosa que les ha llevado mucho tiempo descubrir, y hemos tenido que ayudarles, mira los jodidos aviones que han construido, pesan toneladas, y bombas atómicas, qué cosa estúpida.
- Puede que sea estúpido, pero en ningún otro planeta habían pensado en ello.
- No lo habían pensado, pero ¿para qué es necesario?

¿Simplemente para aniquilarles?

- No, imposible.
- ¿Por qué imposible?
- Porque no tenemos libre albedrío.

SHMUEL

Cuando estábamos en Tetuán nos decían que era mejor tener una habitación en la Tierra de Israel que una gran casa en la diáspora. Pero ¿es mejor estar en una prisión en Israel que ser libre en la diáspora? Esto no nos lo dijeron.

Y ahora estoy en una cárcel. No es yo sea un santo, pero no recuerdo que ningún judío de Chauen haya estado en la cárcel. Una vez escuché decir que habían metido en la cárcel a un tío mío por algo relacionado con los impuestos, pero al cabo de dos días el presidente de la comunidad le sacó de allí. Aquí no tenemos ningún presidente de comunidad que nos saque de la cárcel, estamos en un estado democrático y estas cosas no pueden pasar, a no ser que seas moro. En Marruecos el presidente de la comunidad se preocupaba de que no metieran a nadie en la cárcel, aquí somos polvo triturado. Estoy aquí por asalto a mano armada, así que no hay que compadecerme mucho. Todo empezó cuando tenía quince años y robé unas golosinas en la tienda de comestibles. Me abrieron un expediente, me interrogaron y me metieron en un reformatorio. Allí fue donde aprendí todos los trucos de la profesión. Me trajeron un psicólogo que no entendió nada de lo que yo le decía. Él me hablaba todo el tiempo del desarrollo y de la integración en la sociedad. Y yo le hablaba de mi familia y de Chauen. Una vez, en Chauen, había hecho lo mismo en una tienda de comestibles y sólo me dieron un bofetón. Ni psicólogos ni interrogadores. Otra vez fumé algo que ni siquiera sabía lo que era y me metieron en la cárcel. Así que

poseía un pasado delictivo. En Marruecos los judíos nunca tuvieron un pasado delictivo. En el país del soborno, siempre alguien se ocupaba de hacer desaparecer los rastros. Pero aquí, en el país de los judíos, a los veinte años yo ya tenía un pasado de delincuente. Por esto no me aceptaron en el ejército. Tampoco conseguí encontrar luego un trabajo normal. Cuando estaba en Marruecos justamente quería ser policía, pero quién puede ser policía con un pasado delictivo. Intenté varios trabajos abominables, pero muy pronto decidí volver con mis amigos de la cárcel, los cuales me enseñaron a robar sin ser atrapado. Uno se llamaba Sami y otro Jojó, todos de familias marroquíes que jamás habían delinquido hasta llegar al país de los judíos. Aquellos fueron los mejores tiempos, por la noche dábamos un golpe aquí y otro allá, y con el dinero invitaba a las chicas a salir con mi BMW. El dinero salía tan rápido como entraba. Aun sin tomar drogas, el dinero desapareció.

Hasta que un día Sami me propuso robar en un banco de Kiryat Gat. Todo parecía muy fácil, pero tuvimos mala suerte, porque en el mismo momento pasaba por allí una patrulla. Simplemente fue muy mala suerte, de lo contrario ahora estaría sentado sobre unos cuantos millones. Esto es todo, quince años de cárcel, esto es el sionismo para mí. Si mis padres hubieran sabido que el sionismo terminaba así, habrían emigrado a Francia o a Canadá, o a cualquier otro lugar, donde seguramente yo habría terminado el “Bac”, el bachillerato, habría ido a la universidad o, al menos habría estudiado contabilidad. La única cosa buena de esta cárcel es que hay una mayoría de sefardíes y muy pocos asquenazíes.

Así que es mejor una cárcel podrida en Israel que una casa de cuarenta habitaciones en Marruecos. ¡Viva el sionismo!

CENA EN MÁLAGA

Samuel odiaba las comidas familiares en las que su padre no paraba de decir tonterías mientras su madre se reía avergonzada en un rincón. Pero esta vez tenía que tragarse entero el estúpido y repetitivo discurso de su padre, Salomón.

“¿Dónde estuviste ayer hasta las dos de la madrugada, Samuelito? Espero que no hayas estado rondando con alguna *sajená*. Para esto no te he traído de vuelta de Jerusalén. ¿Qué haces durante todo el día? Dime, ¿podrías trabajar un poco, no? Si estuvieras en Israel ahora estarías en el ejército, corriendo por las montañas. Aunque tal vez te haría bien un poco de *azifú*. *Sajená*, hoy en día uno ya no se sabe de lo que ha que tener miedo. Mira, por ejemplo, el sobrino de Benchimol, aquél que era amigo de tu hermano, Isaquito, se convirtió en marica, en homo, y tuvo la desfachatez de decírselo a su padre, seguro que le dio un ataque al corazón. Se lo dijo a su padre, ¿me oyes? Me sorprende que sigas sentado a la mesa, seguro que te pasa algo. Le dijo a su padre que debía alegrarse por el hecho de que él hubiera encontrado su auténtica sexualidad, y que era muy feliz con su amigo, marica y *sajén*, espero que por lo menos no se casen por la iglesia. Espero que no te pase eso a ti, y que los dos años que has pasado en Israel te ayuden a ser un judío de verdad, o al menos que no te den por detrás como al sobrino de Benchimol.”

Coti estaba ya dispuesta a intervenir “¿Por qué no dejas ya de hablar tan groseramente? Hoy en día debemos respetar a los homosexuales porque forman parte de la sociedad. Tu Tetuán y tus historias se han acabado, además, tu sobrino Moís Hadchuel también era homo. Estamos en un estado democrático y cada uno puede hacer lo que le parezca.”

“En esto estoy de acuerdo.” Tenía la boca llena y se puso colorado. “Pero no en mi familia, si vosotros, mis dos hijos, sois gays, qué se yo, si os gusta que os den por ahí, por favor,

no me lo digáis, no quiero ni oírlo ni que me dé un ataque al corazón.”

Samuel se dio cuenta que las cosas se estaban poniendo feas y que su padre no tardaría en ahogarse, como ocurrió hace unos años, durante la fiesta de *Sucot*, cuando se puso tan nervioso que no podía respirar y tuvieron que llevarle al hospital. Recordaba muy bien que discutían sobre un tío que no conocía, un tal Jacob Benzimra que sesenta años antes se había casado con una prostituta cristiana.

“Papá, no entiendo por qué te acaloras tanto. Ni mi hermano ni yo somos homosexuales, no tienes que preocuparte, somos boy scouts y salimos con chicas judías. Tranquilízate, todo está bien.”

“¿Que me tranquilice? ¿Con todo lo que hoy se ve en la televisión?”

“¿Por qué no dejas de mirarla?”

“Al final el tal Benchimol acabará cambiándose de sexo, sé como les llenan la cabeza de pajaritos, los *embolico*, les envenenan los sesos con esas tonterías y ellos se creen modernos.”

“Pero si no tenemos ningún contacto con aquellos Benchimol, ¿a ti que te importa?”, dijo la madre intentando tranquilizarle.

“Papá, dime una cosa, ¿tenías un abuelo llamado Abraham Benzimra que se fue a Brasil el siglo pasado?”

“Entonces todos iban a Brasil. Sí, había uno llamado así. Se iba, pero volvía cada dos años, hasta que un buen día no volvió y ni se sabe donde está enterrado, se lo *ievó* el viento, o tal vez encontrara una prostituta en Brasil, la especialidad de nuestra familia.”

“¿También él te pone nervioso?”

“Que en paz descanse,” dijo papá. “No, Dios me libre, no hay que hablar así de nuestros antepasados, tenía cuarenta años cuando desapareció. Empezó viajando a Brasil, como muchos

de Tetuán, en busca de un mendrugo de pan, poco después de su *Bar-mitzva*. Debió casarse muy joven, no lo recuerdo, se lo preguntas a tu abuela. ¿Recuerdas la foto que la abuela tiene en la cocina, en la que se ve a un anciano y a un niño a su lado? El niño es él, Abraham Benzimra, el que desapareció en Brasil, le llamaban *el que se fue en Brazil*, el que se marchó a Brasil, y el que está sentado a su lado es su abuelo, que también se llamaba Abraham Benzimra.”

“¿Sus hijos le rezaron el *Kadish*?”

“¿El *Kadish*? No lo sé. ¿Por qué te interesa? Tal vez sí, tal vez no. Pobre, su mujer, Freja Benzimra, seguro que se quedó sola hasta el fin de sus días. Yo no los conocí. Nací después de la independencia de Marruecos. Todo esto no son más que historias, tal vez tu abuela pueda contarte algo, ves a verla.”

El hermano pequeño, David, que hasta entonces había estado callado, se puso a imitar a la abuela, arrugó la cara y parodió lo que ella siempre les decía cuando iban a verla: “Todo el día sola, nadie viene a verme, ni los hijos ni las hijas. ¿Qué quieres niño? ¿Me has traído un regalo?”

Samuel le hizo un gesto con la cabeza a su hermano como si estuviera de acuerdo con lo que decía. Pero lo que ocurría en casa de la abuela era distinto. Cuando no tenía nada que hacer, solía ir a casa de la abuela y le llevaba algunos ejemplares del Playboy.

“Mira, abuela, modelos.”

“¿Modelos? ¡Nunca he visto una cosa igual!”

“Mira, mira esta rubia, mira que pechos tiene.”

“¿Qué te pasa, hijo?” solía decir medio riéndose medio gritando. “Esto es una ‘novedad nueva y renovada’, tira todo eso.”

“¿Por qué, abuela? ¡Pero si son unas modelos respetables!”

A veces incluso iba a verla para contarle que se había enredado con la mafia, que les había pedido un préstamo y que les debía mucho dinero, *dos miones de pesetas*, y que si no se los devolvía, ellos se le echarían encima. Entonces la abuela

llamaba asustada a su padre, y en respuesta a las preguntas de éste, Samuel le decía con candidez: “La abuela ve demasiadas telenovelas, todo son invenciones suyas.”

Pero de esto hacía ya tiempo, en dos años casi no la había visto. Sólo en las fiestas, cuando iban a verla al salir de la *esnoga*. Estaba un poco sorda y no quería salir de casa, tenía noventa y tantos años.

“Samuelito, ¿cómo estás? Ya nadie viene a verme. Ni siquiera tú, con tus modelos.”

“He venido a preguntarte algo.”

“¿Me has traído revistas?”

“¿Quién era el Abraham Benzimra que desapareció en Brasil?”

“¿Tu primo Abramito?”

“No, este no. Abraham Benzimra, del 1870 o algo así, ¿lo recuerdas? Uno que se marchó a Brasil,” y repitió gritando la palabra “Brasil”.

“El que se fue y no volvió. Abraham Benzimra, el abuelo de tu abuelo. Abraham Benzimra. Qué puedo decirte de él, se fue y no volvió. Era un gran bastardo. Eso es lo que decía la abuela. Alguien dijo que le había visto en el Amazonas y que se había casado con algunas chicas de allí. Así que ella se pasó la vida abandonada. Pero quién sabe, podría ser que quien lo dijo tuviera envidia de la riqueza de mi abuela, de la gran cantidad de dinero que Abraham Benzimra trajo de Brasil, él construyó muchos edificios en Tetuán y a ella le dejó mucho dinero, se dice que todo era envidia y que el hombre había muerto. Otros dijeron que era un estafador y que huyó con mujeres no judías. Hoy en día todos se casan con no judías, con tus modelos,” dijo riéndose.

“Sí, sí,” respondió Samuel.

“¿Me has traído alguna revista? Espero que ya no estés con la mafia,” volvió a reírse.

“No, ya pagué mis deudas.”

“Toma, toma un poco de dinero,” dijo sorprendiéndole mientras le alargaba cinco mil pesetas que tenía en el bolso.

“Abuela, ¿los muertos pueden hablar?”

“Si yo, a mis años, puedo hablar,” le respondió sonriendo mientras se le movía la dentadura postiza, “también pueden hacerlo los muertos. Aparecen en sueños. ¿Has visto a Abraham Benzimra en sueños?”

“No era un sueño, abuela, estuve con él como ahora estoy contigo.”

“Señal de que está vivo. Nadie lo ha visto muerto, así que quizás esté vivo.”

“Qué tonterías dices, abuela, ahora él tendría ciento cincuenta años.”

“Cosas más raras hemos oído que suceden.”

“Dice que tiene mil años.”

“¿Lo ves? ¿Qué más dice?”

“Si quieres que te diga la verdad, no entendí nada. Me contó un montón de cosas sobre los españoles de la Edad de Piedra, de hace quinientos años, dijo que había nacido en Lucena.”

“Dicen que nuestra familia viene de Lucena.”

“¿De aquella pequeña ciudad?”

“Una vez fue una gran ciudad, y los judíos allí eran mayoría.”

“No paró de hablar sobre un montón de cosas confusas, me pareció un loco.”

Ella se quedó pensativa un buen rato, haciéndole señales de que no la molestara. Y luego le dijo:

“Pregúntale qué había en el pañuelo que le dejó a su mujer la última vez que se marchó a Brasil. Un extraño no podría saberlo.”

RUSO CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

Entré en la tienda de discos a las diez de la mañana, cosa que hago a menudo, y me puse a hablar con el vendedor sobre el futuro de la música texana en Israel tras dos mil años de exilio. Y entonces entró un ruso con fuerte acento buscando el último disco de los Tremeloes, a una distancia de ocho metros olía a coñac.

“Son extraordinarios, esos,” y cogió tres discos. Después el vendedor me dijo que era un buen cliente, insinuando que yo no lo era porque sólo iba a hablar y al final esperaba que los discos que quería quedaran descatalogados para pagar una cuarta parte de su precio, o los pedía por correo, a mitad de precio, a los Estados Unidos. “Quien confíe en ti pronto quebrará,” me decía. Por supuesto que yo le daba toda la razón, pero jamás entendí cómo podía esperar que le comprara algo por el doble del precio que yo podía conseguir.

Resumiendo, el ruso se puso a hablar conmigo de música, de coñac y de chicas, y entonces me preguntó si yo era ruso.

“¿Ruso? No, no exactamente.”

“¿De dónde eres, pues?”

“De Marruecos.”

“¿De dónde?”

“De Marruecos.”

“Te estás riendo de mí, no te creo, no eres marroquí.”

“Es cierto, es marroquí,” le dijo el vendedor, “es un escritor marroquí.”

“No me lo puedo creer. Eres polaco o americano. No puede ser.”

“Mira,” le dije mostrándole mi tarjeta de identidad. “¿Lo ves? Aquí está escrito. Lugar de nacimiento: Marruecos.”

Se acercó a mí, casi me mareó su aliento, me miró los ojos, miró la foto y muy decidido me dijo:

“No eres marroquí, no puede ser.”

Y salió de la tienda.

Hasta la fecha aún no estoy seguro de cuál de los dos tenía razón.

SHMUEL

¿Lo has pasado bien? ¡Qué pregunta más tonta! Estoy loco, ¿cómo he podido hacer esto? ¿Cómo pude hacer una cosa así? ¿Adónde he llegado? Sin embargo, quizá lo hayas pasado bien. Nunca había hecho nada igual. Sé que esto no te consuela, lo sé. Mira, mírame las manos, verás lo que este país ha hecho de mí, un trapo, y ahora mira lo que hice. En Marruecos era un niño bueno, corría por los montes, me subía a los árboles, iba a nadar... y ahora ya llevo más tiempo en la cárcel de lo que puedo recordar. ¡Cierra la boca, sucia puta, mira lo que has hecho! ¡Mira cómo vas vestida! ¡Mira, zorra! ¡Perra! No tienes derecho a hablar, sería capaz de matarte si por un momento creyera que me denunciarías. Sí, lo sé, ahora dices que no lo harás, lo sé, todas vosotras sois unas zorras, ¿quién puede asegurarme que mantendrás tu palabra, quién? Tal vez lo hayas pasado bien, me gusta que una mujer goce de mi existencia, de mi cuerpo. Tú no, sé que no se trata de ti, cierra la boca, te he dicho, ciérrala, cierra tu cloaca rápidamente o te cortaré el cuello, te cortaré el coño, me da lo mismo, cómo yo, Samuel, he podido convertirme en este Shmuel. Puestos a cambiarme el nombre como hicieron, podrían haber cambiado Samuel por Samael, el nombre del ángel de la muerte, pero debes saber que soy un buen hombre, por dentro soy un buen hombre, soy el niño que se subía a los árboles, el que alimentaba a los gatos callejeros, soy delicado, te acariciaba de verdad. Sí, ahora dices que me crees, disimulas muy bien, no hagas que sí con la cabeza, no digas nada, no te muevas, no me mires, puede venirme la crisis y te liquido, ¿lo entiendes? A fin de cuentas,

¿qué eres? Una puta asquerosa, mírate desnuda en la cama, una puta asquerosa, esto es lo que eres, un pingajo, podría matarte ahora mismo y hacer albóndigas de esta masa de carne tuya. Un amasijo de carne, esto es lo que eres, un amasijo de carne, un jergón para los soldados, vete otra vez a follar con todos aquellos soldados, pedazo de carne asquerosa, y yo, ¿cómo he llegado a esto? Dímelo, Sara, dímelo, ¿cómo he llegado a esto? ¿Puedes explicármelo? ¿Puedes explicarme cómo de la Alliance Française he podido llegar a la cárcel, cómo he llegado a estar aquí frente a ti, desnuda y sin gozar? Yo tampoco he gozado, yo tampoco, ¿lo entiendes? ¡Yo tampoco he gozado! Para nada, pero tenía que creer que todavía puedo. ¿Puedo qué? Leía poesías, sabía recitar a La Fontaine de memoria, incluso llegué a hacer una alocución el día de mi *Bar-mitzva*, dime, Noa, Sara, Michelle, como te llames, no importa cómo te llames, no importa, dime cómo pude llegar a esto, no me mires, no hables, eres mi muro, mi madre, mi hermana, eres una puta asquerosa, ¿con cuántos hombres te has acostado? ¡Ah! Cincuenta, cien, vete a saber, pero conmigo deberías haberte negado, si estuviera en Marruecos serías una mujer casada con tres hijos. Sí, te habrían casado a los trece o a los quince años, serías una mujer, no un pingajo, un jergón para los oficiales del ejército que te follan hasta agotarse, ¿de qué te ha servido todo esto, de qué te ha servido tanto sionismo? El sionismo no es más que un gran coito. Mira cómo nos la metieron, por el coño y por el culo, nos metieron cuchillos y todavía esperaban que dijéramos que gozábamos, ¿lo entiendes? Nos mintieron diciéndonos que aquí, en Israel, nos darían casa y trabajo, pero se nos follaron. De la misma manera que te he mentido para traerte aquí, de la misma manera que te he mentido para meterte en mi coche a altas horas de la madrugada, así que dime quiénes son aquí... ¡Cállate! ¿Quiénes son aquí los hijos de puta? Ellos son el Estado, un estado perfecto, y evidentemente el Estado puede follar a sus ciudadanos, especialmente después de haberles desnudado y

pisoteado hasta su última gota de honor. Jamás había dicho esta clase de cosas, Sara, jamás, a nadie, ni siquiera en el viaje de la cocaína, tampoco cuando me inyecté, que fue mi viaje más largo, ahora digo la verdad, no disfruté cuando me follaron, no, ni tampoco me gustaba hacerlo contigo, zorra marroquí, tal vez a ti te gustaba acostarte con aquellos asquenazíes tan bien vestidos, pero a mi no, estúpida puta, de acuerdo, sí, así sea, ya que te he dicho todo eso, vete, mira, te dejo ir, pero vete ya, corre, antes de que me arrepienta y te corte el coño, ¡vete, puta!

HIJO MÍO, HA LLEGADO LA HORA DE IRME

¿Adónde?

Al otro mundo.

¿Tan pronto?

Después de haber visto lo que he visto sólo me queda dejar este mundo.

Nosotros siempre vamos de un lado a otro, padre.

Sí, pero no siempre sobrevivimos. La muerte nos acecha detrás de cada casa derruida, detrás de cada mirada está el abismo.

Pero padre, todavía te necesitamos, Granada también puede ser tu casa.

Granada, hijo mío, será tu casa y quizá la de tu hijo. Yo ya no puedo construir un nuevo nido en otro lugar.

Durante mil años hemos emigrado, el exilio se ha convertido en el pan nuestro de cada día, en el aceite de oliva con el que nos ungíamos, de las mismas olivas que nos llevamos de la Tierra de Israel. Todavía nos quedan años para poder volver, Lucena no fue nuestro hogar, tampoco lo será Granada.

Esta noche me reuniré con los míos, ya he avisado de mi llegada. Ya vi a mi padre, a mi abuelo a mi bisabuelo y a la honesta Sol, ellos me prepararan el camino, pronto seré libre.

¿Es una decisión tuya?

He visto las gaviotas, las palomas y los cuervos volando por encima de nuestra casa asolada. He visto el águila de mi infancia en el pino de mi padre, los árboles hablan, las puertas golpean y las llaves son nuestro futuro, vayas a donde vayas, llévate una llave.

Adiós, papá.

No llores, hijo mío, todos llegamos a este momento. Ahora, vete y dile a tu madre que venga.

TERESA

Te doy las gracias, Dios todopoderoso, por haberme mostrado el camino hacia ti, por haberme hecho cristiana y por haberme salvado del destino del pueblo judío. Jesús, padre mío y Dios mío, el único que penetra en mí, el Mesías verdadero y Dios sobre la tierra, te escribiré mil poemas de amor, te amo como nunca mujer alguna ha amado a un hombre. Seré el arrepentimiento de todos mis antepasados judíos equivocados porque no quisieron reconocer al Mesías, porque no quisieron aceptar tu autoridad. Seré cristiana en cuerpo y alma, aunque perezca de hambre y los locos se rían de mí, seguiré siendo tuya y solamente tuya, nunca me arrepentiré de haber tomado el camino de tu trono y de tu gran misericordia.

Padre mío que estás en el cielo, dame fuerzas para soportar el camino al paraíso que nos has preparado, para ser un ejemplo para los cristianos y los pecadores, para que todos vivan en ti y no mueran en pecado.

Padre mío, padre nuestro, siempre viviré en ti.

EL SEGUNDO DÍA

¿Puedo hacerte una pregunta? – dijo Samuel inseguro.

¡No, no! Ni hablar, no puedo responderte a ninguna pregunta, yo hablo y tú escuchas, éste es el trato.

¿Qué había en el estuche que le diste a tu mujer antes que desaparecieras en Brasil en 1870?

Basta, a partir de este momento no hables o te abandono a tu desgracia y nunca más comprenderás por qué te ocurren las cosas que te ocurren y te inquietarás. Te diré lo que había en el estuche. Siempre dejé uno a cada una de mis mujeres antes de desaparecer. A todas el mismo. ¿Cuántas fueron? Una vez tuve tres, cuando huí de los almuédanos que querían que me convirtiera al Islam. No lo hice, pero dije que era musulmán, y todos se lo creyeron porque de Lucena conocía muy bien los entresijos de su religión. Entonces me fui a Dar'a, al sur de Marruecos, y allí, en una montaña alta, encontré una tribu de hombres que tenían tetas y que amamantaban a sus hijos e hijas mientras las mujeres iban a buscar agua. En aquella época yo tenía tres mujeres, nadie pensaba que no estuviera bien. En España, si un judío tenía dos mujeres, la gente dejaba de hablarle, aunque estuviera permitido. ¿Cuántas mujeres tuve en total o cuántos hijos? En serio, Samuel, no lo recuerdo, mil años es mucho tiempo, pero sí me acuerdo de Raquel, recuerdo que la vi abrevando los pollinos de su padre, sólo tenía doce años, entonces se casaban a esta edad. Recuerdo a mi primera mujer, Raquel, tenía unos ojos muy grandes y muy azules, como los de los beréberes. En aquella época yo era un simple carpintero de Lucena, rápidamente empezaron las conversaciones con su padre y nos casamos. Ella me amaba porque era su marido, así eran entonces las cosas. No como ahora, que tenéis relaciones durante cinco años y luego os casáis y creéis que el amor es duradero, pero siempre acaba desapareciendo.

Entonces yo tenía veintiséis años y ella me dio tres hijos, Shmuel, Moshé y Yeshurún. A los cuarenta años enfermé gravemente, tenía mucha fiebre y todos creían que me moría, pero al cabo de dos semanas de guardar cama me desperté como si tuviera menos de veinte años. Habían desaparecido las manchas de mi piel y pude volver a trabajar como cuando era joven. La gente empezó a murmurar de mí, se rumoreaba que era un brujo, que en casa hacía toda clase de rituales, incluso que había matado un bebé salido del vientre de mi mujer. No quería irme, pero mi vida corría peligro y me vi obligado a ceder.

Después de dejar Lucena ya nada fue lo mismo. Aquellos paisajes y montes que habían sido míos desaparecieron para siempre. Volví algunas veces, pero también la ciudad había cambiado muy rápidamente. Los judíos fueron expulsados de ella, al principio erraron de un país a otro, nunca volví a ver a mis hijos, la ciudad se hizo católica. Luego unos pocos judíos regresaron, pero ya no era la misma urbe bulliciosa en la que las palabras hebreas, árabes y latinas se mezclaban comúnmente. Allí empecé a escuchar la lengua que con el tiempo sería una de las más expandidas en el mundo, el castellano, el español. Al principio costaba hablarla, se parecía al latín de los pobres, pero luego nos acostumbramos, incluso algunos judíos hicieron de ella la lengua oficial para afianzar la autoridad del rey, que llegaría a ser un lingüista notorio. Una lengua para su pueblo. También hubo judíos que tradujeron la Biblia y el Nuevo Testamento al castellano, y así esta lengua se esparció entre todos los habitantes de Iberia.

Han pasado mil años, pero no me olvido de Lucena, no de la pequeña ciudad actual, sino de la que fue la mía. Era una ciudad luminosa, tenía una luz que ya no existe. Ahora su luz es distinta de la de hace mil años, como si a todos nos hubieran puesto unas gafas de sol, porque antes la velocidad de la luz era diez veces mayor, y al mundo le llegaba más luz de la que ahora le llega. Jamás podré olvidarla. El mundo era distinto, y

de la misma manera que existe la lengua materna o los paisajes de la infancia, el hombre que vive mil años también tiene la luz de la infancia, una luz que a mí me llena de añoranzas, que me recuerda a Raquel y a Sara, con la que me casé en Sevilla. Entonces ya era un carpintero conocido, incluso la casa real me encargaba sillas. Recuerdo que Sara era muy joven cuando vino a pedirme que le arreglara la silla de su padre, eso es lo que dijo. Me dio la silla y se quedó mirándome fijamente a los ojos unos minutos, minutos que incluso hoy me parecen una eternidad. Tenía unos ojos muy negros, los ojos del Mediterráneo. Me miraba como si yo tuviera la cabeza de un caballo o la de un buey. Y entonces, imprevisiblemente, se puso a llorar, y yo... a reír. Sus lágrimas eran tan hermosas y tan luminosas que se diría que poseían luz propia, y entonces le dije, como para romper el hielo, que la silla estaría arreglada mañana. Un mañana que sería eterno. No era Raquel, pero sí un gran consuelo para las muchas huidas anteriores a ella y para las que vendrían después.

Sevilla, 1391. De pronto atacaron y se pusieron a gritar “¡Cristianizaros o morid! ¡Cristianizaros o morid!” Si alguien dudaba le quemaban la casa. Y yo le grito a Sara, “¡Ven, mujer! ¡Vivamos! No tiene ningún sentido morir por eso. Pero ella sigue sentada en la silla de su padre que yo había arreglado, sin querer moverse, y yo intento cogerla de la mano para llevarla conmigo a la iglesia. “¡No te lleves a los niños! – gritaba, “¡a los niños no, es mejor que mueran judíos que no que vivan como cristianos, es mejor la muerte que ser siervo del bastardo!”

Y entonces la casa empezó a arder, y yo tiro de ella, y el fuego se acerca, y de pronto me dice, “¡Coge a los niños, que vivan!” Y mientras yo iba a la iglesia con los niños ella subió en llamas al cielo y se convirtió en santa Sara.

Tal vez ella obró correctamente, no puedo decírtelo. A él más le hubiera valido una muerte justa allí que no vivir tantos años y tener que soportar este mundo pervertido durante tanto

tiempo. El año 1391 tampoco fue el final, luego hubo los conversos, los marranos y los judíos, viven los unos con los otros y luchan contra los terceros. Quizá 1492 fue el más liviano por lo que respecta a la disputa entre los judíos a medias, los que se convirtieron y los contritos que todo lo perdieron. Cien años, como si alguien pensara que la situación volvería a ser la que había sido, como si algo pudiera volver a ser lo que había sido. Allí, en Sevilla, comprendí que Sefarad se había terminado, allí empezó España, pero la Sefarad en la que los judíos tenían parte y herencia había desaparecido. De todas las diásporas sólo Sefarad era nuestra tierra, sólo en Sefarad éramos parte de ella, cuatrocientos años, tal vez menos. Más tarde, la situación se tranquilizó un poco y hasta 1492 tal vez fue posible esperar que algo cambiara. Pero fueron los cristianos nuevos los que quisieron expulsar a los judíos que se habían mantenido judíos, y a los marranos, pues unos y otros seguían con los mismos oficios y competían por los mismos cargos del rey y por los mismos sectores comerciales. ¿Eran ya cristianos? De hecho, en Sevilla, casi todos se convirtieron al cristianismo, unos pocos sufrieron martirio y otros pocos de alguna forma siguieron siendo judíos. A veces la controversia se daba en una misma familia. Algunos se sentían muy culpables.

De Brasil me fui a Texas, donde luché en la guerra contra los mexicanos y donde había una gran comunidad judía. Los judíos habían llegado, ya en 1880, procedentes de Polonia y Alemania. Luchamos contra la barbarie de los mexicanos, y así nació la República de Texas, que durante una década fue un estado independiente. Allí fui bastante importante, era el dueño de un negocio floreciente de venta de muebles, ya entonces la gente empezaba a tener de nuevo una situación acomodada.

Texas, hacía calor, cuando se unieron a los Estados Unidos, decidí regresar a Brasil, y de allí a España. En aquél tiempo muy pocos judíos volvían a España. Fui de los primeros en llegar a Málaga. Había libertad religiosa, pero el antisemitismo

estaba tan arraigado que se percibía en todas partes. ¡Era un antisemitismo de los que habían sido judíos! El más duro. Trabajé con tres hermanos Benarroch, unos comerciantes de tejidos muy famosos, parece que un hijo de uno de ellos fue el primero de los de Tetuán en casarse con una cristiana y convertirse. Conservó su nombre, por eso hoy podrás ver familias cristianas llamadas Benarroch. Evidentemente, también hay Benzimra cristianos, hay de todo. Estos, tras tantísimos años de haber huido, renegaron de sus países y del cristianismo para ver cómo sus hijos se casaban con cristianas. Ironía del destino. Me pregunto ¿para esto mi mujer Raquel sufrió el martirio?

Pero lo peor es que el nieto de Raquel se había hecho cura e intentaba convencerme para que me convirtiera, y más o menos en 1450, incluso llegó a decirme que informaría a la Inquisición de que yo era un marrano, que me delataría.

Por tu bien, dijo.

¿Por mi bien? ¿Qué sabes tú de mi bien? – le pregunté.

Es bueno creer en Dios. Pon tu vida en manos de Jesús y sentirás tu redención.

Y entonces iré a matar a los que no estén de acuerdo conmigo. Como los que pusieron su vida en manos de Jesús y quemaron a tu abuela.

Estaban equivocados, a la gente hay que convencerla con buenas maneras.

¿Quieres decir que mandarme a la Inquisición son buenas maneras?

Quiero decir que es mejor que te conviertas al cristianismo por las buenas para que yo no me vea obligado, por mi fe y las leyes de la Iglesia, a entregarte a las autoridades.

Me das al menos un día de tiempo, ¿no?

Te lo daré porque eres mi abuelo y porque me compadezco de tu alma.

Tal vez Raquel tenía razón y yo debería haber permitido que tu padre muriera abrasado para no verte ahora así, para no ver

ni esta conversación ni las letras que salen de tu boca.

Así salvaste mi alma y la de mi padre que, a diferencia de ti, es un buen cristiano, no un viejo judío recalcitrante. ¿Qué digo viejo? Pareces más joven que yo, recalcitrante y tozudo. ¿No te das cuenta de que el judaísmo ha sido vencido? Nosotros somos los verdaderos judíos, los continuadores de Moisés. Mira el pueblo judío, ha pasado de la grandeza a la nulidad, del oro al betún, de la luz a una gran oscuridad. Mírales a ellos y míranos a nosotros.

Hubiera sido mejor morir, hubiera sido menor ser consumido por el fuego que ver esto.

Tienes tiempo hasta mañana.

Recuerdo esta conversación, Samuel, como si hubiera tenido lugar ayer. Evidentemente, enseguida huí a las montañas y a Marruecos. Comprendí que Portugal tampoco nos ayudaría, comprendí que los cristianos jamás serían nuestros aliados. Luego vi cómo los judíos huían a Portugal creyendo que allí construirían una nueva Sefarad, pero no tardaron ni diez años en darse cuenta que en el mundo cristiano estaban perdidos.

YEHUDÁ

Un día llegaré a Jerusalén, allí mi corazón siempre palpitó, lo aprendí de mis poesías. En cada letra que escribía en hebreo, me veía a mí mismo alejándome de esta tierra pródiga. Pero yo sé.

Sé que los judíos no podemos vivir sin Jerusalén, sé que también nos echarán de este paraíso. Hoy todos me dicen que el camino es peligroso, que los poetas nos volvemos locos, como Ibn Gabirol. Hoy me dicen que no entienden cómo yo, un poeta famoso y con tantos mecenas puede querer irse. Me dicen que ningún exilio fue tan bueno como el de Sefarad, que ningún país fue tan bueno para nosotros como Sefarad, ni siquiera

Israel, ni siquiera Babilonia. Que Sefarad es más nuestra que Jerusalén, y que el país no podrá existir son nosotros.

Me dicen que jamás se había escrito una poesía tan buena, que el saber empezaba a progresar. Dicen y dicen, pero mi corazón palpita en Jerusalén, mi corazón está en el Templo derruido, veo oriente con mis ojos aun teniendo occidente frente a ellos. Dicen y dicen, hablan del fin de nuestros sufrimientos, de la vida bondadosa que nos espera, pero yo sé, padre mío, sé que todo es falso, lo sé, padre mío, dime que tengo razón, dime que viviré y moriré en Jerusalén.

Para emprender este camino escribí mis poemas, ha llegado el momento de partir.

¿A DÓNDE VAS?

Me voy este lugar, esta ciudad se ha acabado para mí.

¿A dónde vas?

Sólo se que me voy.

JOSÉ MARÍA

Cura, hijo de un cura. Llego al final del camino. Y me arrepiento. ¿De qué? De no haber sido un buen cristiano, o de no haber sido un buen judío. De no haber aceptado el destino de mi pueblo. De qué me arrepiento, Paco, hijo mío, mira con qué nombre te hiciste cura también tú. Sin saber que tu padre es nieto de marranos, mil veces me he dicho que se acabó, que se acabaron las obligaciones, las deudas y los sacrificios.

Quería ser un buen cristiano, pero siempre veo a mi madre en sueños, mirándome y llorando, y cuando le pregunto el por qué de su llanto ella llora aún más, y cada vez que digo algo ella llora más fuerte. Así aprendí que cuando el sueño aparece, simplemente debo quedarme sentado en silencio frente a ella. Nunca dejó de llorar.

Como si me preguntara “¿quién rezará el *Kadish* en mi tumba?” Peor aún, ¿quién rezará el *Kadish* en tu tumba? Esto es lo que ahora me pregunto yo, lo que te pregunto aunque no estés en casa, me da miedo que escuches lo que digo, me da miedo que sepas que soy un converso, aun sabiendo que lo sabes, ambos lo sabemos, pero de esto no se habla. ¿Cuántos curas tienen hijos? Sólo entre los conversos puede haber tres generaciones de curas. Pero si contigo no hablo de esto ahora, ¿cuándo lo haré? Por lo menos algo bueno hay en el hecho de que seas cura, y es que no engendrarás más cristianos, que no tendrás descendencia y que contigo se acabarán los cristianos de mi linaje, contigo se acabará la vergüenza. Otros seguirán, otros en otros países. Ahora necesito el contacto cálido de una mujer, de tu madre. Hace treinta años que murió y no he vuelto a sentir el contacto de una mujer, sólo mi mano masturbadora, como hoy, viejo masturbador, cura que recuerda a su mujer y espera aquella erección, la última, la mayor de todas en el momento de la muerte, con la que ninguna mujer puede gozar. Los he visto confesándose ante mí de sus adulterios y fornicaciones, pero en el momento de la muerte, como queriéndose aferrar a un último momento de placer, ves su enorme erección, tal vez como diciendo he vencido, he vencido a todas las leyes de todos los dioses y he fornicado sin final o sin principio, he muerto, pero aún resisto, resisto con lo que tengo. Tras una erección así ¿quién rezará el *Kadish* por mí?

Le recuerdo, recuerdo a mi hermano a los seis años. Se fue a Lisboa con un tío, yo era demasiado mayor. Han pasado muchos años, pero yo sólo le recuerdo de cuando tenía seis, seguro que tiene un hijo que al menos sabe rezar el *Kadish* en su tumba. O tal vez murió en el viaje. Y ahora nosotros estamos aquí, en Vinaroz, al final de este mundo, huyendo de la gran ciudad para que no me reconozcan, a mí, un cura de gente sencilla. Aquí, en el fin del mundo, pero mi alma no tiene descanso.

Lloro y sigo llorando. ¿Quién rezará el *Kadish* en mi tumba?

MIMÓN

Tengo que cerrar la farmacia y emigrar a Israel. Desde la independencia, Tánger ya no es lo que era, cada vez hay más moros sin dinero para comprar medicinas. Ayer vinieron los primos de Tetuán, los Benarroch. El que es tocayo mío viene a menudo. Está a punto de casarse con la hija de los Chocrón, me ha dado la invitación, así que iremos a la boda.

Aquí los más raros son un grupo de americanos que vienen a comprar toda clase de medicamentos inhabituales y alucinógenos, creo que todos son homosexuales y escritores. El más joven se llama Jack Kerouac, o algo parecido, habla un poco de francés con un acento raro. Está convencido de que escribirá los mejores libros del mundo. El más viejo es un tal Bowles, su mujer también me parece un poco rara. Un día la vi en el callejón abrazándose a un moro. Hay un tal Williams que toma heroína, aunque yo no se la vendo sin receta, y otro más joven que se llama Gregory, tal vez su amigo. Cada día llegan más escritores y poetas, como si en Estados Unidos no hubiera lugares para escribir. Incluso ha pasado algunas semanas aquí un judío llamado Ginsberg. ¿Qué tiene que hacer un judío en Marruecos?

De todas formas, deberé dejar todo esto atrás y marchar a Israel. Se ha terminado, en cuanto los moros se hagan con el poder, todo se desmoronará y no nos dejarán nada. Los moros son más inteligentes que los españoles y los europeos, no tienen ninguna necesidad de echarnos ni de matarnos, muy educadamente nos dan a entender que aquí no hay lugar para nosotros. Me han dicho que cerca de Tel-Aviv hay una ciudad llamada Netanya que se parece a Tánger, que aquél país tiene futuro. También me han hablado de Ashdod, donde hay mucha gente de Marruecos y del Magreb que habla francés. Debo irme, esta ciudad se está llenando de moros y de americanos locos. Mi primo quiere irse a Caracas, pero yo termino mi exilio en Tánger. De aquí sólo salgo para ir a Israel, no a ningún otro país de exilio. Mi primo también habla de Canadá,

de las islas Canarias, de Madrid, de Francia y de Venezuela, dice que no puede establecerse en un país atrasado como Israel.

¿DÓNDE DUERMEN LAS ÁGUILAS, PAPÁ?

En el cielo.

¿Cómo mamá?

A veces.

¿Por qué los niños del colegio son malos conmigo?

Porque eres diferente.

¿En qué soy diferente?

Eres sefardí, tienes la piel más oscura que ellos.

¿Qué significa sefardí?

Hace muchos años, hijo mío, vivíamos en un país que entonces se llamaba Sefarad y ahora España; en aquél país vivían moros, cristianos y también muchos judíos, allí hablábamos árabe y español, y también escribíamos en hebreo, y en aquél país, hijo mío, todos éramos amigos. Pero desde entonces ha pasado tanto tiempo que ya sólo lo sabemos por los libros.

¿Por qué te fuiste de aquél país?

Nunca viví allí, nunca me fui de allí, los judíos se marcharon de aquél país porque los cristianos los expulsaron, los cristianos querían un país sin judíos.

Papá, ¿también de aquí los quieren echar?

No, aquí todos somos judíos, tú sólo eres un poco diferente, porque yo soy de Marruecos y tú tienes un nombre marroquí.

¿Y si aquí también decidieran que quieren un país sin marroquíes?

Esto jamás sucederá, tú sólo eres un poco diferente.

¿No podríamos volver a tu país, Sefarad?

La tierra todavía existe, pero aquél país, Sefarad, ya no, es un sueño.

¿Como cuando soñamos al dormir?

Es un sueño que soñamos despiertos. En el sueño, los que volvían a la Tierra de Israel eran iguales que los que vivían en ella, nadie era menos que otra persona, todos eran iguales, aunque el color de su piel, o sus nombres, fueran diferentes. Tuve este sueño muchas veces, despierto, cuando paseaba por las calles de Tetuán, soñé que jamás me dirían ni te dirían que eras diferente.

ALMUERZO EN MÁLAGA

Esta vez también estaban las chicas, Luisa y Muriel. Samuel preguntó pensativo: “¿Alguien puede vivir mil años?”

El padre: “Lo que debes hacer es buscar trabajo, valdría la pena que supieras lo que es ganarse la vida. El dinero no cae de los árboles.”

La madre: “Ha entrado en la universidad, puede descansar un poco antes de que empiece el curso.”

El padre: “¿Por qué puede él descansar si yo no pude hacerlo? Trabajo desde los catorce años, estudiaba, trabajaba y terminé el bachillerato. Hoy los niños son unos enclenques.”

Luisa: “La Biblia habla de un tal Matusalén que vivió mil años; Adán también, ¿no? Lo aprendimos en la escuela.”

El padre: “Todo esto no son más que cuentos, lo que vosotros tenéis que hacer es sudar un poco más en lugar de esperar que vuestro padre os lo dé todo hecho.”

Samuel: “No, me refiero a la actualidad. Si existiera alguien que tuviera mil años, ¿cómo podríamos saber que los tiene?”

El padre se dirige a la madre: “¿Lo ves? ¿No te dije que no le mimaras tanto? Mira en lo que ahora se entretiene, dentro de poco empezará a hablar de platillos volantes.”

Muriel: “Es más interesante. He leído que una vez un platillo volante cayó a la tierra, ¿te lo crees?”

Samuel: “Seguro que creemos que alguien con mil años tiene arrugas y parece muy viejo. Además, si vive tantos años seguramente es porque tiene la facultad de no envejecer y aparentar ser un joven.”

La madre: “A ver si alguien come los calamares que he preparado, ya hablaréis después.”

Samuel: “No es *kasher*.”

El padre: “¿Ahora quieres comer *kasher*, cuando el año pasado, el día de *Tishá be-Av*, el día de la destrucción del Templo, te fuiste a una fiesta?”

Samuel: “El año pasado era el año pasado, ahora he cambiado y quiero comer *kasher*.”

La madre: “Hay pollo *kasher* en el congelador, si quieres, puedo preparártelo.”

Samuel: “No, no es necesario, comeré verdura con un poco de lenguado.”

Muriel: “Los Estados Unidos intentaron ocultar este asunto.”

Samuel: “¿Qué ocultaron los Estados Unidos? ¿Los calamares?”

Muriel: “No, idiota. Hablo del platillo volante.”

Samuel: “Un platillo volante lleno de calamares.”

Muriel: “¡Basta! ¡Para! ¡Papá, dile que pare!”

El padre: “¡Para!”

La madre: “Os he traído el lenguado, ahora a comer.”

Samuel pensó que nunca obtendría ninguna respuesta de aquella mesa en la que todos gritaban convencidos de tener razón. Tal vez la abuela supiera algo, pero parece que ha olvidado más cosas que Lucena.

“¿Le has preguntado si sabia lo que había en el estuche?
¿A quién?”

“Al que dice ser Abraham Benzimra, mi tatarabuelo.”

“¡Ah, Lucena! Mira, te he traído algunos ejemplares del Playboy,” le dijo Samuel desde lejos, pero sin el enardecimiento que en el pasado ponía al pronunciar a aquellas palabras.

La abuela miró las revistas, contenta de hacer algo diferente, pero esa vez sin comentarios.

“¿Alguien puede vivir mil años?”

“Todo puede ser, créeme, si ese, el de Wahnish, el que se casó con una millonaria cristiana, él, que era hijo de rabino, entonces todo puede ser.”

“¿Cómo puedo saber si miente? Desde el punto de vista histórico, ya lo he buscado en la biblioteca, nada de lo que dice, o casi nada, es exacto, pero Lucena tiene mil años. Los tiene, de lo contrario, ¿quién puede recordar todos los detalles de los que hablan los historiadores? Puede que lea libros y me los recite. ¿Cómo saberlo?”

“Pregúntale por la vasija que yo saco cada año por *Pésaj*, dicen que los judíos se la trajeron cuando huyeron de Granada. O de Sevilla. De Sefarad, en cualquier caso.”

“Por Dios, abuela. No llegaron a Marruecos desde Granada, ni siquiera eran tan judíos, llegaron de Portugal y todos eran o conversos o marranos.”

“¿Quién te ha metido estas historias en la cabeza? Nosotros somos auténticos judíos, los que no se convirtieron son los que se fueron a Tetuán.”

“Auténticos, sí, no tengo ninguna duda, no estoy diciendo que no seamos auténticos, pero también somos marranos. No hay que avergonzarse de serlo.”

“Desde luego que es para avergonzarse, porque marranos es una palabra grosera. Una palabra asquerosa.”

“Fueron los cristianos los que la convirtieron en una palabra sucia. Para ellos también la palabra *djudios*, judíos, es grosera, y qué, ¿acaso no somos judíos?”

“Esto es una novedad nueva, mi nieto me dice que somos

marranos, ¿a dónde iremos a parar?”

“Vale, de acuerdo, olvidémonos de esto, olvidemos los marranos. Dime, ¿cómo puedo investigar al tal Lucena, cómo puedo comprobar si dice la verdad o no? ¿Es posible que tenga mil años?”

“Pregúntale por la vasija de Granada, pregúntale por las llaves, las llaves, recuerdo que una vez mi abuelo me mostró unas llaves grandes como las de antaño, para la familia se trataba realmente de una obsesión, conservar las llaves, mira, ahí tengo una.” Abre un cajón, y otro, y sigue buscando. “No sé dónde está, tal vez la ha cogido tu tío, se lo lleva todo creyendo que no me doy cuenta. Es una de aquellas viejas llaves de los antiguos portones. Seguro que has visto alguna, poco a poco han ido desapareciendo. Tal vez alguna podría abrir alguna puerta aquí, en Málaga, en Melilla o en Lucena. Antes Lucena era una ciudad importante, lo he leído. Lo ves, Samuel, yo también leo libros. ¿Quieres dinero?”

“Esta vez no quiero dinero, quiero respuestas.”

“Recuerdo que cuando era pequeña —qué interesante que hasta hoy no lo haya recordado—, una vez dos tías mías hablaban en la cocina, junto a los cacharros. Recuerdo que hablaban de alguien muy viejo que siempre parecía joven, que siempre venía a llevarse a una de las jóvenes Benzimra, se casaba con ella y luego desaparecía dejándole mucho dinero, a veces le llamaban *el del sielo* y a veces *el dembasho*, el que viene del cielo o el que viene del infierno, hablaban de uno que había llegado a Tetuán desde las montañas, que tenía mucho oro y que quería casarse con su hermana pequeña, y que ella tenía trece años. Deliberaron entre ellas para decidir si sí o si no, pues era evidente que acabaría desapareciendo. Al final, desapareció antes de la boda. Se fue de la misma forma que había llegado, sin embargo, también le dejó un estuche con algunos anillos de oro que valían mucho dinero. Tal vez fuera él, o tal vez no. Los anillos eran el regalo de pedida. No sé, en serio, no sé qué decirte, jamás he conocido a nadie que tuviera

mil años, y si lo he hecho no me he fijado.”

“Te estoy mirando, tienes noventa años y se te ve vieja, pero ¿cómo se vería alguien con mil años? Ciertamente no puede parecer viejo, porque si ha llegado una edad tan exagerada seguro que es porque puede seguir siendo joven, porque posee una tal cantidad de antioxidantes que evitan su envejecimiento.”

“¿Qué son los animoxilantes?”

“No importa, el asunto es que él tiene unas sustancias en el cuerpo que evitan su envejecimiento, así que por eso parece joven, es lógico, y evidentemente parece más joven de lo que es. Mucho más, porque se diría que tiene menos de cuarenta años.”

“Me gustaría conocerle.”

“Imposible, no puedo hablar de él, sólo te digo que si lo cuentas nadie te va a dar crédito, así que te aconsejo que no lo hagas, porque si alguien lo supiera, ay de él y de mí.”

¿TE HAS HECHO CURA?

Es mi misión.

Sabes que tu madre murió para no ser cristiana, y tú quieres ser cura.

Jesús me llamó, Jesús me dejó vivo para que fuera su siervo.

Esto es peor que convertirse.

Arrepiéntete y salva tu alma, papá.

Me convertí para seguir vivo, no para verte vestido con esta

sotana.

Tienes que arrepentirte para entrar en el reino de Dios.

¿Si no lo hago me mandarás la Inquisición?

Yo soy la Inquisición.

¿Tu? ¿Quieres decirme que eres tú quien somete a tus hermanos, a tus judíos, a tus marranos, a los que son como tú, como yo, como tus hermanos y hermanas?

Lo hago para salvarles del infierno, lo hago por amor.

¿Qué clase de amor quema a niños, qué clase de amor obliga a la gente a cambiar de religión, qué clase de amor mata a mi mujer, a tu madre, Sultana, qué clase de amor destruye por el fuego mi casa? Quizá ella tenía razón, aquella noche cruel, hubiera sido mejor que murieras allí para no verte hoy así. ¿Cómo puedo decir esto? ¿Cómo podré vivir los años que me quedan? Ojalá te hubiese visto muerto y no matando a los de tu pueblo.

No hables de eso, ha llegado la hora de que vuelvas a tu Dios, voy a llevarte al tribunal para que muestres tu arrepentimiento y seas absuelto.

¿Al tribunal? ¿Tú? ¿Con tus propias manos?

Querían enviar a otro cura, pero preferí hacerlo yo mismo.

Así que tú eres el delator, eres tú quien les dijo que no como cerdo.

Sí, soy yo, para salvarte.

No, hijo mío, no iré, puedes matarme aquí mismo, sólo te pido una sola cosa, deja que me escape, di que no me has encontrado, permíteme desaparecer, hacerme transparente, inexistente, salir de este mundo, déjame en paz.

EL TERCER DÍA

Has llegado tarde. ¿Crees que esto es una escuela? Bien, no hagas preguntas, sé que tienes muchas, pero encontrarás la respuesta a todas al final del séptimo día. Y si no encuentras alguna, tal vez sea porque no la necesitas. La vasija de porcelana, quieres saber algo de ella, has hablado con tu abuela, viene de Lucena, no de Granada. Fueron los almuecines los que nos expulsaron de Lucena, o nos convertíamos al Islam o abandonábamos nuestras casas, nuestros baluartes y nuestras vidas. De la mañana a la noche. Así que huimos hacia los cristianos y luego volvimos a huir, de nuevo hacia los musulmanes. Hay quienes dicen que en el Islam todo era espléndido, el cristianismo que nos recibió también era excepcional. Sea como fuere, salimos de allí únicamente con aquella vasija y con lo que llevábamos puesto. Desde aquél día de 1141 Lucena ya no volvería a ser una ciudad judía, ni una ciudad de poetas y de rabinos, sería una ciudad muerta. La vasija vino de allí, y desde aquél momento se convirtió en el recordatorio de nuestra expulsión. Vasijas y llaves, los acarreamos de ciudad en ciudad, tú también cogiste la llave de tu casa de Jerusalén, lo sé. De acuerdo, es solamente la copia de una llave de seguridad, no como aquellas grandes llaves de Granada o de Sevilla, y seguro que tu llave ya no puede abrir la puerta de tu infancia en Jerusalén. Llaves y vasijas.

Allí, en Lucena, en Eliossana –Elí Hosanna, Dios nos salve– empezó la hegemonía del judaísmo en Sefarad y terminó la del de Babilonia. Ciento cincuenta años de una ciudad judía fuerte y próspera, la ciudad de la fe y del culto a Dios, de verdad, no como hoy en día, la ciudad de mis antepasados y de los tuyos, una ciudad olvidada, ni tan importante ni dramática, ni Toledo ni Granada, pero entonces, en el siglo XI, era la ciudad de los judíos y nadie creía que no pudiera ser una ciudad de judíos.

Era la ciudad de Ibn Daud y de Ibn Ezra, de Yehudá Haleví, de Ibn Shaprut y de Alfasi, tú no sabes nada de ella ni de

quiénes eran estos personajes.

Cuando abandoné a mi mujer me fui al sur de Marruecos. Allí también encontré ciudades de judíos, incluso un reino judío en el desierto, Dar'a. Los judíos iban vestidos como los musulmanes, aquellos hombres con sables eran fuertes y creyentes, y su fe fortaleció el reino durante años, hoy nadie sabe nada de ellos. De allí salieron los marroquíes poderosos llamados Deri, Ederi o Aderi, todos apellidos que vienen de Dar'a. El país de los judíos. Allí me casé con cuatro mujeres, las cuales me dieron doce hijos, que son mi familia llamada Deri que, a su vez, se desplazaron hacia Sefarad y por todo Marruecos, a las ciudades de Fez y de Meknes. Esto ocurrió cuando la gente de Dar'a perdió el poder tras la batalla del sábado, mejor dicho, tras la batalla que no tuvo lugar en sábado, los beréberes ofrecieron un acuerdo de paz a los judíos porque ya hacía cientos de años que estaban en guerra y siempre perdían. Propusieron que el pacto tuviera lugar el sábado y escondieron armas en el lugar de encuentro, y cuando los notables judíos llegaron a la reunión de paz, ellos sacaron las armas y les dispararon. Así fue como terminó Dar'a.

De nuevo regresé a Lucena, cincuenta años después era una ciudad en el apogeo del desenfreno, algunos años antes de que los judíos fueran obligados a convertirse al Islam. Esta vez mi regreso fue de lo más extraño. Por el camino encontré un cadáver, en su interior había poesías y toda clase de cosas escritas en hebreo. Había cientos de poesías. El hombre, que se llamaba Jacob el judío, en su tiempo un poeta desconocido, iba de camino de Tudela a Lucena; lo enterré, estaba casi descompuesto, recé el *Kadish* por él y le hice un funeral, luego me apropié de su nombre y me dirigí a Lucena. Allí supe que se trataba de alguien conocido y que en la ciudad le estaban esperando. Así fue como me recibieron con honores de poeta, me hospedaron y me dieron de comer. Y todo el tiempo me preguntaban por mis poesías. Durante algunas semanas les fui

dando uno o dos poemas, hasta que se me terminaron. Entonces les dije que haría lo que decía en mis versos y me iría a la Tierra de Israel, y todos me dijeron que estaba loco, incluso mi mujer dijo que había contraído una enfermedad grave. Pero las poesías se habían terminado y además yo sentía que aquella vida no me iba, así que me puse en camino. Llegué a Egipto, pero cada vez me añoraba más, así que volví a Sefarad.

Si crees que los caminos se convirtieron en mi hogar te equivocas. Jamás me gustaron los caminos, siempre fui un hombre de mi ciudad natal, un hombre de Lucena. Pero cada cuarenta años tenía que desaparecer, si me hubieran visto cuando la fiebre me subía sin cesar y que aquello no tenía fin, me hubieran enterrado vivo, o quemado, o atado a la hoguera como a los brujos. Aquellos eran siempre unos días estremecedores, y el último era peor, cuando todo yo temblaba y jadeaba. Y si me hubieran visto luego, cuando mi piel se tornaba como la de un joven veinteañero y yo me llenaba de vitalidad, lo hubieran considerado imposible, así que me veía obligado a desaparecer.

No creas que se trata de un gran sufrimiento. Es fiebre de una gran purificación, luego siempre me iba a tomar un baño natural, en el mar, en un arroyo o en un río, me sumergía en el agua, sin importarme si era invierno o verano, y tras aquellas dos semanas me sentía lleno de fuerza y de energía, como el que está dispuesto a conquistar el mundo, y la vasija. Sí, la vasija, no el estuche, sí, en el estuche que le di a la abuela de tu abuela en Tetuán había veintiséis monedas de oro de cinco francos franceses. Con una sola de aquellas monedas se podía mantener una familia de siete personas durante dos años. Recuérdalo, veintiséis. Ahora vete, estoy cansado, mañana te contaré cómo, una vez, me convertí en un hombre muy rico y famoso, en el siglo XVI, porque no tuve otro remedio. No tuve más remedio que ser un hombre muy rico y muy famoso. Me llamaba Yosef Ruti. Mañana te lo contaré.

CENA DEL SÁBADO EN MÁLAGA

Tras incontables gritos, la familia consiguió sentarse a la mesa sin que nadie se levantara para ir a hacer algo urgente. Finalmente, el padre bendijo el vino, los frutos del árbol, los frutos de la tierra y el pescado. Durante unos instantes hubo silencio. De pronto Luisa le gritó a su hermana, “para ya de una vez,” y todo se enardeció.

“No empecéis a pelearos,” gritó el padre.

“Pues dile que pare.”

“Estamos muy preocupados, Samuel: ¿Me ha parecido oír que quieres estudiar filosofía? Eso me ha dicho tu madre. ¿Qué harás con la filosofía?”

“No sólo eso, también literatura inglesa. Filosofía y literatura inglesa.”

“Seguro que no le han aceptado en otra parte,” estalló Luisa.

“¿Qué harás? Sería preferible que vinieras a trabajar conmigo en la tienda, ¿no?”

“He decidido lo que quiero ser en la vida.”

“Muy bien. ¿Qué quieres ser?”

“Escritor.”

Al padre se le atragantó la comida, se puso rojo, miró a su esposa, y Luisa le imitó, “te dije que no le mimaras demasiado,” pero su salida no hizo reír a nadie.

“¿Escritor?”

“Ya he escrito algunas poesías y algunos cuentos, uno lo publicará una revista literaria, aquí, en Málaga, en Cabeza, así se llama la revista. También he escrito un relato sobre ti, sobre Israel y sobre lo que tú me has contado. Incluso tengo un nombre literario: Samuel Murciano.”

“¿Qué tiene de malo Benzimra?” preguntó Salomón, el hermano pequeño.

“Nada, pero Murciano me suena más español y más judío, como Toledano o Gormezano o Marciano, o algo parecido.”

“¿Escritor?” repitió el padre. “¿Y cómo piensas ganarte la

vida? Es decir, ¿qué tendría de malo que escribieras, pero que fueras médico o ingeniero? Tuviste una buena enseñanza en todas las materias, podrías ser informático, programador.”

“Escritor, y nada más que escritor. Tengo ya el tema de la novela que quiero escribir, he conocido a una persona de mil años que me cuenta un montón de cosas sobre la España de la Edad Media.”

“Escritor... alguien que tiene mil años... Querida, ¿qué dices tú a esto? ¿No deberíamos llevarle al psicólogo? Yo no creo en los tratamientos psicológicos, pero este Samuel realmente está empezando a decir cosas muy raras, mucho, ¿no te parece? Ya te lo había advertido.”

“Debería alegraros que me publicaran una poesía siendo tan joven, tal vez me convierta en un escritor de éxito, incluso de mucho éxito. ¿Acaso García Márquez no empezó como he empezado yo, cogiendo una pluma y poniéndose a escribir? Así es como han empezado todos los escritores.”

“Por cada uno de ellos hay miles que no han triunfado. Tu tío, por ejemplo, también quería ser escritor, malgastó veinticinco años de su vida y luego se hizo comerciante, pero no hables de eso con él, aunque sí podrías hacerlo con la abuela, tal vez fuera esto lo que mató al abuelo. Escribe, si quieres, pero haz además otra cosa.”

“Imposible.”

“Es realmente un *cabeza dura*, como su tío, tiene la cabeza más dura que un coco, es sólo un crío de diecisiete años y ya piensa que lo sabe todo. Seguramente crees que te voy a mantener siempre, ¡pero no! A partir de mañana mismo tendrás que buscarte el sustento y pagarte los estudios en la universidad, para eso yo no pago, ni voy a pagarte la filosofía ni te voy a alimentar. Si quieres estudiar algo más serio, sí, pero si quieres hacer lo que se te dé la gana, tú mismo, pero no a cuenta mía. Tendrás que arreglártelas solo, hijo mío. Siempre podrás volver, a condición de que te quites los pajaritos de la cabeza.”

LOS ALERGISTAS

CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

“Señor presidente,” dijo el profesor Millman, “la situación no es para alegrarse, en absoluto, conseguimos aislar el nuevo problema, pero lo que va a escuchar es sencillamente inquietante. Se trata de un virus denominado ‘Alergum montana’, porque ha sido identificado por vez primera en los montes alpinos y porque tiene unos síntomas parecidos a los de las alergias, unos puntitos rojos esparcidos por todo el cuerpo. La mayoría de afectados son mujeres, es decir, casi el noventa por cien son mujeres, pero lo más sorprendente es que los afectados por el virus pueden estar absolutamente sanos, es más, pueden estar más sanos que el resto de la población; llevan el virus, pero no les pasa nada.

“El problema empieza cuando entran en contacto con otras personas, porque los que no están inmunizados se contagian antes de las veinticuatro horas, a veces incluso antes de una hora. En el momento del contagio aparece un cáncer que muy rápidamente se extiende por todo el cuerpo.

“Por ahora la población alérgica se concentra en algunas pequeñas aldeas de Francia y vive como los leprosos de antaño, pero cada vez que alguno va a la gran ciudad provoca una epidemia y la muerte de centenares, incluso de miles de personas. En realidad, si supieran el poder que tienen en sus manos, con mucha facilidad podrían acabar con toda una ciudad.

“Se desconoce la forma de contagio, pero se sabe que no se transmite de un enfermo a otro, sino solamente de un alérgico a las personas que entran en contacto con él.”

El presidente se quedó mirando al profesor durante una hora larga, miró el memorando de cientos de páginas que tenía sobre la mesa, y volvió a mirar al profesor.

“¿Cuántas personas conocen su descubrimiento?” – preguntó.

“Tres. Usted, señor presidente, mi doctoranda y yo.”

“¿Qué aconseja hacer?”

“Sería conveniente que nadie se enterara, es todo lo que puedo decirle, el resto se lo dejo en sus manos. Usted es el gendarme del mundo. Yo solamente soy un investigador.”

“¿Hay alguna forma de curar a los alergistas?”

“No son enfermos. No sé cómo curarles. Además, tampoco irían al médico.”

“¿Tiene alguna hipótesis para explicar la formación de los alergistas?”

“No, ninguna. Tal vez se trate de una región donde se guardan residuos radioactivos sin que la población lo sepa. Durante la investigación he descubierto que hace cien años aquella fue la región que recibió a la población mucho más inmunizada que había salido de un laboratorio genético. No estoy seguro de si estas cosas están relacionadas. En cualquier caso, se trata de un nuevo gen que tienen algunos individuos con un sistema inmunológico mucho más potente que el nuestro. Pueden aniquilarnos sólo con estar en contacto con ellos.”

El presidente volvió a mirarle, intentando explorar el significado de sus palabras, saber si sería mejor buscar una opinión más, o si el hecho de que otras personas estuvieran al tanto de la situación únicamente dificultaría las acciones de las medidas que deberían emprender.

“Hay algo más. Como ya dije, los alergistas son principalmente mujeres, y éstas son, en relación a la población francesa, las que más procrean. Ciertamente, los motivos religiosos podrían ser la causa de ello, pero me parece que estas mujeres se comportan como si fueran una raza en peligro de extinción y trataran de multiplicarse tanto como pudieran. ¿Lo entiende? Cuando se ataca un gen animal con la intención de eliminarlo, éste se multiplica tanto como puede en individuos

femeninos, pudiendo llegar a situaciones en las que los masculinos sólo lleguen al dos o al tres por ciento de la población, y estos tienen un único objetivo, el de fecundar a las hembras.”

El presidente levantó el auricular del teléfono para pedir a su secretaria que convocara inmediatamente al presidente de Francia y al Jefe del Estado Mayor.

“Diles que se trata de una emergencia de la más alta prioridad y que deben llegar antes de una hora en un vuelo supersónico. Diles que no hay ninguna posibilidad de hablar del tema por ningún medio electrónico, que la conversación debe llevarse a cabo en presencia de ellos dos.”

“Profesor Millman,” dijo el presidente, “espero que haya traído un mapa detallado de la localización de los alergistas.”

“Por supuesto. Aquí está.”

“Le agradezco el servicio que ha prestado al Estado y al mundo, antes de cuarenta y ocho horas podrá ver el problema resulto. Le ruego que destruya todos los documentos relacionados con este asunto y que no hable con nadie de lo que aquí me ha mostrado. Gracias.”

El profesor Millman regresó a su casa y de nuevo examinó, como había hecho a diario durante los dos últimos meses, las plantas de sus pies llenas de puntitos rojos.

¿RECUERDAS TODAVÍA EL COLOR DEL MAR?

No me hables de eso, porque me dan ganas de convertirme.

Cuando estaba enamorado era transparente.

Para mí siempre fue azul.

Creíamos que siempre estaría allí, para nosotros. Y de pronto nos encontramos en este sótano, sin día y sin mar.

En cualquier momento pueden venir a por nosotros, y volverán a preguntarnos por qué el sábado no prendimos las velas, como si hacerlo fuera una obligación.

Una antigua obligación cristiana, como la de comer cerdo.

Eso es lo que oí, que los marranos comen cerdo en presencia de los cristianos para que no les denuncien.

A decir verdad, a mí, simplemente no me gusta el cerdo.

Eso no lo digas ni en broma.

SHOAH

Nací en 1947 y soy un sobreviviente del holocausto nazi. No, no soy un sobreviviente del holocausto, de hecho nací muerto. Nací muerto en el campo de exterminio de mi madre. Hoy, mamá, tengo que escribirte esto, debo escribirte a los treinta días de tu muerte porque no he cumplido lo que me hacías prometer desde que no tenía ni un año, que te incineraría y esparciría tus cenizas desde el aire sobre la tierra de Polonia, te lo prometí muchas veces, pero tú sabes que en Israel esto no se puede hacer, y si se pudiera tal vez no lo habría hecho, lo sabías, quizá por esto hiciste que lo prometiera una y otra vez, y pienso en Hitler, pienso en qué clase de niño pequeño fue Hitler, quizá su madre le envolvió en pañales, quizá su madre se preocupó de él como tú de mí, qué clase de ser humano fue aquél hombre, tal vez pasó por la historia, tal vez fue único, tal vez tomó decisiones, pero todo esto me interesa menos que el

hecho que dentro de muy poco volverá a haber seis millones de personas aquí, en Israel, y que el mundo tendrá seis mil millones de habitantes exactamente el mismo día, y esto me preocupa, mamá, me paso el tiempo pensando en un montón de cosas, una vez leí en un libro de cábala sobre la expulsión que en el mundo debería haber muy pocos judíos y que por eso en cada generación se les extermina, a no ser que se asimilen, así que tal vez sea mejor asimilarse antes que nos vuelvan a eliminar, y nací en Chipre, en Chipre, aunque nunca pisé aquella tierra, ni tampoco Varsovia, mamá, y tú, con tu silencio, me pediste que fuera allí, porque siempre callabas, nunca decías ni una palabra sobre los desaparecidos de tu familia, nadie decía nada, tampoco hablabas la muerte de papá, de cáncer, el seis de mayo de 1948, de esto tampoco decías nada, sólo te preocupaba que yo viviera, para qué, si estaba muerto, por eso no tengo ni tendré hijos, no soy capaz de multiplicarme, no creo que mis genes sean lo suficientemente buenos para la humanidad, además, si han de aniquilarnos si sobrepasamos determinada cifra, que me maten a mí que ya estoy muerto, exactamente igual como tú moriste hace un mes, como tú moriste a los quince años, nos dicen que aquél fue un signo maravilloso, ¿quién lo dice?, Los que sobrevivieron y pueden hablar, no los que murieron en Auschwitz, en Hiroshima, en Verdún, en todas las maravillosas guerras de este siglo, por supuesto.

Nací en Chipre, pero nunca he estado allí, ni en Polonia, tampoco mi madre, aunque ella deseara que sus cenizas se esparcieran sobre los polacos desde un avión, no sé si se trataba de añoranza o de venganza, no lo sé, en Polonia no faltan cenizas de judíos, pero esto no les ha hecho cambiar su forma de ser, mi padre era de Ucrania, y ahora yo me río cuando en la televisión veo un barco ilegal de inmigrantes ucranianos disfrazados de turistas cristianos honrados o de peregrinos que dicen querer venir a trabajar a Israel, tiemblo de felicidad, si es

que sé lo que es la felicidad, esto sí es venganza y triunfo, no los edificios de Tel-Aviv, ni mis dos cientos empleados, ucranianos, dispuestos a venir a trabajar aquí por cien dólares al mes, ésta es nuestra dulce venganza, mamá, tú serías feliz.

O en el fondo no, contigo era imposible saberlo, era imposible saber si te reías para no llorar, tal vez era una risa verdadera, la risa del destino, tal vez era una risa que substituía al llanto, nunca lo supe, y ahora debo decirte que la falta de este conocimiento atemorizador ya formaba parte de mí cuando tenía cuatro años, desde que me revelaste que una de tus tías vivía en los Estados Unidos, el día que fuimos al correo de la calle Ben Yehudá para llamarla por teléfono, nos habíamos puesto los vestidos de fiesta, quizá hubieras preferido saber que eras la única que quedaba de tu familia, quizás era esto lo que querías, quizás en el fondo de tu corazón, pequeña niña, esperabas que toda tu encorchetada familia hubiera muerto, aquella familia que intentó hacerte pasar por el agujero de una aguja, que es lo que ocurrió, y ahora esta tía de pronto puede saber de ti, ¿qué va a pasar?

Tengo cincuenta años y soy un soltero muy solicitado, siempre debo asistir a las reuniones bien trajeado, dirijo un negocio que mueve doscientos millones de dólares al año, en el fondo, mamá, nada de todo esto me importa, ni siquiera soy apto para tener descendencia, no quiero tener hijos para que sufran lo que yo he sufrido, además, para eso uno ha de tener relaciones sexuales y yo nunca he sabido cómo hacerlo, las mujeres que se acercan a mí me rechazan y aquellas a las que yo me acerco me detestan, nunca ha funcionado, estoy acostumbrado, ya ni me molesta, ésta es mi vida, esto y las páginas que te escribo a los treinta días de tu muerte, siempre me han dicho que escribo cartas bonitas y que por qué no escribo otras cosas, lo hago ahora, escribo sobre la enfermedad llamada vivir, qué no daría yo para estar en tu lugar, la gente

siempre dice de mí que llevo en el rostro la alegría de vivir, o pregunta cómo es que siempre parezco estar de buen humor, cómo es que se me ve tan bien, pero en lo más profundo de mí hubiera preferido no haber nacido, hubiera preferido morir, tantas y tantas noches me acuesto en mi cama con la esperanza de no volverme a levantar, de que el mundo se acabe conmigo, porque constantemente tengo la sensación de que el mundo está a punto de agotarse, no sé cómo, una fuerte explosión durante el día, imprevisible, ¡bum! y el mundo ya no existiría, porque si solamente yo muero seguirá habiendo gente que sufra, pero así todo se terminaría y Dios se vería obligado a hacer todo lo posible para perfeccionar a sus criaturas, tendría que erigir un mundo mejorado, un Pentium 2000, algo que sea mejor, y abandonar todo lo anterior, dicen que Dios crea mundos y destruye mundos, así que por qué no destruir éste, qué tiene para que le interese tanto, después que mi madre estuvo en Auschwitz, o en Treblinka, nunca me lo dijo para que yo no fuera allí a investigar, para que no pudiera ver la humillación a la que llegó, era una mujer distinguida y muy sensual, siempre le habían gustado los trajes bonitos, puedo imaginármela en las cafeterías de Varsovia en los años treinta, o paseando por París y atrayendo las miradas de todos los chicos, miradas delicadas, no agresivas como las de hoy en día, ella tenía vergüenza de estar allí, le daba vergüenza poder estar allí, ella, y no la gente sencilla, que también estaba allí, nada servía de nada, ninguna explicación, que los culpables eran los verdugos, ellos eran los culpables, pero esto no le importaba, le importaba su vida, que había desaparecido de golpe y que no podría volver a ser lo que había sido, desde que me tuvo a mí y que mi padre falleciera no volvió a salir con ningún otro hombre, parece que yo era su hombre, yo era su obra, y heme aquí ante la tumba reciente, la tumba que no querías tener, el polvo que querías ver volando en el aire sobre la tierra de tu patria, sin embargo, quizás antes de que pongan la lápida me llevaré tu cuerpo para que lo incineren como tú querías, sólo yo sabré que no estás aquí, a

quién podría importar, una anciana sobreviviente del holocausto, una escandalosa dedicada a volver locos a todos los vecinos, una vez tuve que venir a hablar con ellos y compensarles por las estupideces que hiciste, para que se callaran, tal vez hubieran podido comprender tu dolor, pero la mayoría de ellos también eran sobrevivientes del holocausto, en el barrio de Rehavia, era difícil vivir con tu demencia, con tus gritos repentinos, con el aceite que echabas por la escalera y con las disputas que iniciabas a cualquier hora del día.

Luego pasaban semanas de una simpatía fuera de lo normal, de una calma que parecía que duraría siempre, pero ella nunca la mantuvo, y a mí me da miedo desmoronarme como tú, a veces siento que mi cabeza estalla sin parar, bum-bum-bum, y entonces sólo tengo ganas de ir a matar gente, me da mucho miedo que un día no pueda dominarme y coja un arma o un cuchillo de la cocina y mate a algunas personas como una vez tú intentaste hacer, suerte que tu vecina te vio y te cogieron, estuviste a punto de matar a un niño en plena calle, un niño de cinco años que toda la vida llevará consigo la cicatriz, que irá por la calle teniendo miedo de los cuchillos, te internaron durante dos semanas, pero al día siguiente ya estabas completamente calmada, eras una mujer muy noble, nunca hablabas de Polonia, sólo cuando dormías yo te escuchaba pronunciar a palabra Breslau y luego decías algo en polaco, yo no entendía nada, no querías que supiera aquella lengua en la que habían quemado a tu familia, tampoco querías que supiera alemán, el idioma en el que leías la mayoría de libros, no querías que supiera la lengua en la que te gritaron y humillaron.

Mamá, no sé ni jamás podré saber lo que te sucedió antes de los treinta años, lo que sucedió antes del holocausto, tal vez para ti no hubo nada antes del holocausto, se ha borrado de la memoria. ¿Estuviste casada? ¿Tuviste hijos? No hablabas de esto, yo era un hombre sin pasado, sin familia, el hombre

muerto, únicamente en los últimos años, en la residencia de ancianos, decías toda clase de cosas raras, en el delirio, o quizás era la verdad, una vez me preguntaste por qué mi hermano no venía a verte, qué hermano, pregunté yo, qué hermano, pero no me respondiste, así eran nuestras conversaciones, luego hablaste de tu marido, pero de uno llamado Samuel, que no era el nombre de mi padre, tal vez fue un error, o tal vez locura, o la vida que tuviste o la que hubieras querido tener, en sueños también gritabas el nombre de una niña, Josephine, recuerdo que gritabas, “Josephine, eres tan pequeña, tan pequeña...” A veces hablabas de un viaje a París, nunca sabré ni nunca podré reconstruir tu vida con lo que dijiste o con lo que no quisiste decir, a lo mejor eran imaginaciones de una niña que se entremezclaban con la vida de una pobre anciana, a lo mejor eran realidades de las que no querías hablar, a lo mejor eran los recuerdos de tu hermana que se entremezclaban con los tuyos, tal vez los de una hermana gemela, tal vez tenías una hermana gemela que se llamaba Josephine. Cuando estabas viva no querías hablar de esto, quizá lo hagas ahora desde la tumba, siempre había pensado que algún día, cuando venía a verte, me contarías algo, que un día soleado, en la residencia de ancianos, en el jardín, cuando venía a verte, me contarías cosas, lo que pasó allí, los hermanos que tenías, qué clase de familia erais, de dónde procedía el dinero, de dónde la riqueza sin fin, hasta hace diez años, cuando me dijiste que el dinero de Suiza se había terminado, ahora deberás hacerte fuerte, dijiste que el dinero se me había terminado, y era verdad, siempre había tenido los trajes más bonitos, a los dieciocho años me compraste un coche, en aquellos tiempos era poco común, en el año sesenta y seis ni siquiera a los niños ricos les compraban un coche, y no un coche cualquiera, sino el mejor que entonces se fabricaba, un Peugeot 404, todos los chicos me envidiaban, aunque siempre lo habían hecho, siempre fui el niño raro de la clase, aquél con el que nadie habla, no sólo no hablaban con los más pobres, los bizcos, los

cojos o los enfermos, mamá, también dejaban de lado al más rico de la clase, pero no me importaba, yo tenía mi mundo, hasta hoy, tú y yo éramos el mundo, no había nada fuera de las paredes de nuestra casa que me interesara, ahora vengo cada día a la tumba intentando reconstruir este mundo nuestro con palabras, o por lo menos intentando que desaparezca lo menos rápido posible, porque era un mundo maravilloso, en él podía imaginar lo que no me decías, una vez soñé que en Varsovia habías sido puta, pero no una puta cualquiera, sino una puta de élite a la que todos los ricachones de la ciudad solicitaban sus favores, en el sueño esto me hacía sentir orgulloso, pero cuando al despertar me daba cuenta de que me había corrido –y encima siendo mi madre la que se había convertido en puta– me sentía muy avergonzado y durante dos días ni siquiera podía mirarte, seguro que tú pensabas que era un problema de la pubertad, pero se me pasó, muchas veces te imaginé formando parte de una familia muy rica, así debía ser era antes que se terminara el dinero que había en Suiza, hace sólo diez años, con aquél dinero me compraste la casa de Rehavia, me llevaste a la mejor escuela, me proporcionaste las clases particulares y las de piano, quisiste comprarme la seguridad aun sabiendo muy bien que el dinero ya no nos daría seguridad, ni a ti ni a mí, como tampoco la dio en tu campo de concentración, el dinero que los judíos tanto esperaron poder utilizar algún día para salvar la vida, como así había sido durante cientos de años, de pronto no tenía ningún valor, no para los judíos, ni siquiera cabía la posibilidad de vender el cuerpo, y tú lo sabías, tal vez a nosotros nos iba mejor que a los demás, tal vez gracias a esto pudiste mantener tu orgullo y no pedir ninguna compensación económica a los alemanes, a pesar de los intentos de persuasión de los vecinos, de los conocidos e incluso de tu asistenta yemenita, recuerdo que te decía, “lo que pasó, pasó, ahora debe vivir el presente, a mi también me robaron un hijo, pero sigo viviendo con los otros,” no sé lo que esto te daba a entender ni qué niño le robaron, tal vez lo robaron a alguna sobreviviente

del holocausto como tú, tal vez creías que te lo decía para consolarte, hoy en día se habla mucho de los niños yemeníes, pero entonces todos creíamos que estaba loca y tú no comprendías lo que ella decía, “si le han robado un hijo pida compensaciones de Alemania, pero yo no tengo ninguna intención de hablar con esa gente, ni por carta ni por teléfono.”

A los diecisiete años llevé a casa a mi primera novia, Claire, la recuerdas, ¿no? Su madre también era una sobreviviente del holocausto, te gustaba mucho, la abrazabas y la agasajabas tanto que un día salió huyendo y me dejó, tal vez ésta era tu forma de preservar nuestra pareja, una forma inversa a la que deseabas, tal vez creías que sólo abrazando a una mujer en tu seno ésta podría formar parte de mi vida, lo que más risa me da es que la gente me tiene por alguien tan independiente que no tiene necesidad de nadie ni de nada, ninguno de los que me rodean puede saber hasta qué punto mi vida ha dependido de ti, todos ven en mí al afortunado que vive en el edificio de la ópera y que no está dispuesto a mirar nada que no haya salido de sus manos, como las máquinas que diseño, en absoluto se dan cuenta que todo lo hice por ti, ahora ya nada me importa, tenía tantas ganas de que te sintieras orgullosa de tu hijo, por ti misma, por supuesto, porque no tenías muchas amigas, sencillamente que te sintieras orgullosa de mí y ante mí, ahora tengo dinero suficiente, dejo la empresa que he levantado y dirigido, nadie lo sabe todavía, pero seguro que se dan cuenta de que sólo voy una vez por semana, y en lo más recóndito busco un comprador de las acciones de la empresa, o varios, creo que obtendré un buen precio, luego me pasaré en día sentado ante tu tumba y escribiré sobre tu vida, cada día escribiré algo distinto sobre Varsovia y sobre ti, sobre la Varsovia que no conozco y que me está prohibido pisar, y sobre ti, no te conozco, pero eres la persona más cercana a mí, cada día serás una persona distinta, así jamás morirás en tu tumba, el nuevo relato y la nueva personalidad tienen que

existir en alguna parte y con su existencia tu existirás, sola o a mi lado, existirás, o quizá cuando yo muera, si alguien lee estos relatos, su imaginación serán mis hijos, y si no, al menos sabré que te mantuve en vida aquí cada día durante una hora, o dos, u ocho, que te mantuve en vida en mi imaginación, yo, el niño que nació muerto en 1947.

EN CHIPRE

No podía creer que volvería aquí y que las palabras fluirían así, salvo aquél cuento corto por el que recibí un premio en la escuela, un cuento sobre el encuentro entre Caperucita roja y Kafka, no recuerdo haber escrito nada, tal vez dos o tres poesías cuando tenía quince años, y ahora vengo aquí cada día y este cuaderno se llena de palabras sin parar, como si ahora éstas tuvieran una función muy importante, como si fueran soldados llamados a la guerra que tuvieran que colocarse según un orden determinado, y puesto que se trata de la guerra de su subsistencia lo hacen muy bien, tal vez de forma profesional, pero también de la forma más eficaz, así es como yo escribo y escribo sobre tu vida.

Vuelvo a estar aquí pensando en Josephine, en cuántos años tendría cuando murió, ocho quizás, allí la viste por última vez, te marchaste en un tren, tal vez la dejaste en un convento, supiste que había muerto, la viste quemándose, y enseguida me pregunto cómo conseguiste escapar tan bien, sin ningún rasguño, tal vez tu belleza fue la que te salvó, tal vez un viejo y asqueroso oficial de las SS te escondió, en su habitación o en su oficina, y te cuidó a cambio de tu entrega, tal vez tu belleza te salvó, o tu coraje, tal vez huiste a través de los bosques con Josephine hasta que ella ya no pudo andar más, recuerdo que a veces te equivocabas con mi nombre y en lugar de llamarme Yosef me llamabas Joseph, y entonces yo te preguntaba quién

era Joseph y tú te metías en uno de aquellos largos silencios tuyos que podían durar incluso un día entero, hasta que aprendí qué cosas no debía preguntar, porque sabía que si te preguntaba algo relacionado con tu pasado, con un tiempo anterior a mi nacimiento, enseguida te metías dentro de tu burbuja y desaparecías, y sabía que esto te ocasionaba un inmenso dolor.

Pero hoy, aquí, ante tu tumba reciente y tu maravillosa vejez, pienso en Josephine, mi querida hermana, ¿tendría los ojos grandes y verdes como los tuyos, o de color marrón como los míos y los de mi padre?, ¿sería alta?, ¿tendría el cabello castaño o negro?

¿Acaso ella era divertida y tú te reíste por última vez en tu vida? Una risa que comparada con cualquier otra sólo te la recordaba a ella, una risa que comparada con cualquier otra parecía un llanto, aquella risa llena, la risa auténtica de antes que perdieras tu inocencia y tus sueños sobre el mundo, porque yo podía ver que soñaste mucho, que vivías en un sueño, un sueño que se transformó en algunos instantes del universo, en algunos instantes insensatos de la historia, se transformó en una pesadilla, en una pesadilla tan enorme que jamás supiste cómo volver a soñar.

Con la edad, Josephine aparecía cada vez más en tus sueños, la veías vestida de blanco, con un vestido blanco y largo, corriendo por los pasillos de la gran mansión y riéndose, a veces os veo en mis sueños, a ti y a ella, ella me saluda y siempre me da algo, un paraguas, un pañuelo o una pelota, y tú me dices sin pronunciar palabra alguna, “es mi hija”, y yo estoy contento de tener una hermana pequeña, una hermana pequeña y guapa, y la quiero mucho, a Josephine, y me gusta mucho su risa.

Pero quizá Josephine era tu hermana y no la mía, quizás a

ambas os escondieron en un sótano, en las montañas, y un día a ella la descubrieron, pero no a ti, o quizás ambas viajabais hacia la muerte cogidas de la mano en aquél sombrío tren, y tú no te perdonas que quedaras con vida y ella no, si tantos y tantos murieron, por qué seguir viva, para qué, para recordarles, para olvidarles, y si se trata de tantísima gente, para qué vivir, a cuánta gente se puede recordar y cuánto se puede olvidar, seguro que hace ya tiempo olvidaste a algún pariente y que ya no queda nadie que le recuerde.

ALMUERZO CON LA ABUELA

Veintiséis monedas, dijo él, de oro, monedas de cinco francos franceses.

¿Veintiséis? ¿Estás seguro?

Esto es lo que él dijo.

De oro sí, francos franceses, también, ¿pero veintiséis?

Es lo que dijo, y además que lo recordara muy bien, incluso me lo apunté antes de irme para no olvidarlo. Mira, lo tengo escrito: 26.

Bueno.

¿Por qué? ¿Había menos?

Dieciocho. Sería interesante saber a dónde fueron a parar las otras ocho. Alguien las robó, siempre sospeché que alguien había robado algunas monedas. Los hijos del tío Masoud siempre fueron más ricos que los otros y nadie sabía de dónde le había venido el dinero, aunque quizá se lo dio la abuela, no se puede sospechar de los muertos.

Estas cosas pasan. Así que tú crees que es él, el que tiene mil años, ¿hay que creer en él? También habló de la vasija, dijo que venía de Lucena, que la familia se la lleva vaya a donde vaya. Él también sabía que yo había cogido la llave de la casa de Jerusalén, nadie lo sabe, papá dijo explícitamente que le devolviéramos todas las llaves, pero yo hice un duplicado de

una.

Yo también cogí la llave de la casa de Tetuán. Nosotros siempre nos llevamos las llaves y seguro que él lo sabe, nosotros y los moros siempre nos llevamos las llaves, antes que otras cosas, como si esto demostrara algo, pero ¿qué?

Demuestra que cogimos las llaves, supongo. Nunca pensé que fuera necesario demostrar nada.

Quizá sí sea él.

¿Puedo hacerle confianza?

¿Para qué? Ojalá no se la hubiera dado, pero si lo que quiere es contarte historias sobre llaves de Granada y vasijas de Lucena, que lo haga, conocí a algunos locos como él en Tetuán que siempre hablaban de las grandes posesiones que tenían en Granada y decían que después de Franco se las devolverían todas. Querían que me casara con ellos por eso, les escuché y me casé con tu abuelo, que ya tenía propiedades en Tetuán y en Tánger, incluso en Jerusalén. ¿Me has traído revistas o alguna otra cosa? Te estás volviendo realmente loco con el tal Lucena.

No he traído nada, he venido directamente tras despedirme de él, pero me gustaría comer algo.

En la nevera hay pollo, y es *kasher*, no como en algunas casas que yo me sé bien.

Espléndido, porque ahora sólo como *kasher*. Dicho sea de paso, en tu casa a veces he visto gambas, ¿no es cierto?

Sí, gambas sí, pero en mi nevera nunca ha habido cerdo.

Uno es impuro y el otro no es *kasher*, ¿qué diferencia hay?

El cerdo es un pecado doble, las gambas proceden del mar y el mar es puro; además, las gambas son sabrosas y el cerdo no, y además, hace tiempo que mi cocina es *kasher*. Con los años todo sabe igual, así que ¿por qué comer alimentos no *kasher*?

Tu concepto de *kashrut* es interesante.

Qué quieres que te diga, en Tetuán comíamos gambas, así era.

Samuel comió pollo en casa de la abuela, un pollo que no tenía ningún sabor, ni para viejos ni para jóvenes. Se lo pudo

comer poniéndole mucha mostaza y mucha mahonesa.

Samuel llegó a casa de sus padres, su madre estaba esperando con la comida a punto. “Te he preparado pollo *kasher*.”

“Ya he comido pollo *kasher* en casa de la abuela, aunque ya empiezo a preguntarme si esto sirve de algo, tal vez vuelva a comer calamares, siempre me gustaron.”

“Ahora te ha dado por ir a casa de la abuela,” gritó el padre desde la mesa, donde estaba sentado con un vaso de Chivas Regal y unas pocas aceitunas. “Espero que no le hayas llevado ejemplares del Playboy y que no hayas continuado asustándola con tus cuentos sobre la mafia. Una vez tus tonterías casi le provocaron un infarto y estuvo a punto de morir.”

“Te hubiera gustado, ¿eh? Habrías recibido toda la herencia. Ella me ha contado que sacasteis a las hijas del testamento y que el tío Masoud y tú os quedaréis con todo.” Evidentemente, era mentira, la abuela nunca le había dicho nada al respecto, pero sabía que esto es lo que ocurre con las herencias, había oído que lo decía uno de los hijos del tío.

“¡¿Qué forma es ésta de hablarme?! Vete, vete a tu habitación. ¿Qué? ¿Que a mi me gustaría que mi madre muriera? ¡Los chicos de hoy en día no tienen límites! Ya te dije que no le consintieras tanto, mira en qué se ha convertido, además de barrigudo es de una impertinencia fuera de serie.”

La madre: “Venga, Samuel, así no se habla a papá.”

“Era sólo una broma.”

“Chistes detestables,” dijo Muriel.

“Vamos a la mesa, todos, aunque hayas comido en casa de la abuela también puedes sentarte con nosotros.”

Este almuerzo transcurrió en aguas tranquilas, todos comían y reían, parece que esta vez el whisky le hizo bien al padre, y la madre estaba encantadora – como una pareja que hubiera hecho el amor la noche anterior. A Samuel siempre le sorprendía que

las comidas tranquilas tuvieran lugar de forma imprevisible, pero también le asombraba que la mayoría de las veces éstas fueran el escenario de discusiones sin sentido ni propósito y de gritos por parte de todos, sin ningún intento de comprenderse ni de escucharse los unos a los otros. De postre comieron flan.

LA CAFETERÍA RABIA CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

“Voy a abrir una cafetería,” dijo alegremente Yarón a su mujer y a los padres de ella.

“Muy bien,” se alegró el suegro de Yarón.

Estaba contento de ver que por fin su yerno había decidido hacer algo tras un año y medio de cobrar el subsidio de paro y de pasarse el día delante del ordenador sin hacer nada.

“¿Una cafetería?” – intervino la suegra. “Podrías dedicarte a tu profesión, ¿para qué estudiaste filosofía y literatura? ¿No podrías dedicarte a la enseñanza? Un bar no tiene nada de respetable.”

“No te preocupes, sólo tienes que decirme qué necesitas y te ayudaremos,” la interrumpió su marido, que acto seguido recibió un pellizco por debajo de la mesa.

Si supieran lo que les estoy proponiendo..., pensaba Yarón para sus adentros, seguro que tendrían el susto de su vida.

La idea de Yarón era como cualquier otra, una idea surgida de una profunda necesidad. No sabía dónde hacerse pasar su rabia. Cuando estaba en el ejército solía ir a un pequeño bosque cercano a la base y allí tiraba botellas de Coca-Cola vacías a los árboles y se ponía a pegar gritos hasta más no poder. Ahora, casado y con dos hijos pequeños, sólo podía gritar a los niños, cosa que no quería, o a la mujer, pero esto no lo podía hacer

porque le tenía miedo. También se daba cuenta que la buena vida se le estaba acabando por momentos y la presión que sobre él ejercían los padres de Dana empezaba a dar fruto. ¿Podía renunciar al piso de la calle Arnona, a la comodidad que dan cinco habitaciones, a los pagos de la guardería y al coche que le regalaron el día de su boda? No era una cuestión de dinero. Amaba a Dana, pero ciertamente había empezado a habituarse a la prontitud del dinero fácil.

Cafetería Rabia. Éste es el nombre que había pensado para su cafetería. “En la cafetería Rabia podrás liberar tu rabia,” los eslóganes empezaban a llenarle la cabeza.

“Cómete un rosco y saca la rabia.”

“Por qué enfurecerte en silencio, con nosotros podrás gritar cuanto quieras.”

“Todo está permitido, salvo pegar.”

“Grita tanto como quieras a los camareros y al dueño.”

“No te guardes nada dentro. En la cafetería Rabia todo sale afuera.”

Etc...

La mayoría de estos eslóganes son pura basura, pero ya encontraré algo. No explicó nada a la familia, sólo insinuó a Dana que tenía una idea original y que tendría éxito.

Se pasó tres meses arreglando la cafetería en la calle Rabin número 13. Podía haberlo hecho en menos tiempo, un mes quizás, pero decidió que si iba a cuenta de la familia de su mujer más le valía cortar con el pasado lentamente para poder hacerse a la idea de volver a trabajar.

Publicó un anuncio en los periódicos, y muchos chicos y chicas jóvenes empezaron a presentarse en su oficina.

La primera frase que decía al candidato era:

“¡Eh, basura! ¿Por qué has venido a trabajar aquí?” Tenía un

físico delicado así que al principio le costó mucho parecer creíble, pero no tardó en ponerse gafas oscuras y distorsionar sus facciones para ver la reacción del que tenía delante.

La mayoría de los que se presentaban simplemente se echaban atrás.

“Ya encontraremos otro lugar.”

“No te cogerán para trabajar en ningún sitio porque no vales nada.”

Otros se quedaban al lado de la mesa, o respondían:

“Basura lo será tu madre,” le dijo uno, un tal Yacov Segal.

“Vale, vete de aquí, no debes hablar así a tu jefe...”

“Me iré cuando me dé la gana.”

“Venga, vete, no tengo tiempo para jodidos como tú.”

Los interesantes eran los que hacían como si nada tras sus insultos.

“Pero si pareces absolutamente asqueroso,” dijo Yarón a David Lapidot, “¿por qué debería cogerte para trabajar aquí?”

“Necesito mucho este trabajo, puedo mejorar, lo intentaré.”

“Mejorar... ¿tú, mejorar? Mira lo que pareces, mira lo feo que eres...”

Precisamente era un chico alto y bastante agradable.

“Ya sé que soy feo, pero soy rápido, muy rápido, sé trabajar, me dedico de lleno al trabajo.”

La conversación siguió así unos momentos, hasta que le dijo:

“Bien, ahora te diré el secreto. En mi cafetería todo el que lo desee podrá gritar lo que quiera a los camareros, el camarero tendrá siempre que disculparse, de todo, de que su madre viva, de todo, ¿de acuerdo?”

“¿Y el sueldo?”

“El sueldo base más el veinte por ciento de la caja a repartir entre los camareros. Los precios serán altos en comparación con otros establecimientos.”

“No sé...”

“Puede ser mucho dinero, si el negocio marcha.”

“Probaremos.”

“Quiero un equipo pequeño y coordinado.”

Llegó el día D. El primer día entraron tres personas. Yarón les entregó un elegante prospecto con explicaciones sobre la cafetería.

Derechos del cliente:

El cliente siempre tiene razón, especialmente cuando no la tiene.

El cliente puede gritar a los camareros y a las camareras. Puede insultar o decir lo que se le pase por la cabeza.

El cliente no puede ni pegar ni meter mano, los transgresores serán seriamente castigados.

El cliente puede insultar al dueño y al responsable de los camareros.

Un cliente insatisfecho es un buen cliente.

A la cafetería Rabia le gustan los clientes que nunca están satisfechos.

Todos los precios están en *shekels* y la propina no está incluida. Aconsejamos no dar propina porque el servicio nunca es suficientemente bueno.

El camarero es su siervo. Hágale correr tanto como quiera, pero recuerde:

El cliente debe pagar incluso lo que devuelva a la cocina, aunque tenga razón. Razón y rabia no pueden ir juntas.

Recuerde: Echar fuera la rabia cuesta dinero. El momento de pagar puede ser crítico.

Al principio la gente estaba indecisa. “¡Eh, maniaco!” – gritó al camarero una chica joven con una ligera risa socarrona “¿Has visto este huevo frito? Cámbiamelo inmediatamente y deja de sonreír así.”

“¡Estúpida!” – dijo el hombre encorbatado “¿Por qué no te vas a hacer la calle? Más te valdría.”

Antes de una semana los ‘Derechos de los clientes’ se habían publicado en todos los semanarios locales y la gente empezó a afluir, al atardecer se formaba una larga cola junto a la cafetería.

“Es caro, pero cada céntimo gastado vale la pena,” le decía Shmuel a su acompañante, cuando de pronto una camarera estalló en llantos mientras tras ella un hombre de piel morena le gritaba: “Lástima que no liquidaran a tus padres en el holocausto, asquenazita apestosa, también yo te habría asado si hubiera podido.” Shmuel quiso pegar al hombre, pero enseguida se abalanzó sobre él un guardia de seguridad: “Todo menos golpes, ¿entendidos?”

“Pero si lo que le ha dicho es peor que los golpes.”

Entretanto el hombre de piel morena miró a su acompañante y le dijo, “hubiera pagado mil *shekels* para decir lo que he dicho, por dos cientos me ha salido barato.”

“Palurdo asqueroso,” le dijo Shmuel.

La acompañante de Shmuel le hizo una señal y se marcharon.

“¿No sabes quien es?”, dijo. “Es Yacov Benguigui, el poeta marroquí más famoso del país.”

“Publicaré lo ocurrido en el periódico. Todos los marroquíes son la misma basura.”

Las ganancias de Yarón aumentaban a gran velocidad, pero empezaron a salir problemas por todas partes. La gente insultaba a los judíos religiosos, a los de izquierdas, a los árabes, a los marroquíes, a los curdos y a los asquenazíes. Las frases más frecuentes eran “lástima que no terminaran con vosotros en el holocausto,” “hay que quemar a todos los árabes”, “¡eh, babuino! ¿De qué cueva de Marruecos has venido?” Y otras similares.

Y estos son los problemas que provocaron:

Políticos: Los políticos empezaron a dar su opinión sobre la decadencia de la sociedad israelí y sus escasos valores. Se propuso una ley para cerrar la cafetería.

De seguridad: Cada vez se precisaban más vigilantes para evitar conflictos.

De dinero: Cada vez había más dinero y todo el mundo quería trabajar en la cafetería Rabia. Se esparció el rumor que los camareros ganaban más de veinte mil *shekels* al mes.

Yarón tuvo amenazas de muerte.

Solicitudes de clientes: Principalmente pidiendo otros espacios donde los camareros pudieran gritar a los clientes y no al revés.

Intentos de compra: Algunas compañías internacionales se interesaron por la compra de la idea y por la creación de una franquicia internacional: Rabia.

La mujer de Yarón: Dana empezó a sentir rechazo hacia Yarón, aunque, por otro lado, estaba satisfecha de la gran cantidad de dinero que entraba en casa y que en algunos meses la había hecho más rica que sus padres. Echó a su madre de casa.

Hubo otros problemas, pero Yarón afirmaba con desprecio que “eran problemas normales asociados al éxito...”

EL CUARTO DÍA

Yosef Ruti, éste fue mi nombre más famoso, puedes verlo en los libros de historia. Lo último que un hombre como yo necesita es ser famoso o conocido, es como el que se busca problemas difíciles de llevar. Siempre tuve dinero, a partir de los primeros cien años en los que fui carpintero de la nobleza. En mi casa había muchas monedas de oro y de plata que sabía guardar bien en toda clase de escondites, en Sefarad y en Marruecos.

Principios del siglo XVII, Portugal, Lisboa. En la ciudad vivía una gran comunidad de marranos, porque tras las revueltas de comienzos del siglo XVI algunos centenares de niños habían sido capturados y bautizados por orden del rey. Los judíos consiguieron llevar una vida múltiple, de marranos – judíos dentro de casa, inclusive la oración en la sinagoga– y de cristianos de cara a fuera, cierto número de los cuales incluso iba a la iglesia los domingos. Judíos el sábado y cristianos el domingo.

El problema era que aquellos marranos empezaron a olvidarse de su judaísmo, y algunos ya se casaban con cristianas. Por otra parte, la Iglesia y el rey decidieron exigir a los judíos que abandonaran el período de transición que les habían prometido y decidieran si querían ser cristianos y vivir como todos en Portugal, o judíos, en cuyo caso deberían abandonar el reino. Pero abandonar el reino no era un asunto trivial. ¿A dónde ir? ¿A Sefarad? ¿Al mar, que en aquellos tiempos estaba lleno de piratas y en el que había muchos peligros? Comprendí la importancia del momento ya en el año 1580 y me puse manos a la obra para salvarles. En el fondo se trató de la primera Agencia Judía, y gracias a esta actividad tú estás vivo y eres judío.

Cogí una buena parte del dinero que tenía y me hice un nombre de comerciante próspero, y entonces fui a ver al rey para proponerle comprar toda la cosecha de cereales de su reino a buen precio. Cogí los cereales y los repartí por toda Europa, vendiéndolos principalmente a Portugal, a Inglaterra –que entonces era la propietaria de Tánger– y al Vaticano. Así fue como creé sólidas relaciones con todos los que podían influir sobre mi rey. Hice esto durante algunos años seguidos, con lo cual gané no poco dinero y me convertí en uno de los comerciantes más famosos de la época. Entraba y salía a voluntad en la corte del rey de Portugal, Alfonso III, en la del rey de Marruecos, Abd al-Rahman, así como en las del Papa y del rey de Inglaterra. Así fue como, a partir de 1600, empecé a

llevar judíos desde Portugal a Tánger en mi barco. Llegaban a Tánger y de allí huían rápidamente hacia Tetuán o hacia Fez, donde los judíos estaban organizados para recibirles, satisfacer sus necesidades e instruirles sobre el judaísmo correcto y verdadero. Al clero portugués no le gustaba lo que yo hacía, así que intentó con todas sus fuerzas detenerme y convencer al Vaticano de que pusiera fin a mis actividades. No pudieron porque tanto el Vaticano como el rey de Portugal, que dependían de mis servicios para poder suministrar cereales a sus súbditos, me habían otorgado un pasaporte especial. En realidad, era imposible hacerme nada. Yo era la zona comercial libre de un solo hombre.

A lo largo de tres años trasladé a casi todos los judíos que quisieron marcharse. Quedaron algunos cristianizados que no quisieron. Así nació la Tetuán judía. Había existido una Tetuán de piratas en el siglo XIV, pero había sido arrasada, y sólo con la llegada de los judíos en los siglos XVI y XVII, Tetuán volvió a florecer, a ser de nuevo una ciudad.

Cómo desaparecí aquella vez es una historia divertida. Por aquél entonces, yo tenía tantos enemigos que me busqué un doble al que le pagaba bastante para que despistara a mis perseguidores. Un día, al volver de Gibraltar, me encontré con que el hombre se había apropiado de mi personalidad diciendo a todo el mundo que él era yo. Solamente mi mujer hubiera podido saber que no era cierto, pero hacía un año que había muerto. Ocurrió cuando yo ya había terminado de trasladar a todos los judíos, así que dejé que él se aprovechara de todo. Lo único que yo quería era desaparecer y me fui a Tetuán como si hubiera sido uno de los marranos. Menos de un año después se supo que el nuevo rey de Marruecos había decidido confiscar todos los bienes de Yosef Ruti y condenarle a muerte. Las gentes dijeron que mi doble se volvió loco y que ante el patíbulo se puso a gritar que era musulmán, que él sólo me había suplantado. Parece que así fue como me libré de la muerte. Quién sabe, quizá si no se hubiera dejado ver no le

habría pasado nada, quizá éste fue su castigo.

Fue en aquella época cuando empezó la saga de los Benzimra a la que tú perteneces. Me casé con la primera Sol, la cual me dio siete hijos y tres hijas, de donde salen todos los Benzimra. Entonces, simplemente desaparecí en una expedición comercial, algo muy frecuente en aquellos tiempos.

¿A DÓNDE TE LLEVAN, HIJO MÍO?

No lo sé, un pañuelo cubre mis ojos. El viaje es largo.

¿Ves el agua?

Oigo el agua.

Donde haya agua no podrá quemarte el fuego.

Me quema la memoria.

¿Qué ves en el pañuelo?

Veo las dos únicas palabras en hebreo que mi madre me enseñó, *Shemá Israel*.

Pronúncialas cada día para recordarlas, y enséñalas a tus hijos, ellas de conducirán de nuevo a tu pueblo.

No podré volver, papá, sabes muy bien que éste es un camino sin regreso, no es un círculo, no tiene salida.

EL PADRE

Cada día me juzgo. ¿De verdad hice lo correcto decidiendo volver a Málaga? Para que mis hijos fueran judíos. ¿Qué más podía hacer? En Israel, preguntara a quien preguntara, siempre me encontraba ante una pared, todo lo que intenté fue como tropezar con cosas imposibles. Samuel me preocupa mucho, pero tal vez sea bueno, la gente dice que cuando un muchacho va al ejército se entera un poco de lo que es la vida y se hace un hombre. Se pasa el día dando tumbos con toda clase de amigos, yendo a la playa, y de la playa a casa, a saber si será capaz de

terminar el bachillerato. Cuánto puede un hombre sopesar todos los pasos que da, ya no puedo arrepentirme. Ahora estoy aquí y aquí moriré, me enterrarán en Málaga, que está más cerca de Tetuán que de Jerusalén, quién sabe, tal vez también un día nos expulsen de aquí, tal vez esto se convierta en el mercado común del nuevo nazismo, nos expulsaran de modos distintos, siempre nos ha ocurrido como no esperábamos. Creíamos que si la influencia del cristianismo en Europa se debilitaba, el antisemitismo disminuiría. Pero precisamente cuando el cristianismo se esfumó apareció un nuevo antisemitismo, científico, demoníaco y pagano, en comparación con el cual el antisemitismo cristiano fue un juego de niños. Y ahora pensamos que si Europa se unifica disminuirá el peligro para las minorías, en especial para los judíos. Pues no, no, no podemos estar seguros de nada. Los judíos comunistas también creían que en un estado laico estarían protegidos, y entonces también empezó el antisemitismo comunista. La expulsión, la muerte y el nomadismo nos esperan a cada esquina, los llevamos con nosotros igual como llevamos un monedero en el bolsillo, y si yo creía que la respuesta podía ser Israel, éste también fue motivo de otras migraciones, del retorno a Sefarad. ¿Quién podía imaginárselo, allí, en Tetuán? Mi madre ya me decía, “Israel no es para nosotros. Es un estado bonito, un bonito país, pero no es para nosotros. Nosotros sólo podemos vivir en Sefarad.” Parece que, como siempre, ella, senil a medias, tenía razón. Era vieja, pero tenía razón. Los dos años que pasé allí perdiendo el tiempo son para reírse de uno mismo. Hiciera lo que hiciera era un motivo más de humillación. Todo me humillaba, incluso ir a una cafetería, pedir una pizza o un plato combinado. Subir al autobús, ir en coche, ver como la gente se apretujaba en estos pedazos de metal poniendo su vida en peligro para demostrar que no es estúpida, todo me humillaba. Me sentía asfixiado durante todas las horas del día. Pero tal vez, como dice Coti, fui demasiado egoísta y sacrifiqué el futuro de mis hijos en favor de mi bienestar, tal vez aquí,

dentro de una o dos generaciones ya no serán judíos. Pero tras vivir dos años en Israel me pregunto ¿por qué es tan importante ser judío? ¿Qué han hecho de este país? ¿Para esto se han mantenido judíos durante dos mil años, para crear este gran desbarajuste? Tal vez sí, tal vez en realidad éste sea el logro, no lo sé. Tal vez sea éste el logro. No veo que este pueblo sea tan inteligente, al menos como pueblo, todo lo hace al revés o en contra suyo. Una cosa es cierta, de todo ese barullo han salido algunos personajes importantes para la humanidad, y justamente son medio judíos, incluso menos. Justamente cuando se asimilan o su contacto con el judaísmo es escaso, salen grandes judíos como Freud, Jesús, Teresa de Jesús o quizá Cervantes. Puede ser que la tensión con los sentimientos de culpa que hace que se aparten un poco más del pueblo judío, sea lo que produzca la genialidad judía. Ciertamente durante estos cien años de sionismo ni uno solo de nuestros escritores se ha hecho merecedor de renombre mundial, mientras que en los países de la diáspora han florecido decenas de ellos, ¿no es sorprendente? Generalmente, las revoluciones nacionales hacen surgir grandes escritores, pero aquí ocurre precisamente lo contrario. Quizá lo que nos dio a un Bashevis, a un Woddy Allen, a un Bob Dylan, a un Edmond Jabès y a un Allen Ginsberg, fue precisamente que, sintiéndose culpables por no haber participado en la revolución sionista, se pusieran a crear en la línea de sutura que existe entre judaísmo y asimilación. Seguro que mi hijo Samuel se habría desmayado si hubiera sabido que una vez soñé en ser poeta, pero ya no lo seré. Comerciaré con mis telas en la ciudad de Málaga, como siempre ha hecho la familia Benzimra, comerciantes de tejidos por generaciones. He cerrado el círculo, de Tetuán a Jerusalén y de vuelta a Málaga para ser comerciante de tejidos. ¿No es esto una cosa de los más extraña, como si uno no pudiera renunciar al destino? ¿Acaso mi hijo será también comerciante de tejidos?

PARTICK

Nací en Orán, mi padre nació en Orán, mi madre nació en Orán, pero yo soy de Tetuán. Ni siquiera puedo decir que sea un emigrante. Nadie de la familia puede pensar que somos franceses ni cualquier otra cosa que tetuaníes. Aunque viviéramos tan lejos de Tetuán, en el fondo, no tanto. Mi abuelo, Samuel Benzimra, hijo de Mesod Benzimra y de Clarita Yovel, abandonó la judería en 1866. Cuatro años después de que los españoles regresaran a España. El motivo era bien simple, en la judería ya no había sitio y no permitían que los judíos construyeran casas nuevas. Las calles cada vez estaban más atiborradas de gente, así pues, los ricos que podían comprarse una casa en Tánger, en Gibraltar o en Orán se fueron de la ciudad. Y los pobres, los que no podían comprarse una casa, tuvieron que irse a lugares lejanos. Cada cierto tiempo estallaba alguna epidemia, la llamaban diezmo, porque debido a ella moría la décima parte de la población judía.

Si algún amigo me lee ahora, si sabe español o si algún día traducen mis obras al francés, seguro que pensará que estoy loco. ¿Qué tengo yo que ver con el español? ¿Qué me ha pasado para que me haya puesto a escribir la historia de mi familia en español, la historia de una familia ladina? ¿Por qué no escribe en francés? Pero si Partick es muy francés, ¿qué le ha dado con el español? Seguirán repitiendo que nació en Orán, que crecí y estudié en colegios franceses y que vivo en París desde los seis años. Este libro será la explicación para mis amigos y seres queridos.

¿Por qué, a los treinta y ocho años, abandono un idioma que conozco muy bien y vuelvo, mejor dicho, y me pongo a estudiar desde el principio la lengua en la que hablaron mi abuelo y mi abuela? Ni siquiera tengo la ‘ñ’ en la máquina de escribir, y me hago un lío con los acentos y con las ‘z’ y las ‘s’,

alguien deberá corregir todo esto; después de haber pasado muchos años en París y dos en Israel, después de haber estudiado en escuelas judías, ahora, en este pequeño estudio de la calle Pereire, un sexto piso sin ascensor, cada mañana bajo a comprarme un croissant, en español lo llaman media luna, no sé porque me rompo la cabeza durante las pocas horas libres de que dispongo, intentando escribir un libro en español, como si no hubiera suficientes libros en español.

Quiero volver a oír las canciones que mi madre me cantaba para dormirme, quiero escuchar a mi abuela contándome historias de Tetuán en una mezcla de español francés y haquetiya.

Quiero volver a oír las palabras que me tranquilizaban, palabras en haquetiya imposibles de traducir a ningún idioma.

Es lo que hago cada día después del trabajo, vengo aquí y escribo todas las palabras en haquetiya y en español que escucho, todas aquellas palabras que me hacen sentir unido a Orán, a Tetuán y a Granada. No puedo decir que esto tenga sentido, como tampoco lo tiene el siglo XX. Ni la historia de la humanidad. No entiendo por qué mi bisabuelo no volvió a Tetuán o, como muchos hicieron, a España. ¿Para qué? ¿Para que su biznieto siguiera hablando en español en un estado árabe-musulmán gobernado por franceses y con una mayoría de ciudadanos de habla francesa? No entiendo a los españoles. ¿Por qué, como pensaban muchos, no otorgaron la ciudadanía española a los judíos de Tetuán en el siglo XIX? Aquellos judíos todavía veían en la reina de España a su reina. Todavía veían en Isabel, la última católica, una fuente de autoridad. Y esto a pesar de que fueron echados como caballos de tierra española. Hay muchas cosas que no entiendo, en especial los dos años que pasé en Israel. Mis padres me mandaron allí, pero ellos se quedaron en Francia y ahora, jubilados, pasan la mayor

parte de su tiempo en España, no en Israel como muchos argelinos cuyo sionismo se resume en quejarse de los que se van de Israel y en pasar su jubilación frente al mar, en Netania o en Tel-Aviv. Nunca he comprendido qué hago yo en Israel, y mucho menos por qué todo me resulta tan extraño, porque siempre he sido sionista, pero todo estaba orientado hacia un lugar inapropiado. Lo comprendí cuando leí un librito de Marcel Cohen en ladino, comprendí que, en el fondo, lo que yo quería era ir a España, no a Israel. En el libro, Cohen cuenta que a comienzos del siglo unos delegados sionistas habían ido a Salónica y que en su posterior informe dijeron que era imposible convencerles de que emigraran a Israel porque lo que querían era volver a España.

Y hoy yo quiero volver al español. La lengua es mi territorio, puedo llevarme la lengua española a cualquier parte. Mi español puede subsistir sin la Inquisición, es un español sin cristianos, sin marranos y sin persecuciones. En mi fuero interno puedo poner en pie una España que no fue y que mantuvo su lengua por los caminos de la diáspora, por esto he leído a todos los escritores que más me gustan en español, a Borges, a Huidobro, a Vallejo, no en traducciones al francés, o al inglés, una lengua neutral que utilicé para escribir mis primeras poesías influenciadas por Bob Dylan. También he escrito algo en hebreo, una lengua que siempre he sabido, incluso tal vez la primera lengua que vi escrita en la sencilla sinagoga de Tetuán. Pero solamente con el español siento las palpitations del idioma, su pasado y su futuro.

SAMUEL

¿Quién lo iba a creer? En realidad, ¿quién no lo iba a creer? Vivíamos nuestra vida cotidiana y olvidamos con quien nos las teníamos que ver. Creíamos que los Sasportes eran lo bastante fuertes para protegernos. Aquí estamos, en el mismo barco eterno, en el Mediterráneo eterno, en 1669, y otra vez se trata de los españoles que ahora nos echan de Oran. ¿Ahora a dónde? ¿A Tetuán? Dicen que tampoco allí se puede llegar. Los españoles y los piratas están al acecho en todos los rincones de la costa cercanos a Gibraltar. Barcos españoles, como si nosotros fuéramos el enemigo, no ellos. A lo mejor, sin saberlo, nosotros somos los piratas. Somos los piratas teológicos de los cristianos, vayan a donde vayan tropiezan con nosotros, que creemos en nuestra religión y en nuestro Dios y que no nos postramos en vano e inútilmente. Dicen que vayamos a Niza, a Italia, siempre en el Mediterráneo, Málaga, Oran, Tetuán, Niza, Yafa, Acre, ¿por qué no ir ya a nuestra tierra? Sería mejor morir allí que seguir deambulando por todas partes. Mi padre solía decirme que los tiempos cambiarían, que llegaríamos allí, a nuestra tierra, se refería a España. Decía que si en Oran nos llevábamos bien con ellos, podríamos volver a vivir juntos. Tuvo la suerte de morir con su esperanza, tres meses antes de aquella súbita expulsión, qué bien que no nos vio en este barco de piratas, de nuevo hacia el exilio, hacia una nueva ciudad en la que edificaremos nuestra vida y de la que expulsarán a nuestros hijos y nietos.

EL ABUELO CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

No entiendo por qué ha tenido que explicarme esto ahora, momentos antes de ser movilizado. O tal vez sí lo entiendo, pero esto no lo justifica. Quería vengarse de mamá y yo volvía a ser la víctima. ¿No podría haber vivido siempre sin este conocimiento estremecedor? ¿Cómo podré mirar ahora a mi madre? ¿Acaso tiene ella la culpa? No, ella no tiene la culpa de nada, sino su padre. ¿Por qué tiene que ser ella la responsable de los actos de su padre? ¿Por qué tengo que atormentarme yo ahora con esto? ¿Acaso es imposible borrar este conocimiento? ¿Echarlo a la papelera de reciclaje y mandarlo al diablo?

No. Es imposible. A partir de este momento sé que soy un descendiente de... no soy capaz de decir mentalmente la palabra, no soy capaz de pensar estas palabras. Quizá debería haber comprendido que algo no iba bien cuando, a los cuatro años, demostré mucho interés por lo que los alemanes habían hecho y entonces mamá me daba unas respuestas extrañas, pero no podía pensar que mi abuelo... Me habían dicho que no se sabía quien era mi abuelo, ahora sí se sabía. A veces mamá se alegraba mucho de que yo leyera tanto sobre los nazis, a veces me decía que no tenía que hacerlo, “es un tema morboso, mejor olvidarse.” Otras veces decía lo contrario, “no hay que olvidarse, no hay que olvidarlo. Es preciso tenerlo siempre presente.” Y otras: “¿Ya estás de nuevo leyendo libros sobre el holocausto nazi?”

Evidentemente, entonces yo no daba demasiada importancia a aquello, sólo hoy, a posteriori, lo relaciono todo. ¿Cómo hablar ahora con mamá? ¿En qué es distinta?

Había decidido no tocar el tema con ella, pero es lo primero que hice cuando la vi.

“Papá me ha hablado del abuelo.”

Ella se calló durante un buen rato.

“Tal vez sea mejor así. Ahora ya lo sabes, y yo me he

sacado un peso de encima. Ya no debo tener miedo de que un día te enteres. Como me sucedió a mí, cuando un día, paseando con mi padre por las calles de Sao Paulo, alguien le gritó ‘¡Nazi! ¡Eres un nazi, mataste a mi hermano, me acuerdo de ti, Dr. Steiner!’”

“¿Steiner?”

“Helmut Steiner. Así se llamaba. Yo tenía diez años y ya sabía lo que significaba la palabra nazi. Mi padre era nazi.”

“¿Qué ocurrió entonces?”

“Mi padre no quiso arriesgarse, así que enseguida nos trasladamos a otra ciudad, más pequeña, y allí fue médico hasta el final de su vida.”

Ella volvió a guardar silencio.

“A partir de aquél momento mi vida cambió, y cuando aprendí a leer, a los doce años, sólo me interesaron los libros sobre el holocausto y sobre el judaísmo.”

“¿Cómo era él?”

“¿Tu abuelo? Era un hombre alto y muy distinguido, un padre muy bueno, no recuerdo que nunca me gritara ni que me dijera que algo que yo había hecho no estaba bien, pero muy pronto comprendí que esto no valía para nada porque se trataba de un asesino de cientos o de miles de personas.”

“¡¡¡Mi abuelo un nazi!!! No podía creerlo, y además, un nazi distinguido... Ni siquiera soy capaz de pronunciarlo. ¿Y ahora qué? ¿Soy nieto de nazi o judío israelí? ¿Quién soy yo ahora?”

“¿Es como descubrir que tu madre fue una puta?”

“¿Qué estás diciendo? ¿Qué tiene esto que ver? ¿También fuiste puta?”

“No, no te preocupes. No lo fui. No sé porque lo he dicho, lo siento mucho, me he pasado.”

“¿Qué hizo él allí?”

“Era médico. No lo sé todo porque él no me hablaba de aquello. Lo único que siempre me repetía era que ‘las cosas no son tan fáciles.’ Y siempre me decía que si tuviera que volver a hacer lo mismo, no sabía si podría actuar de forma distinta. No

tenía dinero para huir, era un joven médico que venía de una familia no demasiado rica, así que lo más sencillo era ser médico militar.”

“¿No salvó a ningún judío?”

“No, no era un héroe, hizo lo que le decían, mandaba a la muerte a los enfermos y a trabajar a los sanos. Era un pequeño tornillo del engranaje.”

“Un tornillo, tal vez, pero ¿pequeño? Allí no había tornillos pequeños, se trataba de una máquina con tornillos grandes.”

“Y entonces, a los dieciséis años, comprendí que necesitaba ser judía, fui a ver al rabino de Sao Paulo para decirle que tenía que ser judía, tenía que serlo, había leído la historia de los nietos de Aman que se convirtieron al judaísmo cuando su abuelo quiso aniquilar al pueblo judío, y entonces lo comprendí, comprendí que había un único camino: ser judía. Se lo dije a mi padre. Él no dijo nada. Desde aquél momento se calló. Creo que estaba de acuerdo conmigo. Recuerdo que le dije, ‘me convierto al judaísmo porque el pueblo judío tiene razón, es el pueblo que más razón tiene en la tierra.’ De acuerdo, aquella fue una explicación excéntrica, pero era lo que yo entendía. Desde aquél momento no volvió a hablar conmigo. Él casi no hablaba, con nadie. Tres años más tarde, la semana que hice la ceremonia de mi conversión, murió de un paro cardíaco. Un año después emigré a Israel.”

“Mamá, ¿puedes dejar de hablarme de estas cosas? Cuantas más me cuentas más sorprendente me parece todo.”

EL QUINTO DÍA

Ven, hoy te pondrás las filacterias. Estas filacterias las escribió el mismo *Rashi*. Desde entonces son mías, ninguna letra se ha deteriorado ni borrado. Un gran milagro. Mira, son pequeñas, no grandes como las de hoy. Son unas filacterias auténticas. Cógelas, así, la tira de cuero con la mano izquierda, veo que por lo menos sabes ponértelas como es debido, no como tu primo que estudió en una escuela laica en Israel y tuve que enseñarle a ponérselas, y dicen que es el país de los judíos. En la diáspora no había un solo judío que no supiera ponerse las filacterias, ni siquiera un deficiente mental. Tal vez los hubiera en Asquenaz, pero no entre nosotros, no en Sefarad, no en la cordillera del Atlas, incluso los sordos sabían cómo hacerlo. Aquí tienes el libro de las oraciones, el *Sidur*, lee el *Shemá*.

Son tuyas, estas filacterias son tuyas, son un regalo de un abuelo lejano, os veo, a ti y a mi hijo, veo a muchos hijos míos, todos parecidos, las filacterias son tuyas, para siempre. Tienes que cuidar de ellas más que si fueran de oro. Una vez tuve unas que las había hecho nuestro rabino *Tam*, pero las perdí, así que guárdalas bien y pónelas cada día, y cuando los malos espíritus quieran apoderarse de ti o alguna catástrofe aceche al mundo, simplemente muéstraselas y todo pasará. Así me ocurrió en la selva del Amazonas, cuando iba a visitar a un hijo anciano, me encontré frente a tres leones babeando y entonces saqué las filacterias y los leones retrocedieron, también ayudan con las serpientes. En particular me ayudaron mucho cuando un grupo de indios decidió matarme porque era blanco, me dejaron solo en una tienda, y allí me puse las filacterias y me quedé esperándoles, y cuando vinieron se pusieron a llorar y a dar alaridos, y se fueron a ver al jefe de la tribu, y entonces empezaron a darme honores de rey y a tocar las filacterias. Así me salvé muchas veces, de ladrones, de piratas, de cristianos,

de musulmanes y de paganos. Así me salvé innumerables veces.

Si estás a punto de preguntar algo, no lo hagas, jamás hasta hoy estas filacterias se han separado de mí, es la primera vez que las entrego a alguien. Seguro que entiendes por qué. Estoy a punto de abandonar el mundo, nadie puede vivir mil años, un día de Dios, además me duelen las articulaciones, ya he pasado los años cuarenta, cincuenta y sesenta desde la última crisis de limpieza, que fue la más dura de todas, y esto significa que no renovaré mis días como antes, que no volveré a ser joven, ahora soy como cualquier persona, viviré un año más, o veinte, y moriré. A veces me parece que mil años son demasiados para vivirlos, a veces me parece que no son suficientes, que todavía me quedan muchas cosas por hacer. Un hombre no abandona el mundo con su media pasión en la mano. Supongamos que después de mil años tengo tres cuartas partes de mi pasión en la mano, pero todavía queda una cuarta parte, y esta cuarta parte aumenta de año en año. He tenido una vida plena, a pesar de verme obligado a ir de un lugar a otro, como Caín, sin ninguna señal en la frente, eran éxodos de compasión y sin justicia, a pesar de todo, quien no nace y muere en el mismo lugar no tiene consuelo. Tal vez me vaya a Lucena para morirme allí. Tal vez muera aquí dentro de una semana, frente al mar. Sea como fuere, tú vendrás a mí siete días antes que yo entregue mi alma.

Tú crees que con los años sabrás más, pero lo que sabes no puedes explicarlo ni transmitirlo, y de lo que no sabes puedes hablar durante horas. Tienes que saber que los maestros que saben nunca te hablarán de sus conocimientos, tal vez permitan que comprendas por ti mismo, si son buenos maestros. Toma, también te doy la bolsa de las filacterias, lleva la inscripción de Shmuel Benzimra, mi hijo y uno de tus abuelos lejanos. Todo está cosido a mano, letras blancas sobre una tela blanca, todo

en pura seda. Ahora tienes la gran responsabilidad de conservar las filacterias y la bolsa para las generaciones futuras. Estoy muy cansado, por todo lo que he visto y por lo que no he visto, éste es el siglo que me ha cansado más, tal vez porque ya no tengo fuerzas para seguir aguantando tantos cambios, cambios sin fin. Lo más difícil ha sido la creación del Estado de Israel, todas las esperanzas se fueron al traste, fue el peor golpe que hemos recibido desde la expulsión de Sefarad, de señores pasamos a esclavos, por esto tu padre regresó a Málaga. Pero eso tú ya lo sabes, no puede soportar la humillación, las miradas, las frases vergonzantes, pero yo sé que tú volverás a Jerusalén, y tú también lo sabes, hay que perdonar, pero ¿hasta cuánto puede uno perdonar? Perdonamos a los cristianos, incluso a los alemanes, pero no sé cómo podremos perdonar la humillación de los asquenazíes. Es posible que el sionismo sea la causa del dolor de mis articulaciones, precisamente él, no el holocausto, ni la expulsión, ni el sacrificio de Lucena, precisamente, entre todas las cosas, el sionismo se ha convertido en el dolor más agudo. Pero no quiero hablar contigo de esto, porque seguro que ya lo has oído muchas veces por boca de tus tíos y de tu padre, incluso de tu madre, que siempre lo ve todo de color de rosa. No es de esto de lo que quiero hablar contigo.

Aléjate de la rabia como del fuego, aléjate de los asquenazíes si quieres conservar el alma pura y aléjate siempre de la mentira. Esto sólo te causaría más dolor y más golpes, cuando lo veas ante ti, simplemente huye, no intentes vencerles, la guerra es su pan, la lucha contra el dolor es lo que provoca el dolor, la lucha contra la mentira provoca más mentiras y la lucha contra los asquenazíes provoca más humillaciones. Cuando les veas paseando por una acera, vete a la otra, saluda con educación y sigue tu camino.

Cuando quieras casarte ves a buscar entre las chicas de

Tetuán, y sólo si no encuentras ninguna ve a buscarla al norte, y no abandones la búsqueda hasta encontrar a la mujer que deba acompañarte, la encontrarás. La desesperación es lo que da sombra, así que no la dejes crecer, porque al final la sombra te cubriría.

Hubo tiempos en los que cada día veía gente muerta, tiempos de peste, a veces cuatro conocidos míos murieron en un solo día, mis esposas murieron en mis manos, mis hijos en mis brazos, y yo estaba entre ellos sin poder morir. En aquellos días la muerte era un consuelo, en aquellos días la muerte era una coraza frente al sufrimiento de ver como morían todos. Sé que muchos no murieron a causa de la enfermedad, sino para no ver más muertos. Yo los recogía, con paciencia, especialmente a los pequeños, me los llevaba al cementerio, y allí cavaba para ellos una tumba, no sabía el nombre de todos, pero lo ponía. En menos de un mes enterré a cuatro hijos míos y a mi mujer. Pero siempre, Samuel, tienes que saber que siempre hay unos cuantos sobreviven a las calamidades y siguen multiplicándose, y en nuestra familia estos siempre se llaman Shmuel o Samuel, por algún motivo son los más fuertes, y tú estás hecho de los fuertes. A lo mejor no siempre, porque un tío tuyo llamado Samuel murió joven, esto también pasaba, pero yo veo que tú, Samuel Benzimra, eres de los fuertes. Estás hecho de una materia dura y nadie puede contigo.

Y hubo días hermosos y radiantes, cuando fui carpintero de reyes y de nobles, en Sevilla, allí pude ganar cada día cinco monedas de oro por las mesas y las sillas que para ellos creaba. Algunas están ahora en museos y palacios. Este dinero es el que salvó a tu familia, en Portugal, siempre lo guardé bien escondido debajo de un olivo. Porque el olivo no roba, al contrario, da aceitunas y aceite en abundancia, el olivo es un árbol generoso que vive muchos años y los espíritus malignos no se le acercan. Bien, esto era hasta no hace mucho tiempo, el olivo era el árbol más fuerte, pero en la actualidad, por culpa de

las industrias, incluso lo olivos enferman, tienen enfermedades del mundo moderno. Menos que los otros, porque es el más fuerte, pero también está enfermo.

No te preocupes, dentro de unos días lo comprenderás todo, y entonces podrás ir a jugar al mar, qué maravilloso sería que este mar fuera hoy un mar de juegos. Antes zarpaban de aquí barcos de guerra, por el mar navegaban barcos de piratas que nos atemorizaban, antes las costas estaban llenas de nuestros judíos que iban en busca de un nuevo lugar de refugio y se hundieron en el mar. Entonces el mar era el cementerio judío más grande, hasta que llegaron los alemanes y convirtieron nuestras cenizas en fuente de nuestros pensamientos. Pero entonces, ¿quién sabía que incluso ser devorado por un ser humano podía ser una muerte aceptable? El *Talmud* dice que hay novecientas tres clases de muerte, de modo que no somos iguales ni siquiera ante la muerte, hay novecientas tres clases de muerte, y nuestro pueblo las ha probado todas, nos ahogamos en el mar, respiramos gases, nos cortaron la cabeza, quemaron a nuestros hijos y se los comieron, qué no hicieron con nuestras vidas. Y he aquí que después de tantos y tantos años cayeron los grandes griegos, cayó Babilonia, y Asiria, y Roma, y el Imperio británico, y Francia, y nosotros somos la quinta gran potencia nuclear del mundo. Nosotros sobrevivimos, unos pocos judíos, llevándonos cierto libro, a él no renunciamos. Nunca, Samuel, hijo mío, nunca renuncies al Libro, llévatelo allí donde vayas, da igual si eres religioso o laico, no renuncies al Libro. Él es lo fundamental, de él te nutrirás, tanto si lo conoces como si no, de él sacarás el aire para respirar, no de los gentiles, de él saciarás tu sed, no del grifo, de él comerás hasta saciarte, no de los árboles. Llévelo siempre contigo, además de las filacterias y de la bolsa. Es el Libro.

No te estoy sermoneando, hijo mío, ahora eres joven, sé que dentro de una hora habrás olvidado mis reproches y recomendaciones. Los jóvenes no pueden aprender de los

viejos hasta que no experimentan las cosas por sí mismos, y ahora, cuando las generaciones se han embrollado y a veces los jóvenes saben más que los viejos, con mucha más razón. Sé que te estoy aburriendo, que preferirías escuchar historias sobre reyes y sobre el Amazonas, pero también sé que un día, en el campo, bajo un olivo, dentro de unos cuantos años, un día recordarás lo que hoy te he dicho, y entonces dirás, ahora comprendo lo que Lucena me dijo.

SHABAT SHALOM

Menashé Benzimra salió de la sinagoga enfadado porque su hijo Samuel había llegado casi al final del oficio. Lo único que ahora no le apetecía era llegar a casa. Era la una del mediodía y no tenía ganas de que su mujer intentara ir tras él para calmarle, cosa que le ponía muy nervioso. Otro sábado sin fumar, ¡asco de sábado! Lo que ahora necesito es un cigarrillo, ¡vaya fastidio! Se dirigió al bar contiguo a la sinagoga, el ‘Océano’, y en cuanto llegó ya le saludaron con un “buenos días, señor Benzimra.” El camarero, que ya le conocía, le preguntó si quería una tapa de calamares. “Sí, y una caña, por favor.”

Enseguida se le unió otro de los que asistían a la sinagoga, Yitshak Wahnish, que también pidió calamares y un vaso de vino tinto.

“¿Tú por aquí?”– le dijo Wahnish.

“Me lo preguntas como si no viniera cada sábado, ¿por qué debería ir a casa?”

“Pensé que tal vez irías a ver a la *sajená*.”

“Hoy no está en Málaga,” sonrió Menashé.

“Pareces preocupado.”

“Es por mi hijo, quiere ser escritor. ¿Lo oyes? Quiere ser escritor, están locos esos jóvenes. Locos, ¿de qué vivirá?” Menashé se acaloraba y Wahnish creyó que debía hacer algo para tranquilizarle.

“No es tan terrible, uno puede vivir de esto, puede escribir en algún periódico o puede ser un artista como Julio Llamazares o García Márquez, o como... hay muchos que viven de los libros, ¿por qué no?”

“¿Hablas en serio? Mira cuántos locos quisieron escribir y no hicieron nada, nada de nada”.

De pronto, el camarero le dijo a Menashé que le llamaban por teléfono. ¿Aquí? – se preguntó. “Soy Marisa, al final no me fui.”

“¿Estás bien?”

“Muy bien, sólo un poco cansada, estaré mucho mejor cuando vengas.”

“Enseguida voy. Extraño mucho tus manos.”

Menashé se despidió rápidamente de Wahnish, el cual comprendió muy bien quién le había llamado y se sonrió, “así que la *sajená* ha vuelto.” Menashé no le respondió y salió a la calle con una sonrisa en los labios. Marisa vivía a unas cuantas manzanas de la sinagoga, a cinco minutos a pie, pero aquel día Menashé se sentía cansado y tardó un poco más de diez minutos. También resoplaba por culpa de los cigarrillos que aquel sábado no pudo fumar.

Ella le abrazó fuerte y él se apresuró a sacarse la ropa. Sin casi decir nada se tumbó boca abajo esperando el masaje de ella en la espalda. Aquél placer era uno de los pocos en el mundo por el que Menashé estaba dispuesto a todo, incluso a soportar las miradas de su hipócrita mujer intentando tranquilizarle. La vida adquiría significado en el momento que Marisa le ponía las manos en la espalda. Empezaba dándole unos golpecitos suaves a ambos lados de la columna vertebral. Menashé soñaba entonces que estaba en una montaña alta, debajo de un gran árbol y rodeado de un rebaño de cabras. Luego ella empezaba a presionarle todo el cuerpo y Menashé casi se dormía. Pero ahora era Marisa la que quería guerra. Le

dio la vuelta y empezó a chuparle delicadamente el miembro. Cuando vio que no se despertaba, hizo lo de siempre, un ligero mordisco. Él espabiló al momento y la vio, desnuda y hermosa, y pensó en su mujer, en la mujer que había sido veinte años antes, en lo bonita que era entonces, en cómo su cuerpo se había estropeado hasta parecer otra, montones de grasa en lugares extraños le habían rellenado el cuerpo, los pechos se le habían caído, su gracia y su pasión habían desaparecido. Lo mismo le ocurriría a Marisa, pensó, dentro de unos años, si se casaba y tenía hijos, y aunque no los tuviera.

“Un poco más de masaje, por favor,” dijo Menashé, aquellos pensamientos le tenían tan ocupado que le impedían la erección. A pesar de que estaba excitada y de que lo único que le pedía cuerpo era que él la penetrara, aceptó, porque siempre consentía a Menashé. Entre ellos no hubo nunca un gran amor, era evidente, pero cada vez que se encontraban se creaba entre ellos una infinita ternura. A ella, él, el hombre maduro, le daba la seguridad de que con él todo le iría bien, y a él, ella le daba la ilusión de que todavía no era un viejo como le quería dar a entender.

Más pronto de lo habitual, Marisa le dijo que tenía que ir a ver a su amiga que estaba enferma en el hospital, y Menashé volvió a encontrarse en la calle a la una del mediodía. Faltaba una hora y media para la comida, y lo único que no quería era ir a casa o encontrarse con su hijo.

De camino a casa, con su paso lento y la respiración entrecortada, se detuvo a tomar otra caña en el bar ‘El Mancebo’. Esta vez pidió una tapa de patatas con mahonesa. Oyó a su madre diciéndole que estaba demasiado gordo, aun siendo todo lo contrario. Al momento entabló conversación con un hombre que estaba sentado a su lado, Paco.

“Dicen que el treinta y uno de diciembre todos los ordenadores dejarán de funcionar.”

“¿Y a ti qué te importa?”

“A decir verdad, me da lo mismo, ni siquiera sé cómo es un

ordenador, pero dicen que no habrá agua. No sé cuando el agua empezó a llegar a través de los ordenadores, ni tampoco la electricidad, pero si no tiene que haber ni agua ni electricidad, sí que me importa.”

“En serio, camarero, dime cuando el agua empezó a llegar a través de los ordenadores, ¿no se mojan?”

“La electricidad lo entiendo, ¿pero el agua?”

“¿Otra caña?”

“Basta de cañas por hoy, venga, te invito a un whisky.”

“De acuerdo, dos whiskitos.”

Éste era exactamente el momento del despeñamiento de todos los sábados en la vida de Menashé, después del whiskito venían dos cañas más, y otras diez tapas de tortilla española, gambas, calamares y, a veces, cangrejos. Paco, que empezaba a interesarse por el tema del agua y de los ordenadores, incluso preguntó a otros hombres que estaban sentados en las mesas sobre aquél tema tan importante, y al final llegó a la conclusión de que el agua llegaba por debajo de los ordenadores. Y las tuberías quedaban apartadas.

“Me parece muy lógico,” dijo Menashé. “Pero de la misma manera podría llegar por arriba.”

“Podría ser, lo importante es que no sea por dentro, eso es lo que yo digo.”

Así siguió la conversación y Menashé se olvidó del almuerzo, hasta que fueron a buscarle. A lo largo de los años Samuel se había hecho un experto sobre los sitios a los que su padre iba a pasar el rato los sábados.

Menashé llegó a casa, su mujer mostraba evidentes señales de enfado. Estaba casi borracho, de modo que no podía dominar su comportamiento. “¿Quién ha tenido que meterte en mi vida? ¿Por qué Dios me castiga? ¿Alguien lo sabe? Y tú, Samuel, ¿aún sigues queriendo ser escritor? ¿Aún? No haces más que darme disgustos, toda la familia, ninguno de vosotros puede ser normal.” Menashé se dio cuenta de que había una

invitada, la hija de su hermano y amiga de Muriel, Sandra. “¿Tú también aquí? Mirad, ésta es una chica que no avergüenza a su padre, seguro que no quiere ser escritora y que quiere ir a la universidad.” Samuel intentó varias veces meterse en la conversación para decirle que había decidido estudiar física, pero le fue imposible. “Vine aquí desde Tetuán para que fuerais buenos y útiles a la sociedad, no para que avergonzarais a mi padre ni a mi abuelo, Samuel Benzimra, el mejor producto del país, una enciclopedia viviente, mujer, tráeme el vino para la bendición, no sé quién allá arriba tuvo la idea de poner mi vida al lado de la tuya, mira lo que pareces, eres como un saco en el mercado, como aquellos enormes sacos de patatas que el moro nos llevaba a casa en Tetuán.” A pesar de la borrachera Menashé se dio cuenta de que se había pasado un poco, vio como Simi, su mujer, estaba llorando, pero ya no podía detenerse. “Mira, mírate, y tú, Luisa, ¿tú también quieres ser escritora? A lo mejor también tú, Salomón, hijo de nuestra vejez, tú que todavía no entiendes nada, y mucho menos en qué familia de locos te has metido, al menos tú todavía no quieres ser nada. Tráeme el vino, y ahora, a callar todos y a hacer el *kidush*.

ALEGRÍA

Los judíos me llaman la cristiana, los cristianos la judía, los marranos no hablan conmigo, sólo los judíos me mantienen. Mi apellido es González, antes Galfón, antes Bibas y antes Benzimra. Vendo carne *kasher*, un negocio que desde hace veinte generaciones se transmite por herencia. No consiguieron acabar con mi negocio ni el de mi familia. Desde siempre es sabido que sólo la familia Golzález puede vender carne *kasher* en Sevilla. Carne sin sangre, sin la sangre de Jesús que está en el cielo, carne con sangre seca de judíos muertos o a punto de morir. Todavía me queda un primo judío, uno que siempre dice

que es de Lucena, me mira con compasión y se apiada de mí y de mi vida de cristiana. Tengo otro primo que se convirtió justo antes que quemaran su casa con su esposa dentro. Él dice que es una santa porque murió por su fe, pero ¿que clase de fe es la que lleva a uno a la muerte? Yo soy cristiana, pero estoy viva. Esto es el judaísmo. Es preferible ser una cristiana viva que una judía muerta. Dios nos ha puesto en este mundo para que honremos la vida que nos ha dado. Cuando todos lleguemos allí arriba sabremos quién tenía razón y quién no. Incluso podría ser que precisamente fuera el cura el que tuviera razón. Quizás en el cielo solamente hay cristianos. Lo único que me ha quedado de mi religión es el *Kadish* que mi padre me enseñó a decir porque él no tuvo hijos varones, y me pidió que yo se lo rezara ante su tumba. Ni siquiera como la carne que vendo, aquí todos saben que somos buenos cristianos, como también fuimos buenos judíos.

UNA CARTA CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

Me preguntas sobre la situación en Jerusalén. Te lo agradezco, porque quizá redactar la carta me ayudará a ejemplificar lo que ocurre. Es posible comprender el lío que te has hecho debido a las noticias desfiguradas que os llegan a diario. La gente tiene miedo a salir de la ciudad, como si a cada momento tuviera que suceder algo asombroso, pero yo ya he ido a Tel-Aviv algunas veces y nada ha cambiado. Hay gente que simplemente tiene miedo a salir, todos dicen cosas distintas. Parece ser que el llamado síndrome de Jerusalén ha hecho enfermar a la población. Hay gente que en absoluto es religiosa, como Menashé Har, que ayer vino a verme y me dijo que había visto el Templo en pie. Otros dicen que la ciudad vieja de Jerusalén está arrasada, salvo la Cúpula de la Roca; otros, que sobre el Monte del templo hay un gigante que lleva

la Cúpula de la Roca sobre la cabeza, desde mi casa yo sólo veo árboles. De hecho, es muy peligroso pasar la puerta de Yafo, pero yo lo he hecho una vez, y cuando llegué al Monte del Templo no vi ningún templo, lo que vi fue una parte del Muro de las Lamentaciones destruida, justamente había mucho humo. Hay gente que dice que en los supermercados no hay comida, pero cuando yo fui a comprar había mucha, no sabes a quien creer; las emisoras de radio (la televisión está enmudecida, aunque en ella a veces vemos las oraciones de los almuédanos) informan de sucesos distintos; por ejemplo, ayer hablaban de un atentado en masa en el que murieron quinientas personas, había tenido lugar al lado de mi casa, pero yo no vi nada, aunque tampoco puedo decir que el atentado no hubiera ocurrido, porque estoy un poco sordo. La frase “es increíble” forma parte de la cotidianidad. Te aseguro que hace una semana vi un proyectil Scud sobre Jerusalén durante dos horas, luego simplemente desapareció. ¿Fue una pesadilla? No se cómo explicarlo, hay gente que se vuelve religiosa observante y que se pasa el día rezando para alejar las fatalidades, otros están convencidos de que han visto el Mesías varias veces y se sienten satisfechos por haber ofrecido un sacrificio pascual en el Templo. Otros, religiosos, dejan de creer y dicen que el Mesías no vendrá, que es el fin, y que de aquí vamos a otros dos mil años, que es como decir a la eternidad. Los de izquierdas, que están creciendo mucho, dicen que es un castigo por no haber cedido bastante a los palestinos en el último acuerdo de Oslo, el Oslo 12, me parece, que también deberíamos haberles cedido el barrio de Qátamon, y hay quien dice que en Jerusalén se ha llegado a tal situación que uno ve lo que hay en su interior, es decir, si en su interior hay guerra, ve guerra, y si hay paz, paz. No sé si esto es tan evidente, porque toda la vida he visto el Templo en mi interior y ahora no lo veo, aunque tampoco veo ninguna guerra. Evidentemente, me darán explicaciones que no me convencerán demasiado. Sin embargo, yo veo que hay abundancia de productos mientras otros, entre

ellos algunos amigos míos a los que conozco bien y de cuya honestidad no tengo ninguna duda, me dicen que hay carencia de todo.

De todas formas, ésta es la situación, se acerca el *Yom Kipur*, el Día del Perdón, espero que sacrifiquen una vaca roja para expiar nuestras culpas. No sé si mi carta te servirá de algo, pero es todo lo que puedo decir. *Jatimá tová* y feliz año.

MAMÁ, ¿SOMOS JUDÍOS O CRISTIANOS?

Somos lo que somos.

¿Por qué los niños me llaman “judío”?

Por que eres el más guapo y el más inteligente.

¿Por qué es tan malo ser judío?

El ser humano tiene un odio interminable, el odio es un pozo sin fondo.

Esto quiere decir que mi abuela era judía.

Tu abuela era una santa, murió quemada. El fuego es nuestro mejor amigo. A veces creo que el fuego es Dios.

¿Sufres, mamá?

Como el pájaro que ve como su nido se va volando. La vida me hace sufrir como si fuera la muerte.

¿Y esto tiene fin?

Ya verás como no, ya lo verás.

SAMUEL

Las noticias que llegan son muy malas. Los españoles han entrado en Orán. Los malditos nos echaron de España y ahora vienen tras nuestro en las costas. Dicen que persiguen a los piratas, pero todos sabemos ya muy bien como termina esto. No han pasado ni veinte años desde que nos prohibieron vivir en nuestra tierra que ya los tenemos otra vez detrás. Mucho me temo que llegarán también a Tetuán dentro de pocas semanas. Intentarán apartarnos de nuestra religión. Y cuando nos hayamos convertido al cristianismo nos espiarán para ver si comemos cerdo o si el sábado hacemos fuego, y luego dirán que no somos buenos cristianos. Como en Sevilla, no bastaba con ir a misa, maldito sea Dios, también era preciso comer cerdo y hacer fuego los sábados. Una vez le dije al cura “¿Dónde demonios está escrito que hay que comer cerdo cada día y hacer fuego los sábados? ¿Es que no se puede ser un buen cristiano sin hacerlo?” Antes de morir quiero decirte que en vida pasé por muchas cosas, y que no hubo muchos heroísmos. Yo quería ser un buen cristiano, incluso hubo días en los que creí en el bastardo, pero era imposible convencerles de que era suficientemente cristiano. Me costaba mucho hacer fuego en sábado, pero ni siquiera prendía velas y el cerdo ni me gustaba. Pero hoy maldigo el día que mi padre no se fue de Sefarad y decidió convertirse, maldito sea el día que prefirió sus tierras a su fe y a su Dios. Hasta que vine aquí y vi morir a mi mujer y a mi hijo en el barco, y aquí volví a formar una nueva familia. Si mi padre hubiera sabido que uno de sus hijos, y su nieto, se harían curas, dudo que se hubiera convertido al cristianismo. Aquí no te dirán nada de esto, todos te dirán que huyeron de los cristianos, pero muchos de ellos, muchos y buenos, intentaron ser buenos cristianos antes de volver a su judaísmo y antes de llegar aquí.

El primo de Orán ha vuelto a escribirme los mismos

garabatos de siempre, que los españoles han cambiado, que no vienen a Orán para convencernos de que seamos cristianos, que ellos precisan de los musulmanes y de los judíos, así que ni a los unos ni a los otros les ocurrirá nada. Te das cuenta, no ha pasado ni una generación y seguimos creyendo lo que nos dicen, en todas las generaciones nos contamos las mismas mentiras. A veces durante cincuenta años, a veces durante cien, pero la historia siempre se acaba mal. Cuéntaselo a tus descendientes, diles que no deben vivir con los cristianos, diles que tengan mucho cuidado con los cristianos, diles que vivan con los moros y que no vayan a países cristianos. Que vivan con paganos o con indios, pero nunca con cristianos. Y ahora, dile al rabino que entre para decir la oración de *Shemá Israel*.

¿CUÁNTOS OJOS TIENES?

Cuatro, uno por cada hijo que se fue.

¿A dónde se fueron?

Uno se hizo moro, otro cristiano y dos murieron en el camino.

¿De qué color es la soledad?

Sabe a vinagre.

¿A vinagre de vino?

A vinagre de sangre.

¿Todavía rezas?

Como otros respiran y comen, como un caballo.

¿Por quién rezas?

Por mis hijos perdidos y por los que perderé.

Siempre sobrevivirá alguno.

Sí, pero tampoco podrá levantar a los muertos. Vidas enteras enterradas, perdidas. Cada muerto es un mundo que no nació.

YITZHAK

Maldito sea el día que salvé a mi hijo de la Iglesia. Maldito sea el día que huí de España para venir a este país que lo prometía todo y no dio nada. Salvé a mi hijo del fuego y ahora ha desaparecido en el agua. Se lo llevaron unos instantes antes que su madre le inmolara, como hizo la Núñez, un segundo más y hubiera muerto judío, no se habría convertido en un cristiano. Le digo a Dios, tal vez nosotros debamos preferir la muerte a la conversión, pero un niño que apenas sabe hablar ¿no sería mejor que viviera? Pero, hijo mío, nunca sabrás que eres mi hijo, nunca sabrás que descienes de la familia Abrabanel, nunca sabrás que tus antepasados fueron rabinos, poetas y hombres de ciencia, nunca sabrás de dónde vienes. Sólo recordarás una madre llorando con un cuchillo en tu cuello, un minuto antes de degollarte como a una gallina el día de *Kipur*. Y nunca entenderás de dónde viene este recuerdo, cuando mi vida no sea vida y mi muerte sea mi única salvación. Miraré hacia este inmenso mar, hacia el océano, y miraré cómo te subieron al barco para siempre.

RICHARD

No estoy seguro de que la súbita noticia de tu muerte sea tan mala como parece. Te odié tanto y tantas veces te perdoné que ya no sé si soy tu hijo y tú mi padre, o si somos enemigos desde hace cincuenta reencarnaciones. Desde que me abandonaste aquí con mamá para irte con otra mujer. Me alegro de que con ella que no tuvieras hijos, te lo merecías. Con todas las tonterías que me comen el coco, ya no sé si eres mi padre o mi enemigo.

Fue tu mujer la que pagó el caro billete de avión para que yo fuera a tu entierro. Por lo menos te saqué tres mil dólares, a raíz de tu muerte y a través de tu mujer. Estoy aquí porque mi amigo David me puso en el avión y me convenció de que debía venir para decir el *Kadish* en tu tumba. A pesar de que todo eso ni me interese lo más mínimo ni me importe. Sea como fuere, aquí estoy para decir el *Kadish* ante tu tumba reciente. Tampoco creo que a ti te importe tanto el *Kadish*. Pero David me convenció de que hacerlo podría ayudarte, así que a lo mejor incluso estás contento de que esté aquí, yo, tu único hijo, diciendo *Kadish* ante tu tumba. Y todos estos largos viajes de todos para que llegaras a Johannesburgo y odiaras tanto a los negros, que lo sepas, tal vez aquí todavía no lo saben, pero en Sudáfrica pronto habrá un presidente negro, el criminal llamado Mandela. Lo sabe todo el mundo menos vosotros. Lamento no poder verte vivo bajo el gobierno de un negro, la verdad es que me hubiera gustado. Pero nada de todo esto me interesa. He venido hasta tu tumba para saber cómo, cómo has podido dejarme fuera de tu herencia, cómo, cuando conoces exactamente mi situación, cuando sabes que no tengo nada. Ni siquiera veinte mil dólares del millón o de los dos millones que tienes, ni siquiera esto. ¿De verdad no sabes que no tengo nada?

¿Ni siquiera un año antes de morir, en el bufete del abogado, te acordaste de que tenías un hijo? Pero yo vine a tu tumba a decirte *Kadish*, quien sabe, a lo mejor esto te hace feliz en el otro mundo, a lo mejor incluso te arrepientes de no haberme dejado nada en herencia, a lo mejor, después de tu muerte, por fin te arrepientes de algo. De ser así, el viaje valió la pena.

EL SEXTO DÍA

Confundo los tiempos y he olvidado muchas cosas, pero nada de todo esto importa ya, cuanto más vivimos más olvidamos. He visto muchas muertes violentas e inocentes por los caminos.

La encontré una mañana maravillosa, a fines del siglo pasado, mientras paseaba por las callejuelas de Les Halles. De pronto nuestras caras se toparon, nos miramos, sus ojos negros se metían dentro de los míos. Casi se me cayó encima y yo oí un ruido de madera golpeando el suelo. Eran sus muletas. Se cayó sobre mí, y entonces comprendí que aquella hermosa mujer sólo tenía una pierna. Pero al instante también comprendí que me quedaría con ella hasta el día de su muerte. Años después ella me dijo que una semana antes había soñado que encontraría a su futuro marido, que incluso me había visto en sueños.

Era un jueves, siempre encontré a mis mujeres en jueves, se llamaba Sara, era judía, siempre eran judías. Pero ella no lo supo hasta el día que le dijo a su madre que iba a casarse con un judío.

Yo estaba presente cuando la madre le dijo, “te quería salvar del destino judío, pero veo que el destino vino a ti. Si no fuera por tu minusvalía, quien sabe, quizás incluso te diría que no te casaras con él. Pero en tu situación no puedo impedirte esta felicidad. También veo que él se preocupará de tus necesidades toda tu vida. Sólo te pido que no hables de tu judaísmo con tus hermanos y que te vayas con tu marido a otra parte. Te deseo una vida plena.”

De allí no regresé a Tetuán, como muchos tetuanés, me fui hacia Venezuela. Durante el viaje me di cuenta que Sara no lo podría aguantar, así que nos quedamos en Madeira. Todos los barcos hacían escala allí camino a Sudamérica.

Sara sólo vivió cinco años más, se le gangrenó la segunda

pierna, y esta vez fue imposible evitar que la enfermedad se expandiera.

No tuvimos hijos, su memoria es pura, seguramente fuimos los únicos judíos de Madeira, aunque a mí me parecía que muchos eran marranos, además, los días festivos se ponían una especie de bonete muy parecido a nuestro solideo.

Recuerdo aquél mar frío y tranquilo, la pequeña ciudad de Funchal y el agradable clima que seguramente ayudó a Sara a sobrevivir algunos años.

No, no sé si te interesa escuchar esta historia, pero para mí es importante contarla porque aquél fue un verdadero amor, a veces cinco años tienen más importancia que cincuenta.

Tal vez te lo cuento para que veas que lo más importante son las relaciones humanas, no las realidades sociales o políticas. Las cosas más importantes no están escritas en los libros importantes.

También hoy pienso en el mar, incluso los aviones caen al mar, y la gente, como siempre, está desconcertada. Maridos, hijos e hijas desaparecen como si no hubieran existido, el mar se los bebe, la tierra, con los terremotos, se traga gente, y yo he vivido muchísimos años sin que nadie se me tragara. Uno desaparece en el mar a los dos años, a otro, un anciano de cien años, no le pasa nada y nosotros quedamos aturridos. Yo, hijo mío, ciertamente después de mil años no tengo ninguna respuesta en lo que concierne a la vida y a la muerte, y quizá el haber preguntado mucho me provoca un dolor mental, como cuando uno se rasca demasiado en un mismo punto. Seguro que esperas respuestas de mí, siempre esperamos más respuestas de los que más han vivido. He visto morir a mis hijos, jóvenes y viejos, y siempre he llorado, pero no sé por quien lloré más, si por los que llevaron el peso de su vida, se gastaron y vieron, o por los que no llegaron a tiempo de ser mayores y murieron antes de conocer el sabor del sexo y el del desengaño. A veces me compadezco de mí mismo por haber vivido tanto y por

haber pasado tanto, a veces me digo que debería ser el más feliz de los mortales por todo lo que he visto. Y a mí, que ya de muy joven siempre tuve la sensación de estar dispuesto a renunciar a la vida y a dejar este mundo, el destino me deparó vivir más de mil años, precisamente yo, como Moisés pidió dirigentes enemigos del botín, así quizá Dios le pidió gente enemiga de la vida para que viviera mil años. Quizá con el tiempo olvidé hasta qué punto quise abandonar el mundo siendo joven, lo he olvidado un poco, tuve amores, mujeres e hijos que me dieron satisfacciones, no sólo sufrimientos. Y ahora te veo a ti y tras mil años de exilio debo sentirme feliz, estoy contento porque naciste para bendecirme, tú serás quien dirá el *Kadish* en mi tumba, dirás el *Kadish* por la mujeres desamparadas, por las comprometidas que dejé sin marido y por los hijos que creyeron ser huérfanos y que no tuvieron la tumba de un padre para ir a decir *Kadish*, por los que pensaron que había desaparecido en el mar, que fui arrastrado con el barco hacia los lugares de alimento de los tiburones. De entre todos, Samuel, tú eres el único que vendrá a mi tumba.

LA GRANJA DE MIEMBROS CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

Bajo este atractivo nombre se escondía uno de los proyectos científicos más importantes del siglo XXI. En un lugar oculto en la selva de África, o de Asia, un lugar absolutamente desconocido, se llevaba a cabo el mayor experimento genético de la historia. La cría de seres humanos para producir miembros para trasplantes. Eran personas sin serlo, anónimas, sin nombre, sin interés para el mundo.

El profesor Lichtenstein miraba cada hora las solicitudes que llegaban a través del correo electrónico.

“Pierna de una joven de 1,70 m de altura. ¿Tenemos?”

La secretaria miró el archivo del ordenador y dijo:

“Sí, pero no en el congelador. Hay que hacer el pedido al banco de miembros.”

“¿Cuánto tiempo llevará? Es urgente.”

“¿A qué lugar del mundo?”

“A Suiza.”

“Unas quince horas, menos es imposible.”

“Bien, voy a contestarles. Veremos lo que dicen.”

El proceso se llevaba a cabo apretando un botón, no intervenía ninguna persona, ni en la gestación de los individuos de los que se sacarían los miembros ni en el corte de los miembros que se necesitaban.

“Bueno, están conformes, pero piden que se haga lo más rápido posible.”

“Primero tengo que mirar en el ordenador si se ha hecho la transferencia.”

La secretaria miró la cuenta bancaria y vio que el dinero había llegado. Inmediatamente tecleó el número del donante:

25584

El ordenador preguntó si tenía que congelar el resto de los miembros o solamente cortar la pierna.

“¿A usted que te parece?” le preguntó al médico que estaba frente a ella.

“¿Cuál es su grupo sanguíneo?”

“AB negativo.”

“Es un grupo poco común, que le corten sólo la pierna. No creo que necesitemos muchos miembros de este grupo sanguíneo.”

Un robot que iba por la granja se llevó a la chica a la sala de operaciones y allí, con anestesia local, le sacó la pierna. No sintió dolor alguno puesto que cuando nació le habían extirpado los centros neurálgicos del dolor. Luego regresó a la pata coja a jugar con sus amigas. Éstas la miraron sorprendidas durante unos minutos, pero muy pronto la chica se fue con otras que también estaban amputadas, dejando el grupo de las

que tenían cuatro extremidades.

Mientras estaba con sus amigas, su pierna había sido congelada, puesta en una caja verde y llevada a un avión que esperaba con los motores en marcha para transportarla.

En la caja había una etiqueta:

“Granja de miembros- Miembros para todo el mundo en menos de veinticuatro horas.”

LA CAMPANA

Ahí está, en el bar ‘La Campana’. Sentado y aturdido, ni siquiera me reconoce. De vez en cuando abraza al joven que está a su lado, ahora se comprende que sea el último judío de aquí que no emigró. Pero yo me propongo matarle. Le mataré. Tal vez sea bueno que no me reconozca, tal vez no haya sido yo la única. Tal vez hubo otras. Sea como sea, le ha llegado el día, lo haré con prontitud. Él me usurpó los placeres de la vida y yo le usurparé su vida. Aquí es un hombre importante, un comerciante acomodado, parece muy satisfecho con su vida, pero no sabe que está a punto de acabársele, toda su vida, la vida de familia, la vida libertina, la vida de violador, la de pedófilo, toda, porque aquí a la gente importante todo le está permitido. Pueden violar, pueden seducir a un joven, la policía está sobornada o es que a nadie le importa lo que me hizo, a nadie. Él ni siquiera puede imaginarse que la mujer que tiene sentada enfrente, mirándolo, no lo hace porque sea guapo o rico, ni para que vaya tras ella por a su *sex-appeal* oriental-magrebí.

Es evidente que no me recuerda, ni siquiera mira hacia mí, un hombre de sesenta años, guapo y atractivo. ¿Acaso le faltan chicas? ¡Mujeres de edad madura! Pero que hace treinta años parece que le gustaban las jóvenes sin medios. Así fue como aquella tarde luminosa, cuando yo volvía a casa, se me acercó

en plena calle y me metió por la fuerza en su coche nuevo. Si alguien lo vio no dijo nada, nadie denuncia a un rico con coche, hijo de...

Yo me había acercado a su coche creyendo que le conocía, pero no era hablar lo que él quería. “Te lo haré pasar bien. Si quieres, bien, sino a la fuerza.” ¡Cómo le gustaba decir ‘a la fuerza’! Recalcó la palabra ‘fuerza’ como si fuera un mantra. Grité, pero cuando me di cuenta ya estábamos a las afueras de la ciudad. Me llevó a una casa solitaria y allí me violó una y otra vez durante horas. Aquél tipo siempre la tenía levantada. La violación es lo que le excitaba. Y el miedo, eso es lo que noté todo el rato, su miedo a no disfrutar en absoluto, porque él prefería a los hombres, y aquello lo hacía para huir de los jóvenes que le atraían.

Recuerdo que lo único en lo que pensaba era que no debía resistirme para que no me dejara señales de golpes en la cara, para que nadie pudiera saber lo que aquella tarde había ocurrido, para que nadie pudiera sospechar. Entonces yo era una jovencita, y si en la comunidad judía se supiera que había sido violada, si se supiera que había sido violada, no podría casarme.

He aquí que, ironía del destino, después de veinticinco años de haber abandonado la ciudad, veinticinco años, he vuelto – negocios de mi marido, que está construyendo un hotel con casino en la costa– para encontrarme de nuevo con él. No se acuerda de mí ni sabe que hoy morirá ¿Cómo debe ser el último día de alguien que tiene un montón de dinero, amantes –ellos y ellas–, los mejores médicos? ¿Cuál es la sensación, señor Pinto? ¿Cómo se siente? ¿A lo mejor como me sentía yo hace treinta años, joven, virgen, guapa y dispuesta a casarme? ¿Es lo mismo? ¿Habría podido imaginarme que algunas horas después me sentiría sucia e indigna de cualquier hombre? ¿Podía imaginar los años perdidos, que nadie comprendería qué hacía yo en París, huyendo de los hombres y de las obligaciones? He pasado veinte años intentando encontrar de nuevo mi

ingenuidad, buscando a la joven que había sido, buscándola por todas partes, incluso como señorita de compañía, como maestra, como detective en el distrito trece de París, detective de violaciones de jóvenes. Hasta los cuarenta años no fui capaz de amar a ningún hombre, así es, señor Pinto, como me robó la posibilidad de tener hijos, pero hoy morirá. Lo haré de manera limpia, sé que no me cogerán, seguramente dirán que un moro ha acuchillado a un judío y aquí se acabará todo, no será la primera vez que esto ocurra, habrá habladurías y después los judíos dirán que no han podido coger al asesino porque los moros son antisemitas. ¡Ah, Señor Pinto!, su mujer le llorará y sus hijos se alegrarán de haberse librado de usted, por fin tendrán su dinero, e irán a malgastarlo a París con chicas de compañía, o con alguna que había sido violada y que ahora folla por dinero, y para tener la sensación que domina la situación, el hombre y su propio cuerpo. Ser puta para poder ser dueña del propio cuerpo y de un pequeño Mercedes, lo fui durante un año, hasta que comprendí que sólo lo hacía para evadirme, no era simple desaparecer y renunciar al dinero, pero en realidad el dinero no me importaba, ahorré y seguí viviendo como una chica normal y corriente. Fuera del trabajo en sí, las otras chicas no me importaban para nada, como tampoco me interesaban ni aquél trabajo ni aquél dinero. ¿Sabe lo que hice con el dinero? Emigré a Israel. Dinero de la prostitución para el sionismo. Enseguida me puse a estudiar Asistencia Social en la universidad, pero después del primer año ya empecé a notar que aquél país, con tantos y tantos judíos viviendo juntos, no era para mí. Eran groseros y humillantes, todo lo que hice me parece humillante, era mucho más humillante que el hecho de que un hombre me diera dinero; para mí, tanta grosería y aquella forma de hablar era como si me estuvieran humillando, no lo hacían expresamente, así eran, y punto, pero todo me humillaba. Tal vez tenía esta sensación porque todos los judíos empezaron a parecerme tan degradantes como usted, señor Pinto, *monsieur* Pinto, rico malcriado y perverso que cree

poder hacer todo lo que se le pasa por la cabeza, seguramente incluso su mujer sabe que se folla a su joven moro, pero no le importa, no le importa por el dinero, o tal vez porque pertenece al tipo de mujeres que no ven ni lo que tienen delante de las narices, como mi madre, que cuando vino a verme a París no quiso saber de dónde había sacado yo el Mercedes Coupé, no preguntaba nada, quizá le daba miedo la respuesta, pero era experta en no ver ni preguntar, siempre había sido así, no quería saber que había crecido y me había convertido en una mujer. En un monstruo. Nadie sabía que hice lo que hice por culpa de usted. Luego utilicé el dinero para un tratamiento psicológico, mientras trabajaba de traductora en la UNESCO, en las sesiones usted aparecía siempre y yo decía que lo que quería era matarle, asesinarle. Ella, la psicóloga, intentaba influir en mí para que me resignara a que aquello había pasado, pero yo, lo único que quería era asesinarle, y hoy lo haré, me pondré una chilaba, soy lo suficientemente alta para hacer creer a la gente que soy un hombre, serán sólo unos segundos, lo haré, señor Pinto, hoy un moro le matará, es lo que todos pensarán, tal vez sólo me haga falta una cosa, mirarle a los ojos y hacerle memoria de lo ocurrido, hablar con usted unos instantes, pero esto son quimeras, hoy, al atardecer, a la misma hora en la que me metió en su coche nuevo, cuando se dirija a la sinagoga para la oración vespertina, sí, sé que va allí, le necesitan para el *minyan*, le meteré el cuchillo en el vientre, al anochecer, correré a lo largo de dos calles y luego me meteré en mi coche, me sacaré la chilaba y nadie podrá identificarme, todos pensarán que le ha asesinado un moro loco vestido con chilaba. ¿Hay algo más lógico para un judío rico que morir así?

UN SEFARDÍ EN TEXAS

No soy el primero, seguro. Hubo ya sefardies que se asentaron aquí en el siglo XVIII. Es sorprendente lo que hago yo aquí. Es absolutamente sorprendente como acontecen las cosas, participo en un festival internacional de poesía, es la primera vez que participo en un festival, y precisamente aquí, en Austin, Texas.

En Israel aún no había sido invitado a ningún festival, y esto es a la vez sorprendente y no sorprendente, ahora estoy aquí tras haber colgado algunas decenas de poesías en Internet, alguien en algún rincón del mundo las vio. Y aquí soy el poeta más internacional del mundo, leo mis poesías en castellano, en inglés y en hebreo, y cada vez que actúo me piden que vuelva a leer aquella poesía, la que galopa, dicen, la poesía “Caballos”.

“Caballos”, la poesía que galopa, la escribí en castellano, la lengua de mi madre, el castellano, después de tantos años, de tantas subidas y bajadas, pero precisamente en castellano las palabras me suenan bien. Escribo una poesía y siento satisfacción, una satisfacción que no había sentido tras miles de poesías en hebreo. En hebreo siempre me parecía que tenía que escribir otra, y otra, y otra, porque no encontraba el tono correcto. Pero después de una poesía en castellano puedo descansar algunos días, siento una música, el lugar de donde ha salido, el sonido de la infancia, de una infancia que vuelve con las palabras, con un sonido, con los códigos personales y exactos, palabras que vuelven a través de los túneles de la historia, palabras que llegan de regreso a Lucena.

Una semana en Austin, un lugar misterioso para mí, las melodías que yo escuchaba estaban siempre relacionadas con esta ciudad, o por lo menos con Texas. Cantautores, para mí grandes poetas, nombres desconocidos en Israel, incluso en los Estados Unidos. Tornos Van Zandt, David Rodríguez, Jimmy Lafave, que en realidad era de Oklahoma, aunque forma parte inseparable de los sonidos de esta ciudad. Porque en Austin la

música es una especie de religión, todo el mundo va a escuchar música, está en todas partes, a precios ridículos, porque los cantantes tienen que pasar por ese lugar. Fui algunas noches al “Cactus Café” y allí escuché a Butch Hancock, a Lafave, a Elisa Gilkinson, a Cliff Eberhardt.

Le dije a Cliff Eberhardt que parecía israelí, en realidad le dije que parecía curdo, le dije que si alguna vez iba a Israel la gente le hablaría en hebreo. Por sorpresa mía me reveló que su abuelo materno era el profesor Simon, el que había tomado parte en el tratado de paz con Martín Buber. El sionismo llegó a Austin y no podía huir de ella.

Estoy aquí como en un sueño, noto muy bien mi cosmopolitismo, lo noto en mis antepasados, eran sefardíes, pero nunca olvidaron que formaban parte del gran mundo, del mundo cristiano y musulmán a la vez. Por esto pudieron viajar por todo el mundo sin sentirse extranjeros en todas partes. Sin contar Israel, en Israel se convirtieron en una minoría desamparada, y toda su liberalidad se hundió en el mar. Así es como se crea la extraña situación de que aquí soy el cosmopolita y el poeta étnico en Israel, el que no se ocupa de los problemas serios, como el amor entre la pareja, la muerte o la Shoah. Y pensar que uno de los escritores que más han profundizado en la Shoah es el egipcio-sefardí Edmond Jabès, que escribía en francés. Sin lugar a dudas, si hubiera escrito en hebreo, en Israel nadie le hubiera hecho caso, en el mejor de los casos él mismo habría corrido con los gastos de publicación de sus libros y los habría repartido entre sus amigos.

Demasiado tarde para ocuparse de esto, el tema está perdido, la segunda y la tercera generaciones hace tiempo ya que aceptaron los estereotipos que les han arrojado, los sefardíes son pasivos, llorones, sólo sirven para trabajos simples y no tienen ningún interés en progresar en la vida. Yo era el loco que estaba allí, y recuerdo, sé como son los españoles de Málaga y de Madrid, viví allí y me acuerdo, pero el recuerdo es una maldición, una maldición que está entre la sociedad en la

que vivo y yo. Vivo y no vivo, porque si en algo sueño es en volver a vivir en la diáspora. Me gusta el exilio, me gustan los judíos que no tienen nada que ver con esta calamidad económica o social. Vivo en una sociedad esquizofrénica. Pero yo, muy a pesar mío, no estoy esquizofrénico. Tras cien años de sionismo que deberían haber sanado a los judíos, lamento tener que decir que los de la diáspora son lo que están más sanos, al menos relativamente, los locos de verdad son los que residen en Sión. Aquí, en Texas, puedo darme cuenta de ello, aquí la gente habla conmigo sobre poesía, sobre el significado de la diáspora, de las palabras, no sobre Marruecos, Marruecos, Marruecos. En todas las entrevistas en las que participo me preguntan sobre Marruecos, como si yo representara algún organismo de cientos de miles de personas, cuando apenas puedo hablar de mi mismo. Siguen mirándome y preguntándose si yo les podría dar votos, en cuyo caso me publicarían un libro en la editorial ‘Am Oved’.

De esto es de lo que acuso a los asquenazíes, esto no exime a los sefardíes de su situación. En todos los lugares de la diáspora han luchado para mantener su especificidad, y en Israel, sin pensárselo un momento, hacen concesiones a un reducido grupo de cosacos judíos que no tenían dinero suficiente para ir a los Estados Unidos. Renuncian constantemente a todo su pasado por un plato de lentejas con más zanahorias que lentejas. Por eso el guiso es tan rojo.

Vuelvo a ponerme nervioso, pero no, no estoy tan enfadado, hay días. Mejor dicho, hay momentos en los que me enfado, pero después acepto el veredicto porque sé que todo esto es una gran lección. Aprender a estar siempre en el lado opuesto, y comprenderlo.

En Austin, una noche, a media noche, al salir de la presentación de Alejandro Escobedo, me encaminé al hostel donde pernoctaba. Era un recorrido a pie de menos de una hora, pero a estas horas de la noche las calles estaban vacías. De pronto, delante de mí vi a un negro, joven, caminando

despacio, y un coche de la policía de los Rangers de Austin, se le acercó, se detuvo y el policía que iba dentro se puso a hablar con el joven. Yo me encontraba a una distancia de algunos minutos de caminata, pero lo vi todo con claridad. Seguí caminando, el coche de la policía me esperaba. El policía me dio las buenas noches educadamente y me preguntó si todo iba bien. Evidentemente, le contesté que sí, y entonces, por sorpresa mía, me dijo que tuviera cuidado con aquél joven negro que caminaba delante de mí, que sería mejor que me alejara de él. Le dije sí, gracias, y seguí mi camino.

No sólo no tenía miedo alguno del negro, que entretanto ya se había alejado de mí, sino que no dejaba de preguntarme si el policía me habría dicho lo mismo si aquél joven hubiera sido blanco, y por qué tuvo que decirme nada a mí, un extranjero en tierra extranjera, cualquier persona era más cercana a él que el negro, cuya familia vive en aquél país desde hace más de tres cientos años, y muy probablemente más años que la familia del policía. ¿Acaso su advertencia no es la que crea el miedo al negro que a fin de cuentas acabará siendo un delincuente? ¿Acaso es esto lo que dice la estadística según la cual el treinta por ciento de los hombres negros entre veinte y treinta años en los Estados Unidos tienen un pasado delictivo?

Durante mi tiempo libre en Israel, aprendí a observar y a comprender la discriminación en otro país, y como ésta actúa. La diferencia con la discriminación racial es que en un estado racista te dicen, “no te acerques a este negro,” y en un estado discriminatorio siempre hay motivos para que el negro merezca un trato distinto y discriminatorio. Así que cuando tú, el sefardí, llegas a un ministerio para presentar una solicitud para una beca, te dicen que has llegado una hora tarde, que ya no pueden presentarse más impresos, o que tu tema de investigación no es relevante o que no has cumplimentado la solicitud en tinta, o cualquier otra cosa. Los motivos son correctos, todos, y también son lo que dieron a muchos asquenazíes.

Así es como los negros son extranjeros en su país, y así es como aprendí en carne propia cómo es la discriminación. Austin, marzo de 1999, y la música era maravillosa.

¿ACABARÁN LAS MUERTES Y LOS MUERTOS?

Es el fin del mundo, lo llaman la peste.

Dicen uno muere uno en pocos días.

Dicen que la única solución es comer ajo.

Sólo Dios puede ayudarnos, será mejor no salir de casa, hay muertes por todas las calles, la gente va al cementerio para preparar su propia tumba.

Además de que morimos, afirman que es por culpa nuestra.

Que mueran los que lo piensan.

Amén,

amén.

Dicen que nuestros pecados traen la muerte, la llaman la muerte judía, y la muerte negra.

El maldito destino no tiene fin, no basta con que muramos como ellos, también quieren matarnos.

Se expanden toda clase de rumores, en especial cuando se trata de los judíos.

Debemos irnos de este país.

¿A Dónde?

Tu primo Yehudá, el poeta, dice que debemos volver a la Tierra de Israel.

Allí también nos mataban, y si volvemos también allí nos matarán.

Venimos a este mundo para que nos maten, tenemos que festejar nuestra muerte.

Estás loco.

No lo entiendes, nuestro Dios nos da una ley, nos dice que es una ley de vida, que hay que hacer lo imposible para vivir y para elegir en la vida, y desde que nos dieron las Tablas de la

Ley, ¿qué hace el mundo? Matarnos, como si no tuviera otra cosa para hacer.

Tenemos que seguir luchando por la vida.

Pero también tenemos que festejar la muerte, la muerte es nuestro destino y debemos amarlo. ¿Oyes a los que gritan? Sol ha muerto, y también Moshé el carnicero, dicen que Sultana también ha muerto, no voy a salir de casa, Freja ha muerto, mueren por momentos, por minutos, cantaré como hizo David cuando murió su hijo Absalón, cantaré, ¡Aleluya! Es mejor el día de la muerte que el del nacimiento.

Estás loco, me voy a llorar.

PAPÁ

Me pregunto qué fue a buscar allí, dos años perdidos y extraños, un hombre hecho y derecho cogiendo a su familia, mujer hijos e hijas y poniéndose en camino. Ya no es joven, no tiene creencias religiosas, sabe que todas las esperanzas son un lecho para las decepciones, y he aquí que, en un acto de locura, desde hace ya cien años, los marroquíes cogen a sus familias y van en busca de la desesperanza. Es como un código genético. ¿Qué es lo que mueve a maestros, comerciantes, médicos, sastres y agricultores, a la gente sencilla y a los ricos? ¿Qué es? ¿Qué mano oculta? No digas que mi abuelo era un soñador, un cínico excelente, un hombre de principios, porque no es verdad, era un próspero comerciante de Tetuán, un frío comerciante que comprendió que en Marruecos ya no había más negocio ni lugar para un pequeño grupo de judíos en una ciudad que lentamente se iba llenando de gente originaria de las montañas que venía a quitarles el pan y se transformaban en mendigos y temporeros. Él sabía hacer análisis objetivos, pero ya no se trataba de los años sesenta, cuando no se sabía lo que pasaba.

Él ya había viajado y lo sabía, sabía lo que le esperaba, la familia ya le había informado de lo que significaba ser un marroquí en Israel, sabía lo que les dirían a sus hijos en la escuela, lo sabía todo, a pesar de todo, como un proyectil disparado, él tenía que llegar a Jerusalén. ¿De qué huía? Tal vez se trataba de la última oportunidad. Siempre hablaba de España y de Málaga, allí tiene un hermano que le ayudará, a veces de Canadá, del Québec, de Londres, hablaba de todo el mundo, pero yo estaba casi seguro de que nos trasladábamos a Málaga. Habíamos estado allí algunas veces, me gustaba aquella ciudad veraniega y marítima. Pero un día, durante los diez días de penitencia anteriores al *Yom kipur*, nos dijo que nos íbamos, justo después de mi *Bar-Mitzva*, que nos íbamos, ni siquiera pregunté adónde, no tenía ninguna duda de que era a Málaga, pero estando en Ceuta me anunció la noticia. Se suponía que debía alegrarme. Me miró durante unos instantes esperando ver alguna señal de felicidad, del niño judío que va a Jerusalén, al Templo, a su Tierra de judío, esperaba una mirada mía que confirmara sus sentimientos, que justificara sus actos, pero aquella mirada no llegó.

El viaje era corto. En Madrid subimos a un avión que nos llevó a Tel-Aviv, a mí me pareció muy largo. ¿A dónde vamos? Allí no tengo amigos, no sé la lengua, bueno, sé un poco de hebreo de lo que estudié por mi *Bar-Mitzva* y de las clases que los domingos me daba *monsieur Zohar*, pero no sabía suficiente para vivir allí. Para mí era muy evidente que mi lugar no estaba allí, no sé dónde tuve esta sensación, en el pecho, aquél dolor en el pecho que se prolongó durante los dos años que estuvimos allí, un dolor que ningún médico podía explicar, un dolor tenue, pero permanente, despierto o dormido, un dolor que desapareció el día que regresamos a Málaga.

Pero yo me pregunto una y otra vez qué le hizo emigrar a Israel, se lo pregunté y él me respondía, como tienen por costumbre los tetuaníes, que no hay que hablar del pasado, a él no le importaba la psicología, Freud, Young, él siempre estaba

ocupado en sus negocios, negocios, para ganar dinero y mantener a su familia, aunque en realidad el propósito de sus negocios era huir de la familia, evitar los enfrentamientos con ella y con los problemas de los hijos. Esto se lo dejaba a la mujer, mientras él se encargaba de los negocios que le tenían ocupado desde el alba hasta la media noche, incluso los sábados. Creo que lo que quería era acallar su conciencia, sencillamente quería poder decir: lo intenté. Y que no vengan ahora los de allá arriba, del cielo, a complicarle la vida con el sionismo, el reagrupamiento de los dispersos, el Templo y el pueblo judío. Cuando llegue al cielo dirá, lo intenté durante dos años y mira lo que me han hecho tus judíos, se burlaron de mí cada día que pasé allí. Si das premios por los sufrimientos, a mí tienes que darme más a que Job, que perdió a sus hijos y a sus bienes, y a mí me sacaban un pelo cada cuarto de hora, después me arrancaron las uñas y cuando volvían a crecer me las arrancaban otra vez, y otra, me sacaron los ojos, hicieron que deseara ser sordo para no oír lo que oía, hicieron que a diario deseara morir, que odiara al pueblo judío, hicieron que deseara matar, y cuando decidí marcharme encima afirmaron que lo único que había querido era aprovecharme de los privilegios de ministerio de absorción, esto es lo que me dijeron, sin querer atender ni escuchar.

Estoy seguro que lo hizo para tener su discurso preparado al llegar al cielo, porque ya había estado cuatro veces en Israel y sabía lo que le esperaba, qué más daba, mil novecientos sesenta y seis o mil novecientos ochenta y seis, sabía lo que le esperaba.

Allí lo hice por primera vez. Fue durante una excursión a Elat, decían que ella se dejaba, recuerdo como se llamaba, recuerdo su nombre, pero me cuesta pronunciarlo, ella había bebido un poco del vino barato que nos ofrecieron el viernes, luego me la llevé a la playa, no sé si ella lo quería o no, no había nadie alrededor, serían las tres de la madrugada, la penetré. No sé a quien ella se había entregado, pero allí había

un poco de sangre, era virgen, como yo. ¿Por qué dijeron que ella se dejaba? Vete a saber. Sea como sea, desde aquél día no volvimos a hablarnos, ni siquiera recuerdo que nuestras miradas se cruzaran una sola vez durante el resto de las clases a las que los dos asistíamos, como si a partir de aquél mismo momento hubiéramos dejado de existir el uno para el otro.

Pero también mi padre, tal vez, en aquellos dos años encontró su verdadero amor, no creo que nunca hubiera amado a mi madre. Era un secreto a voces que tenía una amante, todos lo sabían y se callaban, tengo la impresión que este fue el único motivo por el que mi madre estuvo de acuerdo en emigrar o volver a Málaga. Ella siempre había dicho que amaba Israel y hasta hoy hubiera querido vivir en Jerusalén, pero mi padre amaba a una rusa llamada Ludmila, una mujer grande, robusta y de pelo rubio, una mujer como las de los años cuarenta, no como las anoréxicas de hoy en día. Una vez lo vi entrando en un cine de Tel-Aviv, nunca le había visto tan contento. Parece que esto era parte de los negocios que tenía en Tel-Aviv, seguro que había ido a buscar alguna mercancía mientras mi madre se quedaba en la tienda, pero además del trabajo también tenía un poco de placer. Pero aquél día le vi la cara reluciente, era feliz como un adolescente, feliz como si no tuviera una familia, para él la familia era una especie de joroba con la que tenía que vivir, una especie de defecto vital sin otra escapatoria que afrontarlo.

Últimamente le pregunto a menudo por qué quiso ir a Israel. Me contesta, pero cada vez algo distinto.

He aquí algunas de las respuestas que recuerdo:

“Quería mirar a los árabes de arriba a abajo, les quería ver dependiendo de mí, no yo de ellos.”

“Para que tu madre me dejara tranquilo, para que no pudiera decir que no lo había intentado. Me costó mucho dinero, pero al menos ahora se calla.”

“Para vivir con muchos judíos juntos, es una experiencia inolvidable.”

“Para que fuerais judíos, para que no olvidarais que sois judíos y para que no te casaras con una no judía.”

Hay otras respuestas, pero cuando le pregunto por qué regresó ya no me contesta, como si él mismo se dijera ¿No es evidente? Es muy evidente que no tenía que buscar nada allí.

Con toda seguridad, aquellos fueron los años más extraños de mi vida. Todos figonean siempre sobre tu origen, mi madre decía que es española, mi hermano dice que es francés, mi padre dice que es del Marruecos español, y yo digo que soy de Marruecos, y entonces, cuando estamos a la mesa mi madre me dice que no somos marroquíes, que no somos como aquellos marroquíes, nadie es como aquellos marroquíes, aquellos no existen, ella sigue obstinada en que tenemos una cultura europea y se enorgullece de no haber escuchado nunca música mora, como si esto fuera una vergüenza, ella sólo escuchaba Chaikovski y Mozart, y yo siempre que podía escuchaba a Bob Dylan y a Neil Young, y en la escuela me decían que no parecía marroquí, pero muy rápido comprendí que lo que decían de los árabes en realidad lo decían de nosotros, y cuando yo le digo a mi padre que lo que grita en la televisión contra los árabes, que los carguen en una camión y los lleven al otro lado de la frontera, es lo que ellos quieren hacer con nosotros. Cuando dicen que es imposible confiar en un árabe quieren decir que es imposible confiar en un marroquí, cuando temen que si dan algo a los árabes estos pidan más, en realidad se están refiriendo a los marroquíes, cuando dicen que los árabes son pasivos quieren decir que es mucho mejor que sean así y que no se metan en los asuntos de ellos, en su país, bien, ahora mi padre ya entiende que éste es su país, no entiende muy bien la diferencia entre marroquíes, árabes y orientales, pero ya no importa, sólo que era una locura, aquellos fueron unos años de locura, años de continua disonancia cognitiva, sí, así es como se le llama a esto. La realidad interna del marroquí es exactamente lo contrario de lo que él ve en cada esquina de la calle, lo único que puede hacer es enloquecer por ello, volverse

un delincuente, un loco, o irse del país. Cuando hablo de esto con mis amigos que sueñan con irse a vivir a Israel, me dicen que me pongo al lado de los árabes y que soy antisionista, pero uno de ellos, que estudió durante un año en la Universidad Hebrea de Jerusalén, a veces me dice: “Es un país de locos”, pero luego se calla. Pero yo precisamente pienso que no es un país de locos, para nada, es un país de asquenazíes, a nosotros su comportamiento nos parece que es de locos en la misma medida que a ellos les parece que lo es el nuestro. El único problema es que ellos tienen el dinero. A partir de ahora les digo: no son locos, son asquenazíes.

TODOS SOMOS POLACOS CUENTO DE SAMUEL MURCIANO

Charlie Bukovza despertó en su destrozado apartamento del sur de Tel-Aviv a las doce del mediodía.

Una mañana agradable, se dijo.

Pero no lo sería.

En el buzón encontró una carta de la revista ‘Tzirím’ solicitándole un artículo para un número especial, “El cuscús en la poesía marroquí”.

Nada odiaba más que aquellos textos infames que se veía obligado a escribir para poder pagar el alquiler sin tener que trabajar en su profesión de consejero financiero. Hacía dos años había recibido una pequeña herencia de su abuela de Francia, pero apenas le llegaba para comer, para las chicas de compañía y para papel.

Inmediatamente cogió el teléfono y llamó al editor.

“¿Ya estamos otra vez con las mismas?”

“¿Con quien hablo, por favor?”

“¿Quién? Bukovza, soy Bukovza.”

“¡Ah! Espero que nos escribas el artículo, creo que eres la persona adecuada para este honroso encargo.”

“Señor Brosh, ¿no están ya hartos de tanta tontería? Dígame,

¿qué demonios sé yo de la poesía marroquí? No se marroquí, llegué a Israel a los tres años, ¿cómo quiere que sepa marroquí y, por si fuera poco, poesía marroquí? A duras penas he leído las poesías de Tahar Ben Jelloun, que de hecho escribe en francés, mi padre es de Argelia y mi madre es de Benchauen, de la familia Benzimra, ¿los conoce? ¿Por qué no me pidió un artículo para el número anterior sobre el amor, o para el anterior a éste sobre el vino? ¿Qué pasa, sólo los asquenazíes saben sobre el amor?”

“Vaya... ¿ya volvemos con lo mismo? Creía que se te había pasado.”

“Le escribiré un artículo, créame, pero ¿por qué no me pide también artículos sobre otros temas? Además, quiero el pago por adelantado, ochocientos shekels, por adelantado, sin impuestos.”

“Sabes que nosotros no pagamos por adelantado.”

“Por adelantado o nada, sé que quien no paga por adelantado no paga, esto es lo que hay, ya lo ve... me he vuelto polaco, aquí todos nos volvemos polacos de tanto discutir con ustedes, todos polacos.”

“Debes saber que, de hecho, yo soy marroquí, según la *halajá*, porque mi abuela nació en Marruecos, mi cuñada es marroquí y mi hija se va a casar con un marroquí que antes vivía en Francia, ahora los llaman franco-marroquíes.”

“Seguro que su abuela nació en la frontera de Marruecos con Polonia.”

“¿Cómo lo sabes?”

“Porque he oído decir que los polacos incluso nos han quitado el mar Mediterráneo... En la Fundación Van Leer, el rey Leer nació en Marruecos, ¿no lo sabía? El mundo es polaco, tengo un amigo que dice que el judaísmo es sefardí.”

“Vale, ¿nos escribirás sobre el cuscús o no?”

“En cuanto ingrese su talón me pondré a escribirlo y dos días después el artículo estará sobre su mesa.”

“Adiós...”

A las dos semanas llegó el talón. Lo ingresó y se fue a comer al restaurante ‘Forel’ con su amiga de toda la vida, Haya Barchilón, dibujante autodidacta y lesbiana de conveniencia.

“Eres tú el que siempre estás con el mismo tema, por esto te piden que escribas sobre temas marroquíes, cuscús y demás.”

“Odio el cuscús, nunca me ha gustado, ¡vaya nombre! Suena peor que chucrut. Siempre había creído que el chucrut era una comida tunecina, hasta hace diez años, cuando conocí a una francesa, francomarroquina, que se estuvo riendo más de una hora cuando se lo dije, porque es una comida de Alsacia.”

“¿Quién no sabe tal cosa?”

“Yo. También pensaba que la salsa besamel era una salsa de miel, que se cocinaba con miel.”

“¿Por qué no cambias de tema?”

“Dime, dímelo tú, ¿qué se yo de poesía marroquí? ¿De qué voy a hablar? ¿De Tahar Ben Jelloun y los palestinos? ¿Sabes una cosa? Jelloun justifica los asesinatos de judíos, me gustaría escribirle una poesía “Injusticia justifica injusticia”, porque en este caso los judíos podemos hacer volar el mundo cien veces sin decir palabra.”

“¿Ahora pasas a los palestinos? Cómete los langostinos.”

“Ya está, langostinos-palestinos, rima, gabachos-marrocanos, escribiré sobre la poesía sufi de Marruecos. ¿Sabes una cosa? Siempre va bien, empiezas hablando de los sufíes, luego dices lo que te parece y a todos se les cae la baba, algo de los bailes de los derviches, un poco de aquí, un poco de allá, algunos nombres de la enciclopedia y ya tienes un artículo *ajla*, fantástico.”

“Un artículo *ajla*.”

“¿Sabes de dónde viene *ajla*? Una vez di mi libro de poesías ‘Occidente en mi corazón’ a una presentadora del Canal 3, o del 33, y un día me llamó y yo le pregunté que qué pasaba, que si estaban pensando en un programa sobre él, y ella me dijo, ‘me gustaría, *whalla*, qué *ajla* de libro’.”

Haya se rió.

Charlie estaba nervioso, comió el pescado rápidamente, ni siquiera pudo disfrutarlo, como siempre. Después del divorcio, su padre había vuelto a Francia y allí había abierto un restaurante caro y famoso ‘Le chaperon bleu’, a donde él iba a comer cuando viajaba a París. Su padre tampoco sabía nada de poesía marroquí, y del cuscús muy poco.

Charlie se sentó junto a su vieja máquina de escribir y, como tenía por costumbre, escribió el artículo en veinticinco minutos, lo puso en un sobre y lo envió al editor. Si todos aquellos homos que votaban *Meretz* y escribían una poesía cada cuatro meses supieran lo rápido que escribo, se tirarían de los pelos. De todas formas, ya me odian bastante, no es necesario irritarles más, en todas las entrevistas les digo cuánto me cuesta escribir, para que no se sientan solos.

Al día siguiente, una llamada del señor Brosh.

“¿Qué es esto? ¡Aquí no dices nada de poesía marroquí! Langostinos-palestinos, ¿qué te ha dado?”

“No es cierto, hay una alusión al poeta Barkat Abu Sansana, al principio del artículo.”

“Una alusión no es un artículo.”

“No había ningún contrato, escribí lo que escribí, además, si soy un poeta marroquí todo lo que escribo es poesía marroquí, ¿no? Esto es lo que ustedes dicen siempre.”

“¡Te estás pasando! ¡Escribe otro artículo, éste no lo publicaré!”

“Otro artículo, otros ochocientos shekels, esta vez con impuestos.”

“No volveré a pagarte.”

“Dígame, ¿su abuela sigue de Marruecos a Polonia?”

“¡No me levantes la voz!”

“¿Sabe una cosa? He descubierto que mi familia viene de Alemania, mi abuela viene de Alemania, increíble, ¿no? Lo descubrí ayer, ¡Soy un *yeque*!”

“¡Piénsatelo!”

Al cabo de dos días llegó otro talón. Charlie se había prometido que no volvería a escribir nada sobre Marruecos. Ya estaba bien. Lo había hecho miles de veces, ni recordaba nada de allí ni le había dado la nostalgia de visitar la casa de sus padres. En realidad, ni sus padres lo habían hecho.

Se sentó, y se puso a escribir un artículo titulado ‘Borges, cuscús y la Biblioteca de Babilonia’, en el que investía a Borges como el mejor poeta marroquí de todos los tiempos, y en el que explicaba de forma detallada y convincente que, en el fondo, la gran biblioteca era el Pentateuco.

Brosh ni siquiera le dijo nada, escondió el artículo en su biblioteca hasta que su nieto se casara.

LA DISTANCIA

Hace un año que intento llegar a Lucena, está a una distancia de tres horas, pero no hay forma. Siempre hay algo que me lo impide, como si quisiera hacer algo definitivo para la humanidad y Dios no lo quisiera. Como si el mundo dependiera de mi viaje a Lucena, una pequeña aldea, casi una ciudad, como dicen los libros y su página de Internet. Una ciudad en la que la natalidad va en aumento, una ciudad que progresa desde el punto de vista industrial. Pero yo, yo no quiero ver su presente, quiero ver el pasado. Quiero ver allí al abuelo del abuelo de mi abuelo, quiero ver la puerta cuya llave guardo en una caja fuerte. Quiero ver las huellas en la tierra, en el fango y en el cemento. Quiero escuchar los gritos del día del abandono y los clamores de alegría del día que nació el hombre del que yo salí, quiero oler el guiso del viernes cocinándose lentamente durante horas hasta el mediodía del sábado, quiero ver el vestido la víspera de la boda, quiero ver la sinagoga debajo de la tierra, una sinagoga subterránea, subterránea como la propia Lucena, quiero ver la batalla tras la cual huyeron los judíos

¿Acaso lucharon? ¿O se fueron como siempre hacen los judíos, con la cabeza gacha y sin sus bienes, en busca de un nuevo camino y de un lugar donde reposar la cabeza? ¿Acaso esperaban tiempos venideros? Quiero ver y escuchar las canciones que allí se escribieron, las canciones que se escuchaban entre los árboles en los inviernos nevados de Lucena, quiero ver a mis rabinos. ¡Ay, rabinos míos! ¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis con todo vuestro saber en astrología, en astronomía y en todas las ciencias? ¿Dónde estáis, conocedores de lenguas y traductores maravillosos? ¿Dónde estáis? ¿Dónde están mis rabinos sefardíes? ¿Mis rabinos poetas? ¿Dónde estáis, compositores de versos?

Hoy me siento huérfano de vosotros, me siento huérfano y sin nadie con talla suficiente a quien dirigir mis preguntas, me siento huérfano de vosotros, porque vosotros fuisteis los intelectuales que nos enseñasteis a caminar, hoy hay videntes, descubridores de tumbas y fabricantes de amuletos, pero no tengo nada que ver con ellos, están muy lejos de mí, como Lucena está lejos de mí, como Lucena está lejos de ella misma. Están alejados de mí como la distancia que hay entre la Sefarad de Lucena y el Israel de hoy, están alejados de mí como la distancia que hay entre Mugador y Tetuán, como la distancia entre Bagdad y Granada, están alejados como la distancia que hay entre Tbilisi y Córdoba. Todo está lejos de mí, los judíos que más cerca de mí están vivieron en el siglo XI en Lucena.

Y EL SOPLO DE DIOS

Fue el sueño más inquietante que he tenido en la vida. Estoy en Jerusalén, en la terraza de una casa, y de pronto mi libro no es evidente porque las letras se han colocado en un orden completamente distinto. Miro el libro y no entiendo nada, pero es mi libro. De pronto, todo es claro, cada palabra adquiere, repentinamente, un significado propio independiente, las

palabras se convierten en existencias independientes. Hay una oscuridad que da mucho miedo. Y entonces comprendo que es el final, todos esperamos el final, y voy caminando por una calle y me encuentro con el rabino Stawski, y le digo “ya está, es el final.” Y él me mira, pregunto dónde estaba él hasta ahora, y no me contesta, y entonces le pregunto si podré pasar esto, y yo sé que esto es una gran detonación que habrá dentro de poco, de un segundo, y él asiente y me dice que no tengo que preocuparme.

Y entonces hay la gran detonación, que no es una detonación de dinamita ni atómica, sino una detonación espiritual con la que una parte de la humanidad aparece arriba, y la otra se queda sobre la tierra. Allí arriba no tenemos necesidad de oxígeno y somos ligeros como una pluma. Y todos tenemos que mirar hacia delante, y no sé si mi familia está con los de arriba o si se ha quedado con los de abajo. Y debajo de nosotros vemos un mar. Y entonces yo veo una mujer que se está desnudando, tiene el cabello negro y bonito, y el vello del pubis corto y ordenado en forma de línea, y ella dice que si estamos allí tenemos que meternos en el agua. Entramos, pero nadie dice nada. Ella sigue entrando en el agua, y entonces se evidencia que es una nube, y ella se cae abajo. A la tierra.

Todos teníamos mucho miedo, me despierto y noto muy fuertemente la presencia del sueño en mi casa.

¿QUIÉN ERES?

Soy el hijo de la cabeza.

¿A donde vas?

Cada día me pongo en camino, desde el pie a la cabeza, a veces también vuelvo.

¿Donde naciste?

En la orilla del mar, crecí gracias al olor de la sal.

Eres orilla desde tu nacimiento hasta tu muerte.
Soy orilla, sal y agua.
¿Cómo llamaras a tu hijo?
Hijo de la sal.
Tu hijo será extranjero en todas las ciudades.
Sólo en el mar se sentirá parte del mundo.

EL SÉPTIMO DÍA

Soy el hombre que vio el mar inflamado por los gritos de tus antepasados, padres de tus padres, por los de los que te crearon y por los de los que desaparecieron en el camino. Samuel, jamás olvides a los que desaparecieron en el camino, a los que fueron pasto de los peces, a aquellos cuya semilla desapareció, a los que no tuvieron descendencia. A los que fueron el final de camino. No olvides a las mujeres de cuyo útero no salieron hijos, a aquellas cuyo útero no se abrió, jamás olvides, jamás.

Samuel, yo vi cómo lloraban, hijos, hijos de hijos, biznietos, hijos de biznietos, nietos de nietos, llevo tanta pena dentro de mí que hubiera podido llenar este mar de felicidad. Hay en mí tanto dolor que mis lágrimas hubieran podido llenar otra vez este mar.

También vi felicidad, hijo mío, vi alegría, vi el nacimiento y la muerte del viejo entrado en años, no obstante la muerte de un anciano en nuestro pueblo es ciertamente una gran alegría, cuando uno de nosotros llega a una feliz ancianidad hacemos grandes fiestas, nadie como nosotros puede conocer la importancia de los años, la importancia de la vida. Tantas muertes nos fuerzan a amar la vida.

Hasta no hace mucho nuestros hijos eran como polvo en el aire, niños pequeños como arcilla en manos del que crea su cerebro depravado, mandados a amenazar en el océano, a convertirse en taladores de árboles y en buenos cristianos. A los dos años les raptaban, y sus madres preferían matarles antes

de que les bautizaran como cristianos.

El mundo quiere que olvidemos, quiere que olvides, los judíos quieren que olvides, los gentiles quieren que olvides, los asquenazíes quieren que olvides y los sefardíes quieren que olvides. Pero no hay fuerza en el mundo capaz de evitar que un hombre como tú recuerde. Y si uno solo recuerda, Lucena sigue existiendo, si un solo hombre recuerda, todo este mundo nuestro de Lucena y de Granada sigue existiendo y subsistiendo, si un solo hombre recuerda, sus antepasados siguen viviendo en su recuerdo. Si un solo hombre recuerda, el pasado se convierte en el presente. Lucha siempre contra el olvido.

Espero que ya hayas comprendido lo del primer día, de lo contrario es que no has querido escuchar. Vivirás mil años. Ten cuidado con los médicos, son los únicos que pueden destruirte, ten cuidado con el fuego y ten cuidado con el patíbulo. Lleva una vida sencilla, sin sobresalir. Ahora tienes más peligros de los que había en mi tiempo. Ten cuidado con los rayos X y no vivas en un lugar cercado a radiaciones radioactivas, seguro que por todas partes te llegarán cosas en las que yo ni soñé. Trata por todos los medios de no ser famoso, y cuando se acerque la hora intenta ponerte a salvo en cuanto puedas. El éxito y el poder son mercancías de las que es difícil deshacerse. Cada vez que pasen cuarenta años aléjate de la gente, vete a las montañas, a un lugar solitario donde nadie pueda verte en la situación en la que entrarás, no fuera caso que te pusieran en manos de médicos. ¿Cómo sé que vivirás mil años? Conozco a los que son como tú, a fin de cuentas ya me he encontrado con otros, todas las extravagancias que hasta ahora has vivido con tus amigos y conocidos surgieron debido a que tu tiempo es distinto de el de ellos, el ritmo de un hombre de mil años es distinto del ritmo de quien vive setenta u ochenta años.

ASHKABA

Aquí, en Jerusalén, murió Lucena. Aquí fue enterrada la cultura sefardí. Lo que no consiguieron ni la Inquisición ni mil años de exilio, lo que no hicieron quinientos años de dominio musulmán, los asquenazíes consiguieron destruirlo en menos de cien años. Apartaron de la vista de todos a los poetas de antaño y a los de hoy los silenciaron, a los rabinos los hicieron irreconocibles, convirtieron a la gente en criminales y policías para que les entretuvieran. Simplificaron la historia, a las grandes creaciones las llamaron folklore.

Tal vez encuentres este libro por casualidad, de él no te hablarán los íntegros, ni los profesores ni los críticos literarios. Seguramente te tropezarás con él por casualidad en un rincón de la librería, olvidado. Es su destino, como el nuestro, el de los sefardíes. Ellos lucharon contra nosotros y nos destruyeron, y durante todos aquellos años nosotros sin saber que había una guerra, y cuando despertamos nuestro cuerpo no tenía manos ni pies, y la cabeza no podía comprender la magnitud del momento. Parte de nosotros simplemente seguimos en una silla de ruedas, recibimos algunas migajas y pensamos que debíamos dar gracias porque podíamos comer, otra parte dejamos el país en el que habíamos soñado, y otros simplemente enloquecimos.

Este libro no lo publicará una editorial importante, así que no será un libro importante. No será importante porque no lo publicarán los asquenazíes, pues en él se dice que su existencia no es más que un grano de arena enervante en los ojos de los sefardíes, que toda la cultura muerta subsistió mejor sin ellos que junto a ellos.

¿Qué queda de cien años de sionismo? Cantantes ridículos interpretando canciones en ladino en un programa de la televisión, locos que hablan del pasado, de lo que era la vida al lado de los musulmanes. Lo que la Shoah no consiguió hacer

con la cultura de los judíos de Salónica, el sionismo consiguió destruirlo.

Es el aniquilamiento y el funeral de mi cultura, en Jerusalén y en Tel-Aviv Lucena ha sido destruida, aquí han muerto mis rabinos y mis poetas, aquí silenciaron mis palabras y mi protesta, aquí no comprenden de lo que hablo, aquí, en la Jerusalén que yo había soñado, aquí, no en el exilio.

Yitgadal ve-yitkadash shimjá, Agrandado y Santificado sea Tu nombre.

Si todavía queda alguna posibilidad de que los muertos resuciten, no será en Jerusalén, a lo mejor sí en Madrid o en Nueva York, tal vez en Londres, o en París. Los asquenazíes nos declararon una guerra y vencieron sin que nosotros lo supiéramos.

Que el Señor mi Dios y Dios de mis padres me acepte, que acepte mi intento de recordar a mis antepasados, a los rabinos de los rabinos, a los que perdimos por el camino y cayeron en las redes del cristianismo, mi intento de perdonar sin conseguirlo a los asquenazíes que nos causaron el daño que nos causaron. Danos nuevas y vigorosas generaciones que puedan ver lo que Lucena no vio al final de sus días, lo que prefería no ver.

GLOSARIO

Ashkaba	Oración en recuerdo de los muertos.
Azifú	En haquetiya, pornografía.
Embolico [los]	En haquetiya, les embrollan, les hacen un lío.
Bar-mitzva	En el judaísmo, ceremonia que se lleva a cabo cuando el niño alcanza la edad (13 años) en la que tiene la obligación de observar todos los mandamientos y de empezar a participar en la vida religiosa de la comunidad. En el caso de las niñas, la ceremonia tiene lugar a la edad de 12 años y recibe el nombre de Bat-mitzva.
Jatimá tová	Salutación de deseo de un buen año que se pronuncia la noche de Yom Kipur.
Kadish	Palabra aramea que significa ‘santo’. En realidad, no es estrictamente una plegaria para los muertos, sino que se trata de una plegaria de consagración y de alabanza a Dios, pidiendo la llegada de su reino sobre la Tierra.
Kasher	Término que, según la ley judía, significa limpio para su uso ritual. Se aplica con carácter especial a los alimentos que, según la tradición religiosa, pueden ser consumidos.
Kashrut	Conjunto de las leyes dietéticas judías.
Kidush	Plegaria doméstica de santificación del Shabat y de los días festivos. Se recita sobre el vino antes de la cena de la víspera de la fiesta.
Meretz	Grupo parlamentario israelí de centroizquierda creado en 1992 a partir de la unión de tres distintas formaciones políticas. Los tres partidos que componen Meretz sostienen el proceso de paz árabe-israelí y

	rechazan la coerción religiosa.
Mikve	Baño ritual de purificación por inmersión en ‘agua viva’.
Minyan	Se denomina así el número de 10 varones que es necesario para poder celebrar una liturgia pública.
Pésaj	Conmemoración del éxodo de los judíos de Egipto. También se conoce como ‘Fiesta de la Libertad’, o ‘Fiesta de la Primavera’ por su correlación con el ciclo agrícola, o ‘Fiesta de los Ácimos’ por el pan ácimo que se consume en estos días en memoria del pan que no tuvo tiempo de fermentar y que los judíos tuvieron que comer en su éxodo. En la primera noche de Pascua tiene lugar el Séder, ceremonia festiva y familiar en el marco de una cena tradicional.
Pirké Avot	Literalmente, ‘Dichos de los padres’. Es uno de los Tratados de la Mishná (= doctrina), de mucha importancia en la liturgia judía, cuyo contenido es religioso-moral.
Rashi	Acrónimo de Rabí Shlomo Ben Itshak (1040-1105), fundador de una importante escuela exegética, y comentarista de la mayor parte de los libros bíblicos.
Sajén, sajená Shemá Israel	En haquetiya, vecino, vecina. ‘Escucha, Israel’ es la oración por antonomasia, una de las rúbricas de la liturgia diaria en el judaísmo y el acercamiento a una afirmación de su credo. Se recita dos veces al día, al levantarse y al acostarse.
Sidur	Libro de oraciones.
Snoga	En haquetiya, sinagoga.
Sucot	Fiesta de los tabernáculos. Festividad en la que, recordando las cabañas donde vivieron

	los judíos durante el éxodo de Egipto, se construyen cabañas en patios, terrazas, jardines, centros comunitarios, etc., al terminar Kipur.
Talmud	Obra rabínica formada por un conjunto de comentarios de la Torá. Se trata de un verdadero manual de lectura de la Torá, en el que a veces aparecen opiniones divergentes.
Tam	Rabí Tam. Nombre con el que se conoce a un famoso rabino, Jacob Ben Meir (1100-1171).
Tishá be-Av	Jornada de duelo, recordatoria tanto de la destrucción de los Templos de Jerusalén –el primero en 586 AC por los babilonios, y el segundo en 70 DC por los romanos– como de otras desgracias ocurridas al pueblo judío en la diáspora: la expulsión de Castilla y Aragón (1492) y los pogromos de Rusia (1903-1905).
Yeque	Epíteto más o menos despectivo que designa a los inmigrantes alemanes que llegaron a Palestina en los años 30 del siglo XX.
	Yom Kipur Día de la Expiación. Es la celebración más solemne y respetada del calendario religioso judío, la culminación de los 10 días de penitencia que empiezan el día del año nuevo, <i>Rosh ha-Shaná</i> . Es un día que se dedica a la plegaria y al arrepentimiento por las faltas cometidas durante el año, esperando el perdón de Dios.